

El hombre sin espejos

Juan Arias Bermeo

Créditos

El hombre sin espejos

Ficciones - Historias Cortas

JAB Publicaciones

Edición Formato PDF: Mayo 2025

Autor-Editor © 2025 Juan Arias Bermeo

JAB Foto Portada: Opuntia

Reseña

Aquí fluye una recopilación de ficciones que se inspiran en la vida activa, que en sí constituye el estado contemplativo del ser mudable. "Mudarse es aventura", decía Don Quijote, y es a lo que aspiran los personajes protagonistas de las diecinueve historias cortas que presenta este libro (incluidos tres seres de la mitología volcánica de los Altos Andes del Ecuador: Cotopaxi, Chimborazo y Lovochancho). El título *El hombre sin espejos*, viene con el antecedente suscitador de la narración *A orillas del Machángara*, que trae consigo a la caminante cósmica Tichya, quien participa en varios acontecimientos literarios de la obra de marras, siendo el personaje evolucionado de los relatos galapagueños de Tilda.

Contenido

[Créditos](#)

[Reseña](#)

[Contenido](#)

[A orillas del Machángara](#)

[El hombre sin espejos](#)

[Mañana lluviosa](#)

[En ninguna parte](#)

[General Trotamundos y Chulla Vida](#)

[Mezcalito](#)

[Muerte Pungo](#)

[Minotauro del Remanso Escondido](#)

[Vibraciones Conolophus](#)

[En busca del Lobo Fino](#)

[A ritmo de galápago](#)

[Rey Iguana](#)

[Playa de los cerdos](#)

[Gato Cangrejero](#)

[Pajarero mirador](#)

[Soda Bar Andrómeda](#)

[La muela del Cotopaxi](#)

[Charco contemplativo](#)

[La isla de Gandulfo](#)

[Papelitos](#)

A orillas del Machángara

Tichya está en el punto de partida del sendero, apenas se detiene en el pintoresco letrero que reza *A orillas del Machángara*, rebasa la figura de la mano señalando con el dedo índice el futuro imperdible. Tiene rumbo en estos pagos prístinos: adentrarse en la ribera de bosque primario andino, bordear la vega y cañadas de agua dulce corriendo por el río nacido de las entrañas del volcán Atacazo. El añadido es que iniciando la marcha, con la saludable lentitud corporal que se le achaca al perezoso, oye la voz grave cargada de solemnidad femenina anunciando: A continuación la introducción metalera de las sagradas notas beethovenianas de *A orillas del Machángara*.

La introducción metalera fue breve y certera, cumplió su cometido de bienvenida eléctrica, desperezando a cabalidad la mente senderista. Acaso pende en el aire salvaje esa suerte de himno beethoveniano que debía ser *A orillas del Machángara*. Se quedó en cortesía, cunde el rugido de la naturaleza original como auténtica evocación beethoveniana. Tichya, agradece el latigazo despertador de la guitarra, el bajo, la batería, el violín, el sonido del viento acompañando los reclamos guturales del intérprete metalero. Lo demás lo pone este sendero y su entorno que es en sí el himno del caminante.

¡Qué ágil bordea la vega el sendero!, pegado a las faldas ondulantes de la peña evita el humedal y aligera el ritmo de marcha en desniveles mansos. Festival de flancos herbosos, detrás fauna y flora

endémicas brotan del bosque primario andino. Intrépido puentecillo colgante se ofrece para cruzar el río sorteando grandes piedras en bramido de incipientes cascadas color melcocha: aguas canoras revientan en piscina de fondo cristalino de pardos guijarros. Espejo de agua reflejando el azul del cielo como un ojo abierto entre nubes azucenas.

Aves remolineras se bañan jugando con los lirios de agua de pétalos violetas. Embebido en bosque de fragancias silvestres, el quinde negro pica en faroles rojos y, a los ojos de Tichya, es el príncipe de la especie alada que prospera en radiante arcoíris nectarívoro. Los glotones mirlos cantan a la primavera de la mañana viajando con la meseta andina al otoño crepuscular, allá se recogerá en lejanos murmullos de pluviselva.

Abandonado el húmedo verdor de cañada, llega el lamento del pavo real alzando vuelo de la esponja vegetal succulenta. El río se estrecha y aúlla en veloz retirada, y Tichya descendiendo con la imperceptible gradiente montañosa perfumada por matas de menta en nupcias con mariposas de cristal.

El río encañonado corre celeste, reflejo del cielo límpido que reúne cóndores, arriba han ubicado los despojos del venado cornudo que el puma despreció por hartazgo. Tichya, presiente el fin del sendero con el trecho de orquídeas estallantes. Ojos atléticos descubren el valle inconmensurable, a oriente, difuminando en lontananza, chocando con el último escalón de colmillos andinos. Invisible está el imperio de los sudores y exuberancia sin par de la cuenca alta amazónica.

La plataforma gris de granito corrugado topándose con el abismo verde, es el balcón oblongo y panorámico de lejanías primordiales, es el detente del sendero desembocando en el salto de agua que cae vertical al agujero pétreo insondable, bóveda sin eco del golpe de agua en el lecho que, Tichya, figura como la morada de la deidad a orillas del Machángara.

El hombre sin espejos

Chancusig, en sus elucubraciones diurnas, se apostó a sí mismo fuerte: una tarea existencial que no tiene parangón como súbdito y ejecutivo de Racionalidad Digital, esto es que empezó a desear toda una vuelta de 360° del planeta Tierra al Sol: sin espejos y prescindiendo de su chip conectado a la corriente del ciberespacio incesante. Ese intempestivo llamado a bucear en lo ignoto a largo plazo fue proponerse una aventura que lo llena de gozo apenas especular con ella. Se decía a sí mismo que iba a salir de la caverna digital de vacaciones a ninguna parte, es decir a donde sea inubicable por el rastreador global. Eso sí con boleto de regreso al espacio tiempo normal una vez cumplida la misión secreta de ser un incomunicado social un año entero. Debía encontrar alguien que provea esa suerte de retiro aristocrático, o sea, una cabaña escondida en cierto valle andino subtropical seco, uno original y no de esos que abundan en las promociones para hartarse de soledad y silencio de biosfera domesticada de *Oréate*, por dos horas como máximo, y no es una arbitraria imposición del sistema *Oréate*, sino que a la verdad es el aguante tope del urbanicola sin portar el chip de Racionalidad Digital.

Chancusig, a la fecha, toma con regularidad las promociones de viaje a la biosfera domesticada, que en sí cuestan buenos créditos, así los operadores de viajes juren hacer grandes descuentos a su distinguida y selecta clientela. Estas escapadas de Chancusig del

hogar, han venido siendo las únicas salidas reales a la intemperie que ha cometido desde que ascendió al nivel ejecutivo superior en el régimen Racionalidad Digital, y la paradoja es que siendo inofensivos viajes a la biosfera domesticada, desembocaron en la fijación de hacer un escape en serio a la cruda naturaleza de valle andino subtropical seco. ¿Cómo pudo reventar semejante reto para el sujeto de la experiencia ausente del mundo original? No le quepa duda que brotó de sus fastidiosos paseos de ver, oír y oler trepado en una banda transportadora acolchada simulando un sendero de campo rústico, como si recorriera a paso de hombre relajado el distinto escenario ribereño de marras. Se aburre sin remedio metido en cálido caminito transparente, acogedor, impoluto, sombreado por los árboles de orilla y, por añadidura, cantarino merced a abundante avifauna trinadora. Tal simulacro de andar en solitario en la biosfera domesticada, aún siendo una farsa de ejercicio al aire libre, era el negocio del operador de biosfera domesticada *Oréate* y, en consecuencia, *Oréate* era el que le inyectaba el afán de repetir que se disparaba tras un tiempo razonable como si fuese espontáneo deseo y así volvía a la belleza de turno a orillas de tal o cual río de agua dulce deliciosa, de brisa tibia, de verdes pigmentados por mariposas de alas traslúcidas, etcétera... sí, etcétera porque se mandaba a mudar rápido de esas maravillas de pago de la biosfera domesticada *Oréate*. Su promedio de permanencia, en los circuitos a orillas del encantamiento tedioso, era de alrededor de cuarenta y cinco minutos cronometrados por el vehículo, modelo escarabajo arcoiris, AVUA (aparato volador unipersonal autoguiado), desde que se bajaba en su destino de zona paradisíaca hasta que se volvía a subir para retornar a la vida activa de cueva digital en el tardío Antropoceno.

Sabedor de que nadie se opondrá a su “proyecto subversivo”, todo en aras de la libre expresión a la que el sujeto de masas digitales se acoge cuando le viene en gana ser libre para opinar, desear y pedir lo que le apetezca a la nada. Este refugio debía estar a la mano, al menos en la mente, de un pueblito XYZ de la tardía modernidad que tenga de cortesía una plaza mayor recoleta y religiosa al estilo de los católicos viejos. Ubica el pueblito XYZ a 3 kilómetros o algo así de potente caminata, siendo la caminata total de seis kilómetros, o sea, un ejercicio que nunca antes ha cometido y no sabe si lo hará, he ahí el reto incluido. Y, como elemento fundamental de la aventura en ciernes, el medio ambiente del valle andino subtropical seco tiene que estar, sí o sí, libre de amortiguadores de biosfera domesticada *Oréate*, ¿caso contrario de qué apuesta hablaría? La certeza de la cercanía del pueblito XYZ debe ser inobjetable, vendrá a ser en su psiquis una puerta de emergencia si el experimento falla estrepitosamente. Por lo demás, el espacio-tiempo de su retiro debe ser propio en el día a día, o sea, ajeno a la cotidianidad bucólica del parque central de XYZ. Así, valido de la suculenta fortuna obtenida gracias al ejecutivo superior infatigable en lo de ganar créditos en línea, se propuso esperar la oportunidad de encargar a la identidad que surja de la sonda de búsqueda *Lem*, el proyecto de vida que haga el quite al sujeto de rendimiento encallecido por la autoexplotación.

Una minucia de tiempo transcurrió para que se materialice la entrevista, persona a persona, de Chancusig con Malinche, la arquitecta ambulante de proyectos de vida Machángara S.A. Ambos, haciendo gala de intuitivos, acudieron a la cita de trabajo, pactada en la paz de los parques y jardines de biosfera domesticada del templo Piedras Negras, vistiendo de intrépidos expedicionarios de bosque

andino subtropical seco. En ese entorno de recogimiento reventó el jocosos y no menos fructífero diálogo peripatético entre Chancusig y Malinche. La cita de trabajo, aunque en función directa de concretar a corto plazo un proyecto de huida a lo fundamental, también fue como un encuentro de amigos soñadores propiciando ideas para hacer realidad su utopía compartida.

Chancusig fue al meollo del asunto apenas entrando junto a Malinche, subidos en la banda transportadora doble, al túnel vegetal de membrillos en flor. Lo hizo recuperando de su memoria del pasado reciente los hechos que lo condujeron a Machángara S.A., y por inercia a tratar con Malinche. “Fue divertida la manera de encontrarte o mejor dicho como la sonda *Lem*, que envié al ciberespacio, te encontró. Todo se precipitó después de haber leído el himno al Río Machángara que la sonda *Lem* transmitió a mi lector electrónico en calidad de lectura involuntaria, no llamada y por ende atractiva, y en mi caso deseada por eso de que cuando me hundo en la nada de la angustia del ser abstracto, aditivo compulsivo, lo único que me rescata es la poesía romántica. Este himno me puso alerta, es decir, a rumiar la aproximación del proyecto de vida que despiste al esclavista y al esclavo de la Racionalidad Digital que soy”. Malinche, asintiendo con la cabeza intervino diciendo que a ella le sucede algo equivalente cuando se adentra en los himnos de Nobalis, en la poesía de ojos atléticos de Holderlin, en los parajes aquilinos de Nietzsche en Así habló Zaratustra, por ejemplo. “Sí, me sacudió la sensación de haber hecho un viaje al Río Machángara original, me refiero al río que corría airoso antes de la gran travesía del *Homo sapiens* y su aparición por esta parcela de planeta que habitamos, y se constituya en el creador de nuestra era Antropoceno. Tú sabes, Malinche, que el desaparecido

río Machángara fue una putrefacción completa que recorría las ruinas de la ciudad K abandonada a los gallinazos, ahora es una repulsiva muestra del museo virtual de la apocalipsis química. Aunque no pones un pie en sus riberas de cloaca química, solo figurar que estás ahí parado es para taxativamente morirte de asco. Y dicho esto ahí radica el condumio del himno a un río que fue poesía pura, que no es el himno a su virtual pestilencia”.

El duende del buscador *Lem*, llevó en bandeja poética a Chancusig la palabra Machángara, sinónimo actual, en el museo virtual del apocalipsis químico, de aguas contaminando lo que toca al paso de su corriente fúnebre. El himno al Río Machángara hizo que de rebote aterrice el nombre Machángara S.A., con su leyenda: *especialista en proyectos prístinos de retiros aristocráticos en cabañas escondidas*. Fue pinchar en el sitio Machángara S.A, y consumir la carambola. La posibilidad de escaparse de la cueva digital, sin más preámbulos, echó a andar el proceso regenerador. Así se gestó la reunión de Chancusig y Malinche, el resto fue dar la vuelta a los jardines y parques del templo Piedras Negras. Sin promediar anotación o grabación alguna en un dispositivo pertinente, Malinche, hizo lo que es su poder innato: escuchar. Y escuchó bien mientras Chancusig propuso lo suyo en detalle, ella almacenó en su memoria contemplativa los mensajes subliminales que contenía la narrativa del otro. Al cabo del único encuentro entre Chancusig y Malinche, al cabo de él proponer y ella escuchar con la promesa de una pronta entrega de la encomienda, se despidieron a la usanza de los amigos de antaño: *cuídate mucho Malinche, cuídate mucho Chancusig*.

Estas son las primeras palabras que vuelco en un cuaderno de bitácora que será intermitente, sin fecha ni horario en el calendario. Desde que tengo uso de razón y memoria me he narrado historias orales, hoy me nace hacerlo en la modalidad escrita por la aventura inédita que inicié libre del todo del chip conductor de Racionalidad Digital, y no podía tener un mejor título: El hombre sin espejos. Empiezo: me recogió puntual, al final de la manga aérea, el AVUA, modelo libélula fucsia, y cerré los ojos en el pasado y los abrí en el futuro. Así fue el trato con Malinche, abandonar sin adioses ni preámbulos la piel del Chancusig de la vida rápida por la piel del Chancusig de la vida lenta. Me mandé a mudar a media tarde y desembarqué ligero, lúcido, estrenando la piel del intrépido expedicionario, convengo que ayudó la siesta que tomé ni bien alzó vuelo vertical la libélula fucsia.

El AVUA insonoro, de ventanas opacas sin reflejo, apenas se balanceo suspendido a ocho o nueve metros del suelo boscoso a pisar en la tierra prometida, y fue abrir los ojos al portal de cielo parcialmente cubierto por nubes de algodón jugando con la luz filtrándose a raudales en el calorcito de valle subtropical andino. Dejé el portal del AVUA y descendí por la rampa transportadora al punto de aterrizaje. Estaba de pie absorto en mitad del puente peatonal de madera roja adornada con estrías blancas y motas negras, la madera mate venía envejecida gracias a la integración molecular de la materia que habrá encargado Malinche para crear este detalle de bienvenida al aventurero Chancusig. El puente está dentro de lo artificial al que echa mano el contrato de servicios de refugio esencial celebrado con Malinche, entiendo que las cosas que no son originales y han sido

construidas a base de integración molecular vienen de cajón cuando las circunstancias así lo ameritan, sin afectar la biosfera prístina ni la aventura en lo ignoto en sí del señor Chancusig. No viene incluido en la vida lenta el repudio a un mínimo de muletillas de época, pues, no estoy aquí para rendir homenaje a la remota historia de Robinsón Crusoe. A la verdad, lo que menos quería él famosísimo náufrago, Robinson Crusoe, proveniente de la homónima ficción del Siglo de las luces, era aislarse de la cultura y régimen social de su tiempo. Sí siento afinidad con la aventura de un ente de ficción legendario, el cual quiso renunciar en cuerpo y alma, no solo a su época las luces sino a ser parte de la especie humana y es Gulliver, en el País de Los Houyhnhnms. No soy un náufrago de Racionalidad Digital, soy un renacido de mi propio espacio-tiempo.

Aterrizar en el puente de bienvenida a la aventura de Chancusig, y fue sentir que había sido arrojado al espacio-tiempo de la duración del instante o vida lenta. Se agradece la experiencia ganada en mis salidas de engorde a la biosfera alterada, valió la pena el alto precio que tuve que pagar para aburrirme de lo lindo sin apartar el cuerpo ni un centímetro de la cinta transportadora panorámica, solo aguardando el feliz retorno a la cueva digital, me río suponiendo que mucho peor hubiese sido el fastidio dando la vuelta retrepado en un sillón ergonómico. Lo cierto es que el detalle de pasear de pie en la simulación de andar por libre en senderos de biosfera domesticada, impulsó esta mudanza. Orearme en los circuitos de *Oréate*, vino a ser la capacidad que tengo aquí y ahora de distinguir lo adquirido.

Aterrizando únicamente valía mi cuerpo-mente para tomar decisiones y moverme ya no por inercia de un holograma o un circuito

domesticado, sino accionar el conjunto Chancusig y hacer los pasos siguientes que lo conduzcan a su residencia aún invisible. Apoyado en el pasamano de madera que prolongaba las mismas características del material y colores del puente, me quedé con la primera pintura imborrable de la tardecita: el aire suave y tibio venía perfumado por algo más que los sauces melodiosos en perspectiva dibujando arcos danzantes de una lejanía propia. Saludé con el arroyo correntoso de agua clara y fondo pétreo.

Dar dos pasos fue colgarme del pasamano opuesto, y, respirando el mismo aroma ribereño, descubrí otro paisaje de cara al río despegándose del túnel claroscuro de sauces llorones y corriendo hacia herbosa vega que venía a ser distinta lejanía y distinto paisaje. Una bandada de aves azules alzó vuelo, sacándome del ensimismamiento. Miré arriba buscando a la libélula fucsia, se había ido ya, ni siquiera esperó a que le diga “que te vaya bonito”. El contrato de servicios con Malinche dice que cumplidos los 365 días vendrá el AVUA a ponerme de regreso en el mundo cavernícola digital, pero el contrato también estipula que puedo prorrogar mi salida cuantas veces quiera o sea al infinito, y más allá aún... No soy el Doctor Fausto pactando con Satanás sino el señor Chancusig pactando con la arquitecta Malinche. Dicho el “que te vaya bonito”, inexplicable dicha por las “naves quemadas” me invadió. Estupendo, no hubo adioses, y me olvidé del AVUA. Con los pies en el puente, volví a lo me atañe y observé dos trochas de grava apisonada o algo así serpenteando, en las respectivas orillas a favor de la corriente de la vega herbosa.

Salí del puente y tomé la trocha contracorriente camuflada a izquierda de los sauces arqueados y flanqueada por una hilera de cedros en flor perfumando el medio ambiente. Reconocí el olor dulce y almendrado de los cedros en flor en el corto trayecto claroscuro de andar sumido en él, pues, es un aroma que me es familiar. Coincidencia o no entre las caminatas que hago para menear el esqueleto y mantenerme en mínimos saludables allá en la cueva digital, una de mis favoritas es la del holograma odorífero de cedros en flor. En este punto reafirmé la radical diferencia entre lo que es holográfico y lo que es original, fue una extensión del momento demorado del aterrizaje y ambientación en el puente. Es fundamental esto de reconocer la vida lenta de entrada, y ser parte de la gran diferencia con la prisa que cargaba de zafar de los circuitos en la biosfera alterada de *Oréate*.

Emergiendo del trayecto claroscuro de bosque ribereño, copó los sentidos del senderista el cuadro de la nave de multicristal que en sí constituye la base del renacimiento del señor Chancusig. De una se mostró el escenario de mi residencia con los pies en la tierra; allí, la mansión oval de mi destino que, por un efecto óptico pasajero, lucía kilométrica, y era un ojo cósmico verde-pardo aguardando al único invitado a gozar de sus encantos. De hecho la mansión Chancusig es inmensa para un solo ocupante, materializando el minimalismo puro que encargué a Malinche. Sus medidas, a ojo de buen cubero, son: más o menos de cien metros de largo por sesenta metros de fondo, en su máxima extensión, y cinco metros de altura. El ojo Chancusig, está acoplado con holgura a la plataforma de roca blanca marmoleada, roca que hace un escalón de unos diez metros de altitud que desciende por una rampa corrugada y ondulante de amigable

pendiente conectando con el sendero. Natural y sobrio acceso al hogar; sí, taxativamente, es el primer hogar del señor Chancusig.

Mi hogar ocupa un tercio, en el costado izquierdo, de la luna menguante que forma la gran muralla de granito cortada a pique. La muralla es eónica, es el colofón pétreo esculpido por el tiempo, una obra de arte geológica de vetas horizontales de azabache mate intercalando con vetas rojo añil. El cuadro integrado del ojo cósmico y la muralla de luna menguante, sacudió la república de células denominada Chancusig. Calculo que la muralla, tiene un frente aproximado de trescientos metros con una altura de treinta o más metros. Esta reliquia temporal me llegó nítida a la vista, levantándose airosa al tope del vallecito flanqueado por colinas bajas que, allende su aparente redondez cimera cubierta por especies arbóreas propias de bosque seco, denotan alta dificultad para ser escaladas por el señor Chancusig, quien dicho sea de paso no vino acá a cometer ninguna proeza ascensionista.

Iniciado el crepúsculo de nubes arreboladas formando un campo arado celestial entre jirones de azul lavado, observé desde la altura y mirador privilegiado del ojo cósmico que, a media cuadra siguiendo el pie de la pared de granito, brota del subsuelo el río de agua melodiosa. De golpe surge la corriente freática, de la muralla nace el agasajo a la vista y a los oídos. Entendí que la muralla de luna menguante es el símbolo *non plus ultra*, hasta aquí llega y de aquí parte mi aventura. El arroyo viviente de la muralla de granito se dispara raudamente aprovechando el desnivel del lecho pedregoso y escalonado, y, corriente abajo, antes de entrar al bosque claroscuro del puente de bienvenida, sortea grandes piedras polimorfos. Y sí, es

de celebrar que Malinche supo interpretar lo subliminal de mi pedido de aislamiento en lo silvestre, en esto consiste mi incomunicación con Racionalidad Digital.

Apenas ingresando a la mansión Chancusig, quedó expuesto que nunca podría haber sido la cabaña de un náufrago. Oh, Malinche, eres la diseñadora y hacedora de los suspiros de este beneficiario de tu arquitectura para la vida lenta. El ojo cósmico como residencia en la Tierra entró en mi ser terrenal con la gracia postrera del sol de los venados. Nada de fortuito en la mansión Chancusig, se trata de que las puertas de la percepción se abrieron de repente al ser que dejó atrás la caverna, en eso consistió el edificar de Malinche. Ella moldeó el ojo cósmico con la materia disponible de nuestra época de integración molecular al servicio de Racionalidad Digital y de carambola está al servicio de la maravilla que viene de afuera: paisajes, aromas, texturas y ritmos de la naturaleza rugiente.

Esta residencia jamás podría haber sido una variante de las delicias de mi cueva en Racionalidad Digital, acá no hubiese prosperado la idea del modo holograma de encendido y apagado a discreción del usuario cavernícola, debido a que la conciencia de estar residiendo en una cueva es inconfundible y por ende la simulación de espacios lindos que ofrece el catálogo holográfico viene a ser de uso imprescindible allá pero no aquí. Allá no hay manera de escapar de la temporalidad holográfica y uno está muy conforme sabiendo que vive una ilusión versátil; allá, uno se manda a cambiar de diorama y cae en

otro momento desechable, siendo la constante navegar envuelto en la alternabilidad sin pena ni gloria.

Dije que husmear en los parques y jardines de biosfera alterada de *Oréate*, fue el preámbulo pasivo al aterrizaje en la cruda realidad del bosque seco de lomas color ladrillo que encierra la perspectiva de valle subtropical esencial, o sea, regado por el arroyo de agua dulce que nace al pie de las murallas de granito. Lo que vino conmigo, de la existencia resuelta en la soledad absoluta de Racionalidad Digital, es la materia útil necesaria para sepultar cualquier idea de sobrevivencia biológica a lo Robinson Crusoe, todo lo que hace posible que funcione el ojo cósmico, y que por extensión hace que funcione el intrépido expedicionario Chancusig, es el pasaporte a la soledad subversiva que escogí vivir más allá de usar los productos de mi época, reconocibles por los sentidos cuando paseo en el minimalismo hogareño, cuando el piso se amolda al cuerpo en reposo y cuando la república de células es un estómago plácido degustando y digiriendo el programa de menús aleatorio dispuesto para el único comensal.

Acá, la alimentación cotidiana, deviene en agradable sorpresa nanológica de texturas, aromas y sabores camperos. Este degustar de la república de células que habito y me habitan, lo he denominado, con mayúsculas, Yantar del Campesino, en oposición al comer para el olvido del cavernícola. El buen yantar del campesino no tiene parangón con el comer inadvertido del cavernícola, al extremo que carezco de recuerdos gastronómicos de la época de encierro digital. Alimentarse, en mansión Chancusig, es una fiesta del nano-catador que descubrió el apetito del caminante desayunando temprano en la mañana, almorzando a media tarde y merendando en la noche si hubo

expedición en pos del avistamiento de fauna nocturna, a propósito de esto último me fascina el puma incursionando en territorio mutuo. Evitamos, el uno al otro, estorbarnos. Me remito a aquel genio creador de ficciones estelares que, en un remoto siglo, decía de su situación frente a sus colegas: cada quien en su galaxia.

La piel bronceada, que estrené abandonando la soledad cavernaria de toda una vida, está concebida a medida del iniciado Chancusig, de lo que la llevo gastando es una piel para doblar espinas; piel repelente de todo bicho feroz venenoso o no venenoso, diminuto o gigante; piel ultra resistente a los rayos ultravioleta, etcétera. En fin, lo que se mantiene igual a la fina piel lechosa de la caverna es la condición de transpirable, autoregenerable, auto-higiénica liberando toxinas y excrecencias de los diminutos corporales. La piel cavernaria carecía de sensibilidad a los estímulos externos por obvia circunstancia del aislamiento holográfico, donde la mente sustituye los sentidos propios de un intrépido expedicionario por sensaciones digitales. Al cabo de jornadas de reconocimiento en el exterior me siento un campesino a secas, soy un campesino solo por el hecho de estar inmerso en la actividad mudable de lo salvaje. Ahora sé lo que es el tacto primordial, ejemplo, vaya delicia abrazar el agua dulce del arroyo en cada poro abierto de la piel de Chancusig.

El minimalismo de mansión Chancusig es mucho más que inteligente, corresponde a la aventura del vividor en su entorno entregado a la evolución natural de un innumerable valle subtropical seco. El minimalismo de la caverna de Racionalidad Digital corresponde al hermetismo fantástico. Aquí, al pie de la muralla de granito, brillan por su ausencia los hologramas paisajísticos y demás

motivos de simulación de halago a los sentidos digitalizados. Aquí, la cruda realidad, supera a la fantasía cavernaria. Allá, en la cueva, la programación de hologramas es imprescindible para el ejecutivo superior de Racionalidad Digital. He sido autor de hologramas de caminar y de dormir para otros ejecutivos superiores, así como ellos le proporcionan a uno sus creaciones para atenuar el paso del tiempo. La caverna tiene dimensiones de forma rectangular y sin obstáculos, una suerte de cajón vacío de cuarenta metros de fondo por veinte y cinco de ancho, y en su estado holográfico preestablecido es un espacio elevado a diez metros del suelo con una proyección de techo falso de madera infatigable a la vista. El panorama por defecto, en los cuatro lados de la caverna, es idéntico: campos de amapolas silvestres en floración perdiéndose en perspectiva que varía en intensidad y nitidez visual de acuerdo a una meteorología aleatoria diurna y nocturna.

Dije que la mansión Chancusig es oval, inteligente y sensible a la psicobiología y gustos del loco viviente que la pone a funcionar, y su encanto proviene de la multitud de nano-servidores invisibles e impalpables. Está libre de columnas, hecha de compacto multicristal antirreflejo que va cambiando de matices monocromáticos hasta que toma el rojo añil crepuscular, el color de recepción y bienvenida al hogar desde la tardecita inolvidable del arribo. El espacio-tiempo acá es la duración de la persona que se beneficia de una memoria mágica a largo plazo, sumando una continuidad en experiencias a borrados día a día. Y se trata de la misma persona que en la cueva se resignaba a consumir y olvidar el instante rápido, rápido. Allá el día servía para completar, exento de recuerdos y experiencias circunstanciales, libre de acontecimientos e hitos históricos íntimos, la

vuelta astronómica del planeta Tierra al Sol. La idea de estar en el nirvana digital cavernícola transcurría veloz, alienada en la intemperie de lo holográfico, salvo las salidas de engorde a la biosfera alterada que en sí fueron una acción pasiva intuitiva para generar este futuro de loco viviente.

Dije que Chancusig, apenas tuvo uso de razón cavernaria, se contaba en modo surrealista situaciones en lo silvestre desconocido que brotaban ya despierto, ya dormido. No me quepa duda que ese don oculto ha inspirado sus creaciones holográficas de las que se desprendía en borrador, pues, tal como manda el instinto surrealista, había que deshacerse de las proyecciones automáticas remitiendo el paquete holográfico a Racionalidad Digital.

El instinto surrealista se ha disparado acá con ventaja insoslayable, cómo no si tengo al sujeto de la experiencia deambulando de mañana, tarde o noche en la continuidad enriquecida de la vida, en borrador, del jardín de las delicias original. Soy el ser que renació de la nada de Racionalidad Digital para esta aventura de carne hueso, como se diría en la época de Gulliver. No hubo fractura mental ni desgaste físico en la transición; repito, fue como si me hubiese preparado a cabalidad para el ritmo subversivo de vida que llevo aquí, sin que la soledad consuetudinaria de existir desaparezca con la transformación del a duras penas existente en la cueva digital a loco viviente en la intemperie. La cuestión persiste en el aire: será que fui una anomalía desde que me arrojaron a la soledad de la red

mundial de Ejecutivos Digitales, y, lo de las salidas insulsas a la biosfera domesticada de *Oréate*, no es que me despertó sino que fue el inicio del plan preparado, en secreto, por el mudable ser que me habita y que con suma precisión ejecutó el fin del espacio-tiempo cavernario o lo que es lo mismo dio lugar al aterrizaje en el ojo cósmico que es la mansión del campesino Chancusig.

Me divierte sospechar que se quedó allá un sucedáneo (mucho mejor que denominarlo clon) de lo que fui, y él está al instante fungiendo de ente cavernario, por decirlo así. Y es el sucedáneo del cavernícola Chancusig el que remite a Racionalidad Digital, material holográfico que son retazos de la cotidianidad de los sentidos de un invisible vividor. A la verdad, Malinche, pudo haber dejado allá al sucedáneo del ejecutivo digital Chancusig diseñado para leer, es decir transmitir el mundo externo de Chancusig campesino. De hecho, Malinche, leyó mi mente metiéndose en las profundidades del subversivo que habito y me habita, y, rescatando sus ambiciones subliminales, creó su residencia temporal en la Tierra. Tengo el feliz presentimiento de que por fin voy a ser pasto de la desintegración molecular donde me place serlo.

Arriba, en la cueva digital, la nocturnidad era una suerte de noche que estaba dentro de la cotidianidad programada del existente cavernario. Entonces, había ignorado que me era innata la capacidad sensorial de sentir el mundo monocromático sublunar. Acá es que fui sorprendido con esa cualidad de *nictálope*. El Chancusig contemplativo siente la noche tan bien como el día, solo que hay diferencias en la percepción, ejemplo, los ojos noctívagos y los ojos diurnos enfocan distinto y reflejan distinto, y, sobre todo, la mirada del

alma discrimina los dos mundos dentro de su complementariedad. La intensidad diurna deslumbra con sus colores y matices de luz ecuatorial, incita a hacer cuadros mentales sean paisajísticos, sean de jardines liliputienses acuáticos, sean de fanerógamas en pequeñas sociedades con aves e insectos insectívoros, sean de fauna merodeando en el bosque de faiques, arupos, algarrobos, ceibas... Entendí que la luz también enceguece y es cuando agradezco que ceda su imperio a las tonalidades monocromáticas de la noche, el resultado es refrescante.

Los sentidos que abren las puertas de la percepción de dos mundos complementarios se manifiestan marcando las sensaciones correspondientes al día solar y las sensaciones correspondientes a la noche sublunar. Ha transcurrido el tiempo necesario, gravitante, en el espacio de cada mundo para que distinga a cabalidad, y por inercia, como los sentidos se han transformado aumentando o disminuyendo su capacidad sensorial dependiendo del mundo donde perciben capturando el instante. Si se trata del día solar la modalidad visual prima, el mirar hace de director de la sinfonía que tiene como instrumentos a los oídos, el olfato y el tacto. Si es de noche se dispara tanto el oído como el olfato equiparando a la vista nocturna y haciendo que el nictálope tenga un comando tripartito de los sentidos. Aunque la noche es más corta que el día, en lo que se refiere al tiempo astronómico del expedicionario caminante, el tiempo mágico se dilata en el nictálope ambulante y se iguala a la continuidad vivencial del sujeto de la experiencia diurna.

Sin quitar que el dormir horizontal ha sido, es y será un derecho adquirido del cuerpo-mente a la noche, la gran diferencia es que en la

cueva digital el día y la noche se sucedían para sentir que avanzaba, en el tiempo espacio, el ser arrojado a una vida rápida entre paredes. Allá era un ente resignado a no distinguir de una noche a otra o de un día a otro salvo en lo de la memoria técnica para evitar repetir hologramas que han sido usados recientemente. A veces un repentino antojo existencial obligaba a que el espectador se salte del recambio preconcebido en la percha holográfica y reivindique algo extraordinario para sí. Ese capricho hacía que de momento se detenga el proceso normal del programa de menús para el entretenimiento cavernícola de la integración molecular a la desintegración molecular. Allá arriba, la cuna fue el abrir los ojos maduro, hecho y derecho, a Racionalidad Digital; y la muerte vendría a ser el retorno a la nada.

Acá se me hace gracioso eso de la percha holográfica, como llamaba en la cueva al recambio programado de hologramas. Entonces me había inspirado en la comparación que hice con el escenario del vestidor-ropero perteneciente a ciertos humanos pudientes de civilizaciones remotas, cuando las personas cubrían sus fundas de unidades de carbono debido a la fragilidad de su piel, lo hacían con trapos externos, trapos interiores y calzado dentro de la versatilidad de colores y materiales disponibles. Si bien hubo tiempos arcaicos en los que se decía: los trapos de uso diario están al alcance todo bolsillo humano, había personas que se consideraban afortunadas por llenar sus vestidores-roperos con lo más fino y caro que encontraban en plaza, poseían una extensa cantidad y variedad de prendas de vestir colgadas en las perchas individuales formando largas y abigarradas filas manteniendo un orden preestablecido; así, cada cosa, tenía su turno para tapar y proteger la piel del usuario y,

curioso, también eran una suerte de disfraz de lo que llamaban “personalidad”, por eso eran sujetos de espejos.

Cuando el ser humano sufría la noche a conciencia podía ser un vividor de la penumbra, la sombra y la tiniebla como fue el caso de la velación de las armas de Don Quijote, antes de lanzarse a la aventura sin parangón en los siglos pasados, presentes y venideros. Para semejante artista de noche adentro, el tiempo del caballero andante velando las armas de derribar endriagos y vestiglos, no volaba en un sueño reparador sino que transcurría lento, intenso y creativo rumbo al amanecer. Para el artista noctívago, las campanadas de medianoche eran el punto de partida generador de riqueza interior, incluyendo la belleza gélida de los astros y la infinitud de monstruos de la materia oscura. Jamás he sufrido fenómeno similar o parecido al insomnio del artista del Antropoceno; sin embargo, ahora percibo lo que es la noche y el día como un acontecimiento, y aguardo la luz solar tanto como la oscuridad natural. Me llena de regocijo esta espera, aunque es apenas una sensación de cómo debió haber sido sufrir la vida desde el cuerpo-mente del músico, del autor de ficciones, del pintor, del escultor, etcétera... teniendo un hilo conductor entre ellos, eran poetas y podía tratarse de un noctámbulo que recibe la luz solar para descansar o podía tratarse de un ser diurno que anhela la noche para dormir. Y digo esto último de manera llana y simple porque la complejidad de los creadores artistas antiguos que renacían destruyendo el cascarón uniforme de los muchos, me ha sido ajena como experiencia personal. Alucinaba leyendo novelas, aún sin la

capacidad de vivirlas fuera de mi realidad digital. He dicho que aquí empecé a vislumbrar lo que es mudarse a una aventura de Don Quijote, y luego a hacer de las ficciones una realidad concreta mediante los sentidos ancestrales que han despertado al poeta Chancusig.

“Mandarinas para los mandarinos, pero yo no soy mandarino”, amanecí vocalizando y formando un son con este estribillo, vine a la luz figurando ser un campesino ancestral, ¿a quién visualicé?: a alguien que en este instante es indescriptible porque jamás me he visto reflejado en espejo alguno. Cuando tuve la oportunidad de preguntarle a Malinche si mi cara se reflejaba en sus ojos tal como su belleza corporal e integral se reflejaba en los míos, no es que no me atreví a hacerlo sino que fue automático pasar de ello debido a que tampoco ella me pidió hacer una mínima descripción de su corporalidad. Lo cierto es que perdí la ocasión de que Malinche hiciera un esbozo austero de la imagen de Chancusig. ¿O será que la regia figura de Malinche es un invento mío y he concebido una Dulcinea del Toboso a medida?, si fuese así: felicitaciones señor Chancusig por su genialidad imitativa. Lo que sí sé es que la forma del campesino del Antropoceno, correspondía a los dioramas que observó el cavernícola digital de molindas de caña de azúcar, en anónimo valle ecuatorial subtropical seco, promediando el siglo XX o el XXI, después de Cristo. Y a esa época antiquísima me remite la jovialidad del sujeto recolector de mandarinas que tiene rostro y que se borró de mi mente en un santiamén así como apareció de la nada. Este Chancusig poeta bien podría cosechar de los árboles de mandarina silvestre que están a la vista y alegran los días cargados de dulces frutos; por supuesto, si hubiese necesidad de ello, es decir de urgencia de proveerse de

alimentos sacados de la tierra fértil para nutrir al cuerpo, y no la hay. Esto no quita que el contingente celular olfativo del poeta capture, in situ, la esencia de las cosas silvestres de comer y beber, ejemplo, descubrí que un menudo árbol decorativo olía a gloria e indagando en la historia gastronómica Homo sapiens, reventó en una planta aromática bendita entre los yerbateros: cedrón. He degustado la esencia de la mandarina, y esto basta y sobra para convertirse en maná del alma. El perfume de las mandarinas vino también con la frase musical inspirada en la realidad circundante. Existen las mandarinas de los mandarinos, libres de la palanca del mundo onírico o los hologramas de Inteligencia Digital. En lo que concierne a la expresión en sí del estribillo del campesino del Antropoceno: “Mandarinas para los mandarinos, pero yo no soy mandarino”, muestra la complicada relación que había entre géneros y sexos y demás enredos inclusivos, exclusivos, de origen Homo sapiens, siglo XXI. ¿Qué sé yo? Si no fuese privilegiado espectador del comportamiento de ciertas especies animales a la mano en este valle de encantos endémicos como inusitados, sería del todo incomprensible dicha frase en el sentido que le da el pregonero. Se me ocurre cerrar el párrafo añadiendo otro estribillo: No soy agricultor, sí soy campesino.

Allá arriba, en Racionalidad Digital, la única manera de apenas imaginar la cotidianidad del artista creador-destructor del Antropoceno, esto en el modo urbanícola del siglo XXI, era interpretar hologramas antiguos que no estaban anclados en la cotidianidad de la caverna. Era el consumidor de hologramas remitiéndose al Homo sapiens urbanícola, se colige que hace un eón semejante ciudadano era lo más próximo al espacio-tiempo de cueva digital. En todo caso, encarné a

un cavernícola propenso a desarrollar la contemplación de los antiguos. Y mi traslado a este valle de acción terrenal hizo que el transcurso del tiempo se convierta en experiencia tangible continua, un tesoro invaluable e irrepetible. Antes el tiempo volaba sin ton ni son, existía clavado en el espacio anodino e ínfimo del ejecutivo digital, pero fui un anarquista en potencia desde que abrí los ojos a un estado amorfo que no correspondía al loco viviente en ciernes.

Sentir el fluido del tiempo ampliado y ser sujeto de la relatividad temporal, tiene consecuencias: mi arraigo en tierra fértil. He mencionado que tengo la sensación de haber vivido una eternidad en radical soledad campesina que es la otra cara, apenas descubierta, de la eternidad en radical soledad del ejecutivo digital. Un eón mental ha transcurrido desde que resido al pie de las murallas que vierten agua dulce y suscitan la eufonía acuática de Río Azul (lo llamo así cuando le da el sol mañanero, y debería denominarse Río Fuego cuando es iluminado por el sol de los venados).

Respiro por fuera del calendario y no especulo en la distancia temporal que me separa del fin del corriente año solar, haciendo la vuelta con el planeta y Chancusig sembrado en la tierra. Persiste la leve noción de que en cualquier momento la nave AVUA se va a presentar aullando en modo urgente “¡señor Chancusig!, se cumplió su año de fungir de campesino y también el año de ausencia suya en Racionalidad Digital”. Vaya noticia mi querida libélula vino tinto, fucsia, púrpura o lo que sea que te vista y calce... vete de regreso a

cueva digital con la respuesta indeclinable del auténtico Chancusig: él se queda, va de campesino para largo. Me divierte el escenario que se daría de retornar a las alturas del cavernícola; qué acontecerá con Chancusig II, el sucedáneo, el ente que asumo está cumpliendo las funciones de ejecutivo digital en reemplazo del original Chancusig, el campesino. Es predecible cómo se resolvería esa ridícula situación, si el susodicho sucedáneo es una copia mía debe ser una criatura que se precia de sí, en consecuencia haría lo que yo haría: reemplazarme acá, en tierra firme, y ser moderadamente feliz hasta que de nuevo le toque subir a Racionalidad Digital. Suena sencillo y sería sencillo el intercambio del original con el sucedáneo, vendría a ser habitar en un dúplex del eterno retorno a lo idéntico. Original y sucedáneo jamás se encontrarán en el cruce de destinos, pues, cada cual tendrá su escalera particular para bajar y subir. Por supuesto que este escenario se queda en chiste y de verdad pasará lo que el propio Chancusig decida. Repito y esto sí es repetir, no habrá intercambio con sucedáneo alguno porque tengo la prerrogativa, de acuerdo al pacto inalienable que hice con Malinche, y es un derecho adquirido dilatar mi presencia, *ad infinitum*, en Valle del Campesino (así terminé titulando el territorio que conocí ayer, reconozco hoy y reconoceré mañana).

La invención del tiempo en el espacio de Caverna Digital era un pasar exento de aburrimiento. Arriba deviene un tiempo libre de relatividad, un tiempo volandero, un tiempo inofensivo. Acá me enteré que el aburrimiento existe encarnando la espera, y vino a ser que aburrirse es un acicate para que el campesino salga renovado de una suerte de aproximación a la angustia Homo sapiens. El aburrimiento provoca ese aguardar por los acontecimientos. Diría que el campesino genera la dosis necesaria de angustia en función de hacer duraderos

los días y las noches. Dormir es un instante largo, es una espera y permite el acontecimiento del despertar predispuesto a moverse con la mañana de Valle del Campesino y, no viene a cuento la cantaleta esa de que en la repetición está el gusto, por el contrario, uno no se repite ni en sueños, ni en la ritualidad de capturar aromas y sabores silvestres sobre la marcha. Basta una muestra, resulta estremecedor el hallazgo del florecimiento de una orquídea no vista ayer, y hay flores de un día o una semana que desaparecen y no me acuerdo de ellas sino es porque de sopetón vuelvo a regocijarme con su belleza efímera. Salir del aburrimiento es la temporada de cosecha en Valle del Campesino, comprendiendo que no hacer nada es sembrar en el tiempo y espacio venidero.

Entendiendo el tiempo y el espacio en Valle del Campesino, es menester concluir que arriba mi existencia fue incesante aguardar a que un cataclismo volcánico, interior, acabe de raíz con la inmovilidad del cavernícola. Me alojé una eternidad en la pasividad holográfica a falta de la resolución que rompa con el ser sujeto a Racionalidad Digital. Empero, la mudanza, el desenlace, fue fulminante en relación con la extensa impasibilidad del cavernícola, me bastó una minucia de tiempo para planificar y ejecutar el salto cuántico. Comprendo que, la fantástica demora en la irresolución donde flotaba el cavernícola, se debía a que arriba no sentía la gracia del tiempo y tampoco sufría el espacio mínimo que habitaba envuelto en la adormidera holográfica. Arriba carecía de una realidad reventando de la tierra fértil, hasta que el AVUA me sacó de la cápsula intemporal y me arrojó a la cruda realidad del campesino Chancusig. Vivo en borrador, como nunca lo hice allá arriba porque desconocía un propio vivir, arriba sabía de las

aventuras de Don Quijote pero no de las aventuras de Chancusig en Valle del Campesino.

Arriba existía en función de una rutina de la desmemoria, era el sujeto de la experiencia anulado por personas y personajes que dejaron sus propios acontecimientos hace, quizás exagerando, eones, y, sin embargo, su modo y fondo artístico me llegó ¿a saber cómo?, acaso fui yo a voluntad forjando el impulsó de aterrizar en tierra fértil debido a la influencia de los aventureros antiguos, siendo así tenía que rodar escaleras abajo o permitir que me absorba por completo Racionalidad Digital.

Aquí vislumbro al artista arcaico del avanzado Antropoceno, realizándose en borrador sin ensayo previo. Proust hizo de la vida en borrador una novela total, él fue el escritor y personaje en potencia de En busca del tiempo perdido, tardó décadas en forzar el acontecimiento de serlo. Su obra estuvo en veremos hasta que los rayos de esclarecimiento de la infancia que lo visitaron (aromas, texturas y sabores), dieron la señal de largada. Por fin, Proust, tuvo la certeza de que en cada célula de su república de células (unidad de carbono), yacía la materia prima de su búsqueda del tiempo perdido en las profundidades de sí mismo. Y plasmando en el futuro a su pasado lo convirtió en una obra de arte excelsa, la novela total que hizo del tiempo perdido un tiempo recobrado. Es decir, Proust, nunca perdió el tiempo Chancusig, sí.

¿Cómo habría sido el suceso de quemar el año viejo y ensalzar al año nuevo al estilo estridente Homo sapiens 2000? En Valle del Campesino, sería cometer una celebración humana inadmisible, vendría a ser la aniquilación de la vida contemplativa de Chancusig. Esto lo imaginé la otra noche a propósito del tiempo recobrado de Proust, no lo dejé asentado intuyendo que me serviría para comenzar la siguiente entrada de esta suerte de borrador (que se quedará en borrador) del campesino Chancusig, cual no existía cuando el Ejecutivo estuvo perdido en Racionalidad Digital, todavía se hallaba en proceso de fermentación recóndita. No voy a recobrar el eón extraviado allá arriba porque una edad pasiva es estéril, no fabrica memorias y en consecuencia no se crea el día que abarca todos los días, por ejemplo, el jueves de Leopoldo Bloom. Ni comprimiendo todo el tiempo perdido del Ejecutivo allá arriba lograría empezar un día de Bloom, ¿qué diantres era el día de Bloom? A pesar de ser un monólogo en sí desde que abrí mi mente-cuerpo a Racionalidad Digital, no podía capturar la esencia de la novela total de Joyce, y cómo hacerlo si el sujeto de la experiencia respiraba en la edad de la caverna holográfica. En Valle del Campesino vislumbro lo que fue esa gloriosa jornada de Bloom, ese dublinés de principios del siglo XX, haciendo el monólogo de un Ulises callejero, en reorganización retrospectiva, desde el vamos grasiento desayunando vísceras de cordero. Me atrevo a decir que percibo el condumio del tiempo del jueves de Bloom, y este vislumbrar no tiene que ver con lo que fue propio de la modalidad cotidiana de un urbanícola Homo sapiens 2000, ese modo de habitar en radical soledad en medio de multitudes humanas me es ajeno e incomprensible. Me anima creer que, en Valle del Campesino, lo fundamental del día de Bloom es posible.

Soy una novela total en ciernes. Soy un iniciado en sembrar y cosechar acontecimientos en Valle del Campesino. Como Bloom no me hago las preguntas existenciales de rigor del poeta aristócrata: ¿qué voy a hacer mañana?, ¿qué voy a ser siempre? La gran diferencia es que Bloom floreció de golpe y porrazo en su jueves aunando todos sus días en uno solo, y luego se mandó a mudar a la eternidad joyceana. Cuando el Ejecutivo era un ente exclusivo de Racionalidad Digital, tampoco me hacía esas preguntas de rigor existencial porque a falta de un mañana ni un siempre, en la edad de la caverna, vivía sin pretensiones terrenales siendo un transmisor de hologramas tomados del susurro del contador de historias, donaba ilusiones a ajenos tal cual ellos me las donaban a mí, hasta que la poesía/ficción Río Machángara me condujo a Malinche, ahora mismo presente en la feminidad de la naturaleza prístina. Desde acá me veo similar a un alcohólico consuetudinario, cual malandrín dependiente de las canciones que incitan al vicio secular, que de la A a la Z sonaban automáticamente en la rockola cósmica, aunque de repente metía una moneda sucia, ajada, para vibrar con el ritmo metálico que me daba la gana de escuchar.

En Valle del Campesino, serían inofensivas las interrogantes del poeta aristócrata ¿qué voy a hacer mañana?, ¿qué voy a ser siempre?, debido a que mis días caminan y no corren, se hacen en los senderos y se transforman de la noche a la mañana y viceversa. La cuestión de rigor que sí palpita en el aire es ¿encontraré el día que integre todos mis días de una vez?

Aquí amaneció lloviendo delicioso y después del obsequio celestial que llena de júbilo al suelo subtropical seco, escampando

alrededor de las siete arribó el calorcito amigo de las criaturas que habitan Valle del Campesino. El despertar de los jilgueros en el último tramo de oscuridad, dio paso al fulgor de flores y frutos pintando perlado verdor. Embebido en las rojas beldades del ají rocoto, frutas ovaladas colgando del árbol de tronco leñoso que por su natural tamaño y lustrosa hermosura no envidia a un trabajoso bonsái, me visitó el recuerdo fresco del jovial campesino que tengo negado fijar su rostro. Mientras más familiar me resulta más rápido se diluye su cara, se marcha del todo apenas extinguido el sueño bordeando el amanecer de los dragones de oriente; cuando abrí los ojos su faz se había ido, no así la alegre figura de campesino seductor. El diorama con los otros actores del escenario onírico permaneció incólume, esclarecido, un lapso suficiente para quedarme disfrutando de su gracia hasta difuminarse y desaparecer avanzando en la mañana temprana. Esta reliquia de campesino encantador apareció entonando una frase grotesca, aunque risible y pegajosa: “bestia salvaje, pedazo de animal...”. Él no estaba calzado y vestido de campesino en acción sino en modo festivo, elegante a su manera, estrenando prendas de expedicionario siglo XXI, y venía caminando por un atajito de caña de azúcar idéntico al que descubrí hace poco en Valle del Campesino, o sea, uno que se desvía del recodo de sauces llorones de Río Azul, y era partícipe de la brisa despidiendo aromas de panela cimarrón. Y lo insólito llegó cuando del lado contrario asomó radiante Malinche, y, ¡oh, sorpresa!, entonando con voz de soprano lírica, “bestia salvaje, pedazo de animal...”. Es inevitable en este punto traer a cuento el único encuentro personal celebrado entre Malinche y Chancusig, donde sin ponerse de acuerdo acudieron a la cita disfrazados de expedicionarios del tardío Antropoceno.

Me había olvidado que de repente podía toparme con la flecha de mi destino, y tenía que concretarse en una bifurcación de caminos inevitable, ahí colgando el letrero que ahora tiene nombre propio. Así sucedió. Hasta ayer, si me hubiese acordado de ese encuentro predestinado (a la verdad, no sé cuándo fue la última vez que brincó de la memoria tal ineludible probabilidad), habría figurado una flecha clavada en un poste de madera diciendo por este sendero se llega “a XYZ”. Aunque sabía que sin esfuerzo ni intención consciente en cualquier momento estaría parado frente a la flecha de mi destino, la cotidianidad en Valle del Campesino hizo que no haga de esa certeza una búsqueda secreta.

Chancusig reconoció el acontecimiento apenas se presentó intempestivamente, en una mañana celeste festoneada por estrías de nubes volanderas inmaculadas y de altitud edénica, la flecha que tenía un mensaje claro: “a Reflejo”. Sobre la marcha imaginó que Reflejo vendría a ser el anunciado caserío de Malinche, es decir el punto de encuentro con otros campesinos parecidos a él o si se quiere el contacto de emergencia para salir de Valle del Campesino y devolverse al cavernícola de Racionalidad Digital. Siendo el primer letrero-flecha que Chancusig tuvo ante sí en lo que considera ya una extensa trayectoria de hacer senderos rústicos a lo largo y ancho de Valle del Campesino, se aseguró de palpar el árbol que en su memoria reciente se había posicionado con un mote poético, Ceiba Sirena. Y esta beldad arbórea portaba el mensaje al senderista que lo recibió no

como invitación a hacer una vuelta romántica, sino era la certeza de que se cumpliría un hecho impostergable.

Ceiba Sirena, era la dríade conteniendo en su vientre la flecha gris y el mensaje categórico con letras rojas grandes y en relieve. Además de predestinado tenía ganas, cuanto antes mejor, de entrar en el sendero con rumbo fijo a Reflejo. Chancusig, gozaba de familiaridad dionisiaca con Ceiba Sirena, pues, trabó amistad con su excelsa figura hace pocos soles y lunas, cuando visitó el escenario boscoso que él tuvo a bien denominar, Dríades Danzantes. Entonces, Ceiba Sirena, fue la fragante beldad que le dio la bienvenida con sus dos ramas verdes desnudas, suaves, candentes, fungiendo de sensuales brazos. En esa hora de hallazgo de ceibas dueñas de una zona sin bifurcaciones, se ató a su feminidad terrenal.

A medio camino, presintiendo que había avanzando largo por el sendero que tomó la forma de tierra colorada serpenteando en una planicie de faiques aromáticos, cundió la duda de qué mismo podía ser llegar a Reflejo: ¿Acaso desembocará en una aldea de campesinos que lo reflejen a Chancusig así como Chancusig los reflejaría a ellos? Lo único cierto era terminar con esta historia atravesando delicioso infiernillo de *Acacia macracantha*, si no fuese porque anda con la seguridad de que el sendero se ofreció por una sola vez para dilucidar el misterio de Reflejo, creería que ha sido condenado a vagar sin ton ni son en ninguna parte, pero sentía que flotaba en lo profundo e ignoto de la travesía y disfrutaba intuyendo que iba proa al final del trayecto.

El retorno al punto de partida de Ceiba Sirena, era inimaginable; el sendero, aproximadamente cuadra a cuadra, se esfumaba tornado a derecha o izquierda en ángulo recto. Al principio serpenteaba alegre en un horizonte que lo dibujaba hasta perderse; después, flotaba en el tiempo-espacio de los ángulos rectos aún cubierto por el paisaje y perfumes de *Acacia macracantha*. Cuando aterricé, tuve la fuerte impresión de estar orientado a Ojo Chancusig, mi hogar. La noción de cercanía al hogar, vino con el rumor de cascada y río que capturaban mis oídos. No tardó en arribar lo que faltaba para descartar de cuajo que había sido presa de alucinaciones: la brisa ribereña inconfundible, y con ella los aromas de la vega de Río Azul al pie de la muralla de granito. Solo faltaba otear el edificio siendo el principio y el final de las aventuras del campesino Chancusig. Fue divertido sospechar que ir a Reflejo era volver a casa.

El ritmo de marcha en pos de resolver el misterio cedió a un paso relajado. Esperaba el cambio de tercio en el paisaje, o sea moverme del sendero rojizo de *Acacia macracantha* al contacto visual con Mansión Chancusig, celebrando la broma que entendí provenía del diseño original de Malinche. Me decía: lo de ir a Reflejo, devino en una travesía inédita al hogar pasando por un portal que se abrió únicamente hoy y por ende jamás volverá a darse este portento, así que disfruta de la graciosa ocurrencia de Malinche.

La transición de bosque de faiques, hundiendo raíces que sobreviven a la aridez de tierra ladrillo, a suculenta vegetación ribereña, fue de una sabrosura integral, tomé bocanadas de aire proveniente de oasis de sauces llorones. Abandoné el terreno plano rojizo y cuarteado, abandoné la placidez intemporal del faical y

ascendiendo de piso biológico me rendí al espacio de tierra ecológica, suelo vegetal fértil de sembrados identificados desde mis ensoñaciones de campesino de época. Se sucedieron simétricas y menudas plantaciones de palta, papaya, guineo, zapote, chirimoya, mandarina, lima, naranja, limón, membrillo, ciruela, guayaba, ají... Si hubiese tenido una vista panorámica de dron habría observado rombos albergando distintas especies frutales, como un panal policromo de maná.

La senda frutal concluyó con el recodo-balcón abriéndose a la vega de Mansión Chancusig. Sin regresar a ver, el campesino, mantuvo el paso del que vuelve a casa a por las delicias de mediodía del fogón de Malinche. Embebido en la contemplación pantagruélica de la vega hogareña estaba Chancusig, caminaba ya libre de cualquier pretensión de llegar a Reflejo, cuando se percató que una suerte de humano se movía a su costado izquierdo, en una senda paralela e idéntica a la suya; paró en seco y enfrentó la visión. Chancusig tenía ante sí a la persona que hizo lo mismo que él, dejar de andar y escrutar en el otro. Fue un pestañeo y al rato se saludaron efusivamente extendiendo los brazos para acudir a un encuentro amistoso al estilo campesino de molienda de caña de azúcar siglo XX. ¡Eres tú!, aullaron, fue unísono. La imagen del campesino de ensueño del tardío Antropoceno desapareció tras el encuentro que duró un suspiro; mas, en la mente de Chancusig, permaneció indeleble. El portal que condujo a Reflejo, le dio un rostro al hombre sin espejos.

Mañana Lluviosa

Soy Tichya. Me saluda la figura distinguida, vistosa, amable, de una persona que sobresale de los espontáneos transeúntes del mundo que Tichya percibe con intensidad. La persona transeúnte me llega esbozando la sonrisa contemporizadora de “te reconocí” y emite un sonoro buenos días y Tichya contestó inmediatamente con otro alegre buenos días como acto reflejo de cortesía mutua entre viajantes. Tengo claro que no la hubiese reconocido como viajante entre los transeúntes espontáneos sino es por su franco abordaje callejero. Esto de saludar vocalizando, fuerte y nítido, a otro viajante está sujeto a la personalidad del ser en tránsito por su mundo actualizado y en borrador. Tichya no es de saludar vocalizando sino de reconocer en silencio con el lenguaje corporal inherente a la ineludible sorpresa y fascinación que provoca el acontecimiento de coincidir con otro viajante en su propio viaje. Dado el caso Tichya es correspondida sin necesidad de promediar palabra alguna hacia afuera. Igual asombro suscita casa adentro el ser reconocido por alguien que uno no ubica como sucedió con la persona del sonoro “buenos días”. Ese viajante sí lo hizo con Tichya evocando por su cuenta una salida al mundo donde asumo me observó y grabó mi figura sin que yo hiciese lo mismo con su figura. Así pasa en la lógica del absurdo del recuerdo de cada quien, se dispara la memoria visual de acuerdo a la persona y sus fijaciones a futuro y sobre la marcha se hace alguien transeúnte un rostro memorable, lo demás es parte de la imprescindible comparsa callejera.

A diferencia de la fallida memoria de la figura femenina que se metió en el mercadillo El Souvenir, sí reconozco en un pestañeo y sin

promediar saludo alguno al señor de grandes bigotes pelirrojos que aguarda a tomar esta cosa llamada "bus gusano" en la banca sombreada por un toldo añil desgastándose en la inclemente intemperie de isla tórrida tropical sometida al sol y las aguas de marzo. La persona de los bigotazos también me reconoce aunque mostrando la misma impavidez que yo proyectó en él. Un detalle insoslayable que capturó mi atención es que él lleva una vestimenta veraniega liviana y de secado rápido impecable, no venía enfundado en el grasiento overol con la marca de técnico de mantenimiento de la planta eléctrica de la menuda isla en la que estuve hace poco y coincidimos a la hora de la merienda en el sitio a la mano para comer sabroso y abundante, a lo bestia humana solitaria, cada cual metido en la mesa individual de hambriento viajante devorando el plato principal del momento, el plato fuerte aleatorio que constituye nuestro menú diurno y nocturno. Lo cierto, Tichya, es que a donde fueres a tragar en nuestro mundo de archipiélago actualizado y en borrador, el plato único del menú es delicioso e irrepetible al gusto.

La figura de los bigotes tupidos, pelirrojos, enmascarando la boca viene ubicado en la memoria visual reciente, fresquita, de la isla vecina parte del archipiélago tropical (el que me precio de visitar incansable en la cotidianidad del sujeto de la experiencia que inventa la mañana mudándose sobre la marcha), se subió al bus gusano que le correspondía en su ambición de hacer su propia historia de viajante. Tichya abordó su bus gusano respectivo y partió en pos del deporte filosófico: ese tiempo en el espacio de las delicias naturales contrastando con la muestra, que es en sí la urbe del puerto, de civilización de la alcantarilla y la basura sintética del hombre arrojado a la ficción de libre consumista. ¿Cuánto de la memoria histórica de la

última humanidad Tichya acarreó de lo que de esa antigüedad personalizada le transmitió Tilda?: todo, es decir todo lo que nutre de Tilda para ser viajante actualizado y en borrador. La memoria vital de Tilda nos tiene ascendiendo a tierras altas de la isla más poblada de transeúntes del archipiélago. Voy rodando retrepado en el aparato que traquetea en la vía plagada de baches que desfiguran el asfalto pero no los cuadros paisajísticos de lejanías de orilla rocosa en las que sobresale la silueta de la isla que abandoné ayer.

Los pasajeros que encarnan la comparsa transeúnte, son campesinos que aportan con el cuadro familiar pintoresco de tierras altas, se van apeando del folclórico aparato contentos y embebidos en saludable conversación, cada familia de a tres miembros (dos adultos y un infante) carga sendos bultos de compras de comestibles que hicieron en el mercado municipal de la urbe del puerto. Tichya, observa que faltan a la vista caseríos de barrios rurales, ni siquiera hay casas sueltas de fincas agrícolas, es decir tampoco hay trazos de agricultura o cosa similar a la ganadería. A las distintas familias los aguardan distintos senderos internándose en el bosque de Scalesia cordata, caminitos rústicos de cascajo pero limpios y apisonados que se pierden en la cortedad del primer recodo a vista. El bus gusano que se echó a rodar a medio llenar desde el puerto, continúa vaciándose mientras se acerca a ineludible destino lluvioso, empezó a llover en la parte alta de la isla y Tichya presiente que esto va a degenerar en chaparrones que frustren la caminata más soleada que húmeda que deseaba para hoy, mejor dicho la salida en seco y despejada se cayó. Las imágenes de charca de algas púrpuras como una alfombra acuática abierta por la estela de patillos de cola pintada tricolor se esfumó en la mente; el sendero dibujado de tortugas gigantes del este

y Tichya serpenteando en el bosque de guayabillos de ramas artríticas como perfumadas se desvaneció. El viajante no puede controlar la meteorología isleña y llega el instante de decidir si se quita del bus gusano y sufre una mañana inapetente o da media vuelta de regreso al punto de partida que si bien se mostraba parcialmente soleado o parcialmente nublado, ofrecerá una mañana más placentera que la que pinta acá arriba.

Tichya, pasó de complicarse y decidió hacer la ida y vuelta de una sola vez cuando los últimos pasajeros comparsa descendieron parsimoniosos del bus gusano. El aparato se vació justo en el redondel de circunvalación que sin duda marcaba el regreso. Así fue, Tichya está de regreso en renovada soledad, y el bus gusano se transformó en bus bala deslizándose libre de obstáculos como un surfista en el túnel de una ola celeste divina. No hubo paisajes ni traqueteos de bus gusano en acción primordial, en un santiamén el bus bala descendió a la parada de la calle del mercadillo El Souvenir. Tichya se alejó del trajín del centro del puerto, y sin dudar se metió en la primera salida a la derecha y lo llamó porque sí Callejón del Lagartijo, apenas caminar veinte metros y se perdió el rumor callejero, y fue disfrutar del sendero largo y estrecho, hecho de lajas color miel asimétricas empataadas como si fuesen una sola plancha de piedra corrugada, flanqueado por muros bajos de lava petrificada que no muros de calleja diseñada para viviendas de barrio recoleto. De hecho, el bosque seco, entró en los sentidos de Tichya con recogimiento de mañana que acá abajo, a nivel del mar, estaba plomiza y con amenaza de lluvia. Venga lo que venga: acertaste Tichya. Empezó a llover suave y sostenido y los lagartos se han refugiado en las guaridas subterráneas de piso volcánico. Deja afuera

tu bulla y escucha el latido del bosque seco. Dice Tichya, abrazando la oscuridad y el canto de ruiseñores del estrecho sendero que combina rectas con túneles arbóreos curvilíneos.

La ilusión de una aventura en seco a nivel del mar no iba más, las aguas de marzo no admitieron microclimas en la isla entera, el latido cantarino del bosque fue poseído por atronador diluvio que opacó la vista y dio lugar a charcos ineludibles y, al cabo, Tichya, fue metiéndose de lleno en el medio ambiente húmedo, si estás estilando únete al momento, pisa fuerte en los charcos, chapotea y aúlla de felicidad.

Parecía que la travesía del bosque seco era interminable y más todavía al son de la tormenta eléctrica que inició con estrépito. De repente el sendero asciende por un arco de piedra negra y bajando desemboca en una caleta de playita nivelada en bajamar. Tichya, siente la arena fina y suave bajo las sandalias y cree que se ha topado con una caleta que visiona paradisiaca si fuese una mañana transparente de iguanas marinas beneficiándose de mullida arena cremosa. Lo que tiene es la acuarela fuerte de un horizonte copado por lluvia cruzada sumándose a la tormenta eléctrica; tiene el sonido hipnótico de la masa oceánica lamiendo la orilla. Tichya, se mimetiza con la tempestad, es el agua que chorrea por la visera de gorra gris cubre cuello.

Cesa de golpe el aguacero y me reflejo en la arena húmeda reverberando, lamida por rítmicos coletazos de oleaje privilegiado para surfear con la vista. Hileras de olas reventando a distancia, luz solar pintando de celeste y turquesa el horizonte marino empatando con el

cielo: eléctrico azul matizado de nubes grises como si fuesen los rescoldos ahumados de una hoguera moribunda. A las formas de paisajes de orilla se suma tibia brisa echando a rodar el secado corporal original, desde la gorra cobre-cuello para abajo. De la playa ancha de bajamar brotan figuras y sonidos de especies en acción; aquí el pájaro ostrero, especializado en abrir la armadura de moluscos con su largo y achatado pico tomate, atrapa un bocado rodando en la resaca que revuelve la fina arena, y alejándose tantito fuera del agua machaca la concha hasta engullir sabroso contenido.

Pisar fuerte en los charcos del sendero fue el estímulo justo para la danza de la lluvia que surgió apenas me incorporé al festival acuático de mar y cielo tropicales entreverando rugidos metálicos. Y esto de la brisa y el sol secando la ropa ligera mientras camino al tope rocoso de la playa es danzar entre delicias sensuales. Del ambiente limpio de porosidad brotan líneas de islas que reconozco con gratitud. La silueta de la mismísima Floreana es golosina exquisita que apuran los ojos viajantes, contemplan de punta a punta las prominencias y desniveles del ser volcánico, y Tychia generando giros acrobáticos, recitando:

Luminoso cerro de cantores alados,
nutricio de especies amenazadas,
trampolín óptico a pisos biológicos
vástagos del fuego magmático,
balcón de los misterios de Floreana,
tupido anfiteatro de aromática scalesia,
refugio acústico del petrel pata-pegada.

Pasajes broncos de la iguana Venustissimus,
aproximación a la deidad de orilla pétrea,
donde medra la roca azabache escarpada,
bruñida en los abismos del Lobo fino.

Calas de largo aliento en la mente,
miradores del tiempo recobrado,
lagunas de filos dentados,
brotes de mangle rojo estático,
quietud de acuarelas infatigables.

Tichya se para y torna a ver cuánto ha avanzado en el viaje de punta rocosa a punta rocosa, teniendo como intermedio a la playita extendiéndose placentera al son de manso oleaje. Aproximándose al otro lado no solo se ha estirado la playa sino que ha crecido en su ancho, y luce la fina arena crema abundante y caldeando bajo el borde del bosque de Manzanillo desembocando verde y frondoso en el filo marino. Manzanillo: hermosura arbórea conteniendo el fruto prohibido al mortal humano mas no al mortal galápago. Bosque de manzanillos llamando a anidar a su pie, y amparo, a las iguanas marinas formando un ruedo de cofradía bañista tomando vitaminas solares y elevando la temperatura corporal interior para digerir su dieta vegetal submarina.

¿Qué ve Tichya exaltada?... Es la figura caballeresca del Quijote, a lomos de Rocinante y de Sancho, a lomos del innominado rucio de

su adoración. Caballero y escudero vienen avanzando en silencio y están a tiro de vista, en breve ambos arribarán al punto del espectador del portento, embebidos en la alegría del paisaje y agasajados por la brisa de media mañana, mientras sus monturas chapotean en la línea gris húmeda de arena dura que apenas lame el mar y se retira burbujeando.

Don Quijote, ladeando a trochemoche su fina estampa de caballero armado presto a galopar lanza en ristre a acometer endriagos y vestiglos de archipiélago tropical, más bien cabalga desinhibido y atento al paisaje, suelto de manos, hermanado en ello con su amigo y escudero Sancho Panza. Se diría que Don Quijote va de pensador contemplativo antes que buscando solucionar entuertos que no vislumbra en parajes que elevan la mente y el cuerpo a estadios poéticos. En todo caso, Tichya, reflexiona que esta suerte de acontecimientos contemplativos vendrían a ser la normalidad de Don Quijote y Sancho acá, o sea mientras permanezcan en el mundo original de las Islas Encantadas.

Don Quijote y Sancho se mueven en modo beatífico, beneficiándose de la conjunción lumínica de tierra, océano y cielo que se generó tras el espanto de tormenta eléctrica sumada al diluvio de acuarela oscura galapagueña. De la oscuridad de bosque seco, mojado, que flagela los ojos con rayos y retumba en los oídos con relámpagos, nació la luz y calor de playa nivelada, más larga de lo que acaparan los ojos y colmada de tierna arena cremosa acotada por cúmulos azabaches de roca volcánica fúlgida. ¿Y qué más añadir del fastuoso ramaje artrítico de los manzanillos? En sí es la primera playa de esta modalidad extensa y ancha que Tichya encuentra de sopetón,

por obra y gracia del sendero que conduce de la tempestad enceguedora a un tesoro escondido en medio de las tantas caletas que desaparecen del plano playero, entregando su orilla arenosa al reclamo de pleamar. Y, por excelsa coyuntura, a la mañana que ya ganó para sí el título de plácida apenas llenando el horizonte con la silueta de Isla Floreana, arribaron a estos pagos el Quijote, Sancho, Rocinante y el rucio.

Desmontan de sus cabalgaduras y no rebasan y tampoco paran mientes en el sujeto de la experiencia que viene a ser testigo afortunado de un episodio atípico del Quijote, dado en el archipiélago de Galápagos, asaz distante del continente sudamericano. Digamos, Tichya, que Don Quijote está aliviado de la dinamita presta a explotar del caballero justiciero que es y, de repente, es nuestro anarquista cabalgando no solo fuera de su tierra natal, la España de Cervantes, sino lejos del continente en el que habita y medra el bípedo depredador del pedazo planetario llamado Ecuador. Entonces, cabalga también fuera de la atmósfera del Ecuador de Montalvo, fuera de la altitud de la serranía y valles primaverales incrustados entre los altos Andes ecuatorianos, hay mil kilómetros de océano de por medio y océanos de tiempo volcánico detenido en las islas nacidas del fuego submarino.

Don Quijote, apeándose en el borde de los manzanillos, aspira hondo aprovechando la sombra y frescura benefactoras del ramaje de bosque dilatándose lo suficiente hacia la tibia arena dispuesta a convertirse en ergonómico colchón para los caminantes. Una vez que Sancho le quita el peso de la armadura y las armas, manifiesta que es de agradecer tener a mano la visera de los manzanillos, esto ante la

canícula que inició su ascenso al clímax de mediodía isleño ecuatorial. Don Quijote, solicita de buen talante a Sancho (acogiéndose al juvenil humor mañanero que los acompaña desde que se dio el cambio de tercio del bosque seco a la playita donde reina la distensión de bajamar) que procure brisa a Rocinante y al rucio, que los libere del yugo de monturas, víveres y arreos para que puedan mudarse desnudos a las delicias del sitio y husmear en las barreras de orilla rocosa y en el piso biológico aledaño, donde podrían hallar pampa de humedal escondido y hartarse de hierbas suculentas. Añade que si los cuadrúpedos tienen sed beberán agua dulce del cielo atrapada en cuencos naturales de campo volcánico, y que el lugar sea en dichos animales puros una ventura tal cual lo es para el caballero y su escudero. Don Quijote le participa al amigo Sancho que han de ser dignos de este remanso galapagueño haciendo realidad el goce playero de Rocinante y el rucio, que el uno se eche a relinchar de dicha y el otro rebuzne de contento, y ambos se entreguen a la vida plena como lo hacen los chivos en brisa. Recalca que tanto Rocinante y el rucio están avisados de que el fruto del manzanillo es veneno letal para ellos, aunque no sea así para los centenarios galápagos que los engullen como si se tratase de dátiles exquisitos.

Tichya, viene atenta y halagada por interpretar para sí misma el rítmico castellano de católico viejo del siglo de oro que, a sus oídos, le infieren tales magníficos caminantes e ingenieros del lenguaje emancipador quijotesco. Sancho, suelta entre risas sonoras viajando a carcajadas, a estómago rugiente, a Rocinante y al rucio. Así les comunica, valido de sendas venias de aprecio y respeto por su aporte impagable a la causa de Don Quijote, que sus señorías cuadrúpedos tienen brisa en popa para iniciar un coloquio de caballo a rucio, o de

rucio a caballo, si les place; igual pueden irse al mismísimo horizonte donde yace la silueta de Isla Barataria, si les apetece. De regreso a la sombra fresca de los manzanillos tiene a bien dirigirse a Don Quijote, y le confiesa que la tarea liberadora que hizo es precisamente lo que él iba a proponer hacer con un discurso menos sabio pero no menos idéntico de la cosa en sí que concluiría en el alivio de útiles ajenos al cuerpo del rucio y al cuerpo de Rocinante, y que sus señorías cuadrúpedos desnudos susciten sus propias y pequeñas felicidades como a bien gusten en el escenario que sin duda tendrá más movimiento que el escenario de los bípedos implumes. Entiende que la necesidad de comida y bebida está cubierta para los humanos, tuvo la precaución de portar sencillas cosas de comer en la alforja y, a la hora de hincar el diente, con el apetito saludable que abre la intemperie de este privilegiado sitio, vendrán a ser cositas finas que a él, Sancho Panza, le proporcionarán pequeñas felicidades terrenales aunque no provengan de las altitudes que alaba y consume Don Quijote, en su condición de caballero que se manda a mudar a donde su afán de aventura total, a vida y muerte, lo lleve.

Los amigos veraneantes, con el ánimo de oxigenar sus cuerpos, se han quedado en paños menores, la brisa corre en aras de ahuyentar los mosquitos y ya estirados, ya recostados o sentados teniendo el borde de arena de mullido respaldo, respiran la fragancia post-aguacero que expide el bosque y la tierra que habita. Ahora son sujetos playeros unidos al círculo de las iguanas marinas en una suerte de momento interespecies, agasajados por los elementos. Han colgado a orear, al son de del oleaje, las prendas de vestir y, con antelación, el diligente escudero hizo lo mismo con las monturas, arreos y víveres que vienen uncidos a primordial limpieza y ventilación

en el espontáneo, versátil y amplio perchero a la intemperie que ofrece el ramaje bajo de los árboles de manzanillo.

Don Quijote, en tensión relajada, le avisa a Sancho que suspende su ayuno *ipso facto*, puesto que ha superado con largueza las horas que prometió pasar sin ingerir alimentos mundanos, esto en homenaje al aniversario de la doncella que se abstiene de mentar no por misterio alguno sino porque a partir del instante mismo que concurre, en el sitio de su resolución íntima, declara que la belleza sin parangón de la innumerable es una presencia inmanente a las Islas Encantadas. De lo dicho se desprende que la hermosura de su señora estará presente a donde fueren de visita mudándose de aventura, está aquí hoy y lo estará mañana cuando viajen a Isla Barataria, la isla volcánica que Sancho se adelantó a nombrarla así, apenas fue verla en el horizonte entre el cielo y el mar despejados y quedó prendado de su voluptuosa figura. Don Quijote, manifiesta su voluntad de apuntarse a la degustación de las viandas que con su generosidad habitual provee el amigo Sancho y, cuando sea oportuno acorde al reloj biológico del precavido escudero, se concrete la repartición de cosas finas de comer. Que cunda en provecho del paladar la tortilla de patatas y guisantes verdes, que nutra el escabeche de champiñón y calabacín y, para limpiar el gusto, que venga la horchata aromática nativa a falta de vino tinto manchego.

Tichya, se manda a mudar tomando el filo de arena amparado por la sombra del borde boscoso; ha cogido ritmo de caminata con el trino melódico de pinzones, copetones y demás avifauna del paraíso sobre la marcha. Por inercia, se aleja del escenario quijotesco, el cual se ha recogido en un remanso de silencio. Tichya, pasa de regresar a

ver y tampoco le dedica ningún adiós al portento dado porque lo lleva adentro de una casilla de memoria intempestiva. Será la memoria intempestiva, después de acogerse a ineludible lapso de maduración, la que disparará este escenario reinventado en el futuro. De repente, Don Quijote, Sancho, Rocinante y el rucio, se encenderán como un relámpago de entendimiento, sin que intervenga la voluntad del sujeto de la experiencia del mañana.

Tichya, cursando la canícula del mediodía ecuatorial, reconoce la entrada del sendero de salida ingresando a la boca flanqueada por paredes de hierbas rastreras. Es el caminito de la mañana que apenas lo siguió con la vista un trecho corto, el resto fue seguirlo únicamente con los pies debido al enceguedor diluvio acaecido de porrazo. Alucina con la trocha abriéndose quirúrgica entre la maraña impenetrable de palo salado, tal intrincado cúmulo de bejucos de fúlgido verdor es el espacio oscuro y fresco donde anidan las iguanas marinas, pero vendría a ser un infierno a cruzar para el bípedo implume. A la verdad, no entusiasma caminar y ver todo al revés, desde el final al principio, extrañaría la tempestad y tormenta eléctrica que fue la energía que movió su mente-cuerpo al hallazgo de la playita. La flecha rutilante de fondo rojo y marco negro, invita a tomar la banda rápida de regreso al Callejón del Lagartijo.

En ninguna parte

¿A dónde vas, paisano? A ninguna parte, chiquillo... ¿Y te queda muy lejos ninguna parte? No sé, puede estar a kilómetros de distancia, allá por el lomerío Pegujal o mejor todavía se esconde a la vuelta, saliendo del sendero de floripondios y apenas penetrando en la selvita de faiques tras el recodo. Qué sé yo dónde y cuándo estamos inmersos en ninguna parte, es intempestivo. Un consejo o advertencia también: si algún día haces de ninguna parte una suerte de ejercicio filosófico, asegúrate de quedar “atrapado con salida” porque de súbito el nirvana podría convertirse en purgatorio, recuerda que el camino a caer en infiernillos insondables de entrada es divino, ancho y entretenido.

La última vez que bajamos por el trillo de guardaparque, hace como dieciocho meses, rumbo a Playa Rey Iguana, el senderito era poco visible, aunque se notaba que había mínimo mantenimiento gracias a los pocos que accedían a estos parajes al filo de ninguna parte. Ahora lo encontramos apenas visible y está claro se ha esfumado el puñado de privilegiados visitantes de Playa Rey Iguana, solo la ayuda de las piedras cenizas de reconocimiento del guardaparque, apostadas en la horqueta formada por ramas de árboles bajos de bosque seco tropical, confirman a la modalidad visual y de tacto, ojos y pies, no nos hemos desviado a la espesura mimética del territorio propio para extraviarse.

Topamos con la señal grande e inconfundible, el oblongo tanque de hierro oxidado. Debió servir para acumular agua para la ducha

caliente de seres privilegiados o algo así, y viene abandonado desde los años cincuenta tras la época de Colina Radar y de la época de la colonia penitenciaria que heredó a la posteridad turística el infame Muro de las Lágrimas. Lo único concreto en este momento es la cosa carcomida por el óxido que es la cosa marcando la seguridad de estar en la senda prometida. Hasta aquí vamos muy bien, en el trayecto saludamos a dos tortugas gigantes adultas de Sierra Negra (macho y hembra) y a un espécimen joven que identificamos como una proyección del pasado, en este espacio-tiempo es la nueva “doncella cinturita de avispa”.

Pájara memoria, somos presa de la ilusión, y el desvío a ninguna parte nos tienta como si antes no nos hubiese tentado. Es el mismo cabo suelto reconocido como tal en circunstancias pasadas, pero vuelve a la carga valiéndose del olvido y no sugiere sino que manda a hacer lo que quedó trunco hace año y medio, y que en vez de una travesía en lo ignoto resultó el corto y diletante paseo de ida y vuelta, retornando sin apuro al tanque oxidado.

Haciendo caso omiso al subconsciente recorreremos a consciencia, despiertos, esta senda linda con piedras a los costados y señalización con flechas de madera de una sola vía, es un viraje radical alejándonos del rumbo fijo a las calas del Rey Iguana. El subconsciente advirtió que el regreso a tiempo al tanque oxidado era de rigor, y la avidez de ir más allá en lo desconocido inmediato dicta la mente convencida de hacer sabrosa travesía transversal de menos de un kilómetro, así completaríamos una ruta inédita que nos deje sanos y salvos al otro lado de brazo de mar verde de Palo Salado. La meta es empatar, por arte de magia, con el familiar senderito turístico

El Condense, antes o después de la bifurcación que desemboca en Mirador Barranco o en Playa Surf.

Pronto concluye el encanto de caminar con el piloto automático en un sendero auto guiado, la única flecha cierta es invisible y reza: a ninguna parte. Damos comienzo, en exclusividad, a la suerte de las piedras negras colocadas en la horqueta de árboles bajos. Nos aferramos a las piedras en las que, en caso de no dar con el otro lado deseado, confiamos ciegamente nos devolverán al tanque oxidado criando mixomicetos en la espesura, cual brilla en calidad de hito de salida al Camino de Tortugas Gigantes (carretera de verano).

Trepados en la terca resolución de dar con el otro lado a mediodía, avanzamos en ninguna parte, bosque adentro. La ruta ciega desciende por grietas y cuevas agostas, más bien comenzamos a sospechar estamos acercándonos al mar, pues, el eco de las olas rompiendo en la orilla rocosa susurra que la travesía al otro lado se desvanece en aras del goce de brisa marina en una de las calas de Rey Iguana. Sea, con el bochorno amenazando en convertir el bosque bajo en suelo volcánico carente de sombras, ansiamos la orilla fresca del Rey Iguana. Eso de arribar victoriosos al otro lado del abismo verde de Palo Salado, se diluye apenas divisamos algo del mar isleño. Vaya idea insensata la nuestra de aupar a la bestia soñadora, cuando lo ideal hubiese sido ahorrarnos semejante salto al vacío y caminar directo al plato fuerte de orilla rocosa.

Ubicamos la piedra por venir y regresamos a ver a la piedra anterior rebasada para arengarnos cual quijotes del engaño: ahí está a

la vista el retorno en caso de abortar la aventura a cualquier lado, a la verdad que a algún punto sorprendente nos conducirá este viaje.

¿Se acabaron las piedras de ida...? Exhaustos, mal acomodados, mal sentados, mal inclinados en el piso irregular de escoria volcánica que arde al mediodía. No había descenso, con el favor de las piedras, al mar; solo grietas y canícula inmisericorde. Dos piedras apostadas en dos opuntias, una frente a la otra, a un metro de distancia entre sus troncos rojizos y cuerpo cargado de espinas y de hojas con tunas en flor amarilla, vinieron a ser el rotundo mensaje de hasta aquí llegamos en ninguna parte.

Nos rendimos ante la evidencia palpable, bebemos el primer cuarto de litro de la bebida hidratante y damos media vuelta a destiempo. El bosque seco bajo está negado para descansar a gusto, es una quimera cometer siesta reparadora sin la ayuda humanitaria de mínima sombra que arrulle con el trino melodioso del cucuve, del canario aureola, del copetón isleño. Así no es un placer tumbarse y paladear el crujido de galápago transeúnte en pos de su tambo en la maleza. Sí, vamos a desandar, es la única opción para frenar la angustia, contamos con los arrestos para retomar la senda de las señales de madera y las flechas en sentido contrario, será delicioso transgredir su sentido, será una oda a ir en contra-vía. Tenemos tres cuartos de litro de la bebida hidratante, y esto antes de que en el recipiente se encienda la alarma cuando llega a medio litro y titile la orden “¡regresa!”.

Una, dos, tres, cuatro piedras... Y vamos a por la quinta piedra y de ahí vendrá el resto del juego que evoca la niñez en la cuadra de un

barrio de pueblo chico. No asoma, ya es hora de que aparezca, la angustia va desplazando al juego: desorientación, barreras vegetales y rocosas por doquier, opuntias irreconocibles, bosque igualado. Regresemos a la cuarta piedra, y empecemos de cero. Hecho, a ver si la punta más larga va dirigida al centro o a la derecha, ambas direcciones ligeramente ascendentes, descender es tocar el fondo de lo infranqueable de los dos cactus con el letrero rutilante, ¡cerrado!

La angustia cohabita con el agotamiento, rumbo al grito de Munch y a la náusea de Sartre. La quinta piedra ni alucinando asoma, alucinar también puede ser estar en la nada por no ver lo caminado y ser presa fácil del vacío mimético. Nos extraviamos porque perdimos la capacidad de reconocimiento inmediato de piedras en el horno vegetal, el problema es que no escapamos a tiempo de ninguna parte y confundimos la salida sabiendo el punto y lugar que pisamos en dos kilómetros cuadrados. De cara al leve ascenso inabordable si es para atravesarlo a lo bestia humana desnuda, tenemos “apenas” un kilómetro de recorrido en línea recta al fondo, allí reina la paz de la amplitud, la mansa alegría y la belleza del camino de verano empezando en la caseta guardaparque y finalizando en Colina Radar; tomando a la derecha, el fallido retorno, la transversal sesgada al tanque oxidado, o sea el retorno que nos fue esquivo principalmente porque hemos renunciado a él. Si damos media vuelta de cara al descenso, habrá

de cuatrocientos a quinientos metros en línea recta a la orilla marina, el creciente rumor de las olas avisan de su cercanía; no obstante, he aquí la paradoja, es otro recorrido corto e inaccesible. Todo fue tan a la mano de ida que nos convencimos ya no de salir al otro lado sino de lograr la orilla marina como chivos en brisa tropical.

Vaya petulancia voluntariosa e ilusionista la de hoy. Falta probar la transversal de Palo Salado, allá vamos a otear desde la roca prominente el nuevo mundo del Principito.

Oteando en la roca al filo del campo verde que es un abismo, figurativamente hablando, pues en concreto viene a ser un escalón benigno entre pisos biológicos, de hecho en dos o tres metros de desnivel se alterna del versátil bosque seco, brotando de fisuras del aglomerado volcánico, a la uniformidad herbosa de Palo Salado. En principio, el verdor, luce manejable, tranquilo, amable, succulento... Lanzamos a voz en cuello el modulado hohoho... hohoho... hohoho... que ya ensayamos invocando a la quinta piedra y que podría llamar la atención de senderistas del otro lado, aquellos caminantes que no se valen de piedras colgantes para salir del laberinto vegetal, pues, transitan de ida y vuelta en sendas imperdibles.

Funcionó el hohoho... La respuesta no se hizo esperar, viene del otro lado y con personas a la vista aunque irreconocibles; en todo caso, las figuras humanas resaltan por las palabras proviniendo de la única ventana que ha dejado el senderito escondido que atraviesa el bosque seco y desemboca en el laberinto oscuro y cálido de Palo Salado. Sabíamos que no estábamos perdidos sino que extraviarnos el retorno confiando en la pájara memoria (carecemos de la memoria fotográfica de Funes así como él extraña la capacidad de contemplar), insistimos en errar hasta que las piedras colocadas más allá de las narices desaparecieron cual fruto podrido de la ansiedad.

La mente recupera y visualiza el último tramo a Playa Surf, aquel que corta de raíz la maraña de bejucos altos de Palo Salado,

quedando en paredes vegetales entre la trocha de metro y medio de ancho. Desde que visitamos por primera vez el trayecto final a Playa Surf, lo hemos patentado como un diorama de dibujos animados. Así recreamos al Rey Iguana posando en mitad del sendero, erguido en sus cuartos delanteros de garras temibles, hierático con la cabeza levantada y ojos cerrados, sus cuernos proa al sol proyectando sombra en los fornidos pectorales, y allí prendida como un diamante la lagartija de lava de faz roja y cuello blanco de lunares negros que sí torna a mirar al retratista.

La tarde avanza ganosa de superar el bochorno del mediodía. Y la conversación con el otro lado fluye normal, digamos que acorde a la situación del extraviado, pues, estamos a lo sumo a una cuadra de las personas que nos animan a cruzar el cauce verde y dar con el otro lado como si nada hubiese ocurrido. El mensaje es contundente, superar el abismo verde de una. Remar, remar en el laberinto vegetal hasta pisar tierra firme. La angelical voz de *La Môme Piaf*, nos conducirá al lado precavido del senderista.

Descendemos estilo oso de anteojos andino, de cara a la piedra saliente, aferrados a colgantes bejucos; no hay manera de tantear si el fondo del piso está a un metro o más abajo, sugiere un lecho de hierbas y hojarasca que aguantará el peso humano. Nos vemos atravesando, a ritmo de gasterópodo, el espacio tiempo leñoso de hierbas rastreras verdes. Sería fantástico surfear en las olas del Palo Salado y ser eternos sesteando en el instante de playa abrigada por el sol benigno de la media tarde. Pero no, sortear esta maraña vegetal es lidiar con un infiernillo tropical; no es la contemplación del diorama Estación de apareamiento, anidación y eclosión Rey Iguana. Latigazos

de Palo Salado en la espinilla de piernas desnudas van marcando el empuje, el avance forzado, que a pesar de la lentitud se acerca las voces animando al gasterópodo a encontrar la orilla de su emancipación.

La cosa marcha a un final apetecido para el luchador en solitario, ya paladea heroica retirada. Qué sabroso es ser uno mismo el rescatista del senderista contemplativo que extravió las piedras libertarias del anarquista individualista. ¡Corrección!, un muro espeso, insufrible, de espinas largas, filosas y duras se proclama vencedor: ¡no estás hecho para doblar espinas! Vaya lidia, nos estancamos apenas a veinte metros de la meta, esto acorde al cálculo de mis informantes que solicitaron agite una rama o vara larga por encima de la barrera. Así de pequeña la distancia al otro lado, así de grande el muro de espinas. Ellos están observando de arriba y nosotros sumergidos en el comienzo del último peldaño a librar; a la verdad, de voz a voz estamos todavía más cerca. Descartada la escapada airosa del hoyo vegetal, cumplimos comunicando a Alonso, el brasileño, y a *La Môme Piaf*, la imperiosa necesidad de un machete láser que a derecha o izquierda allane el rescate.

Basta de fatiga, allá vamos, fue la respuesta tajante de Alonso, el brasileño. El hecho de resignar una salida silenciosa y furtiva del agujero de verde, no fue óbice para transformar la adrenalina derramada en alivio. La siesta fallida en Playa Rey Iguana, cambió radicalmente de sitio, y nos es posible disfrutar de la fresca quietud claroscuro de la alfombra musgosa que el piso elevado de bejucos de repente obsequió. Mariposas monarca, grillos melanocera, avispas versicolor, copetones cazamoscas, canarios aureolas, cucuves

curiosos, se unieron a la melodía prístina de *La Môme Piaf* ensalzando el laberinto de Palo Salado.

General Trotamundos y Chulla Vida

La aurora y el amanecer vinieron nublados y húmedos en tierras altas primaverales, había corrido garúa temprana que no derivó en aguacero en el vallecito subtropical, cálido y seco. General Trotamundos, aprecia tener sembrados de la yerba de origen por excelencia prestigiada en las urbes homeostáticas de Las Américas, y se le ocurre que la leyenda del producto final que entregará a los urbanícolas de marras debería rezar así: “*Cannabis elixir*, una gota basta para esparcir en tu cuerpo-mente los sabores, aromas y texturas de Valle Chulla Vida”. Los urbanícolas escogidos para beneficiarse de ser los transportistas del banquete de sensaciones prometidos a sus distintas Ciudad-domo, están por arribar y General Trotamundos los recibirá en la plataforma aeroportuaria.

Modulando la voz acorde a las circunstancias holgadas, aprovechando el tiempo de espera de bienvenida a los visitantes en la pista acústica, General Trotamundos habla para sí peripatético y dado el momento su tono vocal será jovial al dirigirse a Timoleón, la singularidad biológico-cibernética levantada en los talleres existenciales de Mente de Las Américas. Cuando General Trotamundos tomó posición de Valle Chulla Vida, propuso a Mente de Las Américas implementar el proyecto de vida *Panthera-sapiens* que denominó: León de Comarre y Zaratustra. Su pedido fue aceptado sin demora por el ente continental considerando que era una creación sustentada en la versatilidad instintiva, sabiduría ancestral e inteligencia independiente atribuida al león del cuento de Arthur C. Clark y al león de la novela filosófica de Friedrich W. Nietzsche.

General Trotamundos, incluyó los respectivos textos de Nietzsche y Clark, en calidad de lectura reflexiva pertinente para la comprensión de su idea de lo que vendría a ser el único e irrepetible León de Comarre y Zaratustra. Con semejante información remitida a Mente de Las Américas, aspiraba a que el ser en sí de Panthera-sapiens sea lo que en efecto es en Valle Chulla Vida, el todoterreno pensante y libérrimo Timoleón.

Aunque al principio te llegan igualitos a la mente y los sentidos, no es así... ¿Qué variedad de personajes pintorescos provenientes del reino urbanícola arribarán hoy?, amigo Timoleón. No hay duda de que resultan entretenidos nuestros visitantes “cosmopolitas”, entre comillas porque sean quienes sean y de donde provengan, habitan un mismo tipo de Ciudad-domo (mil urbes a razón de diez mil habitantes cada una dan un total de diez millones de urbanícolas en Las Américas, con este fácil y sencillo dato el Antropoceno, la era del desprecio a la naturaleza prístina planetaria por parte de la especie humana original, quedó superada por nuestra especie que, paradoja incluida, ahora sí encarna y hace honor al nombre *Homo sapiens*). Te decía que las ciudades-domos son de idénticas características, practican la misma lengua y el lenguaje universal que nos es común a todas las criaturas biológicas-cibernéticas, incluidas las excepcionales como tú, Timoleón; en fin, no hay novedad ni competencia desarrollista entre ellas, pues, esto se debe a que sus formas y fondos se actualizan al unísono, o sea al ritmo de Mente de Las Américas. Las ciudades-domos son espejos que reflejan la misma urbe ejemplar. De esto que el lema urbanícola de Ciudad-domo no está pintado en la pared del olvido, es un hecho cotidiano inalienable: *ni un habitante más, ni un habitante menos*, es un acto reflejo como

respirar. Ningún ciudadano abandona su domo para entrar en otro domo idéntico, y, por excepción, viajan a los valles escondidos de las delicias subtropicales, me refiero a las personas que han sido y son escogidas en el juego de beneficencia y azar, Trueque. Siento que trabando conversación de uno en uno son respetables, tal como los humanos superiores de Zaratustra, antes de que en manada sibilina elijan adorar a un pollino y por imitación rebuznen o algo así. Sí, Timoleón, esto último es un imposible porque a pesar de que diez mil almas están acompañadas en Ciudad-domo, el urbanícola vive en radical soledad. Antaño, en la época de las Megalópolis-infierno, se formaban sectas de espanto... eso mismo riete a panza rugiente, las puedes visualizar merced a la memoria atávica que cargas en la mente de tu unidad biológica-cibernética, si no tuvieses tal información a mano podrías imaginar que es una ficción mía respondiendo al trauma de excombatiente. Sí, compartimos la fracción tiempo-espacio de la Megalópolis-infierno de marras transitando en su última decadencia antes del fin, estremece por el horror y repulsión que suscita visionarla. Buena es, Timoleón, y sin necesidad de leones hambrientos se extinguieron en sus cuevas tecnolátricas.

La cuestión inmediata es si aterrizarán puntuales las personas del reino urbanícola que en sí representan al trueque entre Ciudad-domo y Valle Chulla Vida. El trueque viene a ser nuestra moneda de cambio existencial: nosotros entregamos *Cannabis elixir*, la esencia vital de Valle Chulla Vida, una gota basta para que los urbanícolas se muden a una aventurera de Don Quijote, es lo máximo en viajes a la magia ancestral en tiempos de Ciudad-domo. Nuestra vida solitaria vale el precio que pagamos por cultivar la yerba que destilada con propiedad se convierte en *Cannabis elixir*, el que los

visitantes llevarán de regreso a Ciudad-domo como lo que es: un tesoro psicobiológico a repartir entre los habitantes de sus respectivas urbes natales. Así retribuyen a los suyos la oportunidad de haber conocido Valle Chulla Vida.

Pasé media vida maniobrando objetos voladores, escarabajos saltarines, de vanguardia bélica. Esto te explica, joven Timoleón, porque es un acontecimiento y espectáculo ver a las naves visitantes suspendidas en el aire con sus panzas pintadas acorde al gusto artístico de cada dueño, vaya mosaico festivo que nos obsequian, ¿no te parece? Vaya que son figuras encantadoras a los ojos, pero no para volver a correr mundo como lo hice trepado en mi locura exterminadora. Brincando de un lado a otro, de punta a punta, de Las Américas, venía entregado en cuerpo y alma a eliminar células de pipones-bullangueros hasta que la paz cayó cual rayo regenerador cuando menos la esperaba. Fue una paz fulminante, surtió efecto de inmediato, me ocurrió que en plena acción neutralizadora del último enemigo, se esfumó ante mis narices su burbuja antes de haber disparado y con ello perdí definitivamente el rastro singular de los pipones-bullangueros. De un plumazo desaparecieron los entes que solía cazar y ejecutar por doquier, adviniendo una suerte de empate entre ellos y nosotros. Dejamos de existir, en un pestañeo, el uno para el otro, lo comparo con un cataclismo interior que destruyó de raíz al móvil aniquilador y de esa destrucción reventó el propio ser contemplativo de Valle Chulla Vida.

La cuestión latente es si los pipones-bullangueros administran su propia realidad de especie, a la verdad no me consta su existencia material de unidades de carbono cibernéticas, la cuestión es ¿son

semejantes a nosotros dos? Así como estamos tu y yo ya cara a cara, ya peripatéticos, exponiendo al otro sus cualidades sensoriales y contemplativas. Cuando ejercía la brutal y a la vez caballeresca profesión de General Trotamundos, me ubicaba a distancia bélica de eliminación de cualesquier burbuja de pipones-bullangueros, ejecutaba mi destino de exterminador sin pestañear, nada de parlamentar, nada de lucha cuerpo a cuerpo, nada de conoce a tu enemigo y vencerás, nada de tacto, solo mi grito de guerra: ¡a callar! Te doy un ejemplo de tacto afectivo: tu estiras la mano de garras retráctiles y se topa con la palma acolchada de mi mano, chocando manos nos saludamos y de alguna manera reforzamos nuestra amistad.

Cual relámpago me llega el escenario de exterminio de anónimos pipones-bullangueros. Vienen a mí sensaciones vívidas por la emoción intensa y regocijo del guerrero, pura acción letal. Dicho esto, Timoleón, entenderás que del enemigo encarnado en sí no tengo imágenes. Te conté que jamás hubo una comunicación directa con el enemigo, nada que sugiera negociar un alto al fuego de mi parte y un alto a la bulla de su parte. De esto deduzco los urbanícolas tampoco implementaron un mecanismo de paz sustentando en un calendario de hechos que conduzcan al final de las hostilidades. Lo que hicieron los urbanícolas fue lo correcto e inapelable; fue un meteorito creativo que impactó de lleno en nuestra consciencia, y de las cenizas nos proyectó al futuro de aquí y ahora.

Oye Timoleón, aunque suene contradictorio, el desintegrador de burbujas bullangueras no iba a resolver el problema psíquico que atacaba en exclusividad a cada sujeto contemplativo (los pocos) y no a los urbanícolas (los muchos) de Ciudad-domo. El gran

acontecimiento de Ciudad-domo fue surgir victoriosa de la demolición de la posmodernidad kafkiana y la esclavitud kafkiana en la Megalópolis-infierno antropocéntrica. Antes de Ciudad-domo, el fasto y la miseria humana original cohabitaban en la escala de la esclavitud kafkiana... ¿me copias? De acuerdo, no necesito aclararte nada, tú estás familiarizado con lo kafkiano porque has rumiado del mundo del maestro Franz Kafka, entonces quedamos en que Kafka retrató en sus ficciones la lógica del absurdo del desarrollismo antropocéntrico. Ciudad-domo emergió de la demolición, de los cimientos pulverizados, de la época urbana de colosales purgatorios, de enormes infiernos y mansos edenes resguardados por escudos láser. Del caduco urbanismo no hay vestigios, fue derruido y aplanado el prurito de las masas alienadas por insatisfecho consumismo y las puertas cerradas de la comunidad privilegiada de El Castillo. La extinción del Antropoceno por abrasamiento y desecación ambiental, trajo la Ciudad-domo que es El Castillo de Las Américas, cual acoge a cada uno de los urbanícolas y nadie se queda fuera del goce físico y de la felicidad metafísica que inyecta sin atenuantes. La tierra deshabitada convino en devolverse al espacio-tiempo de los orígenes evolutivos planetarios, retornando a ser forma y sustancia de los parques y jardines de Gaia.

Especulo, no puedo hacer otra cosa, en que la realidad pipona-bullanguera es igual de concreta a la nuestra, solo que respiran y pisan los pisos biológicos de una dimensión alterna, paralela, del planeta que nos cobija. Lo cierto es que una puerta interdimensional se abrió y con ello el paso de tales seres obtusos y sus burbujas de estridencia máxima. O al revés, nosotros... ¿Quién invadió a quién?, es la maldita cuestión. Y si resulta que se inventaron

las burbujas de pipones-bullangueros en mi mente, creando monstruos sónicos para liberar mi furia interior con su desintegración en singular y desigual batalla. No exageras, Timoleón, puesto así el desencuentro interdimensional, es para morir de risa.

Nació un afán de limpiar de mí la perfección urbanícola, no me resignaba a ser un engranaje de la felicidad metafísica en Ciudad-domo. La reacción mía generó infelicidad metafísica, es decir produjo energía emancipadora y la paradoja del conflicto interior fue encontrar el enemigo exterior que redima el futuro. ¿Acaso fue una guerra forjada por mi mismo? Y del empate nacieron dos victorias distintas y totales para los contendientes. Nosotros fungimos de exterminadores de pipones-bullangueros, salimos vencedores al excluirlos de raíz de nuestra residencia en la Tierra. Ellos, desarmados por naturaleza debido a que su única bomba temporal era la multiplicación de individuos para la estridencia y la consecuente estupidización, vencieron por igual, pues, nos excluyeron de su dimensión.

No estaba en nosotros cerrar el portal interdimensional que abrió el subconsciente. Timoleón, nunca hubiésemos ganado el conflicto por nosotros mismos, era tarea de Sísifo, así sea juntado todos los posibles favorables a la causa contemplativa, prevalecía la suma inagotable de burbujas de pipones-bullangueros por destruir. Amigo mío, tu risa-rugido a panza batiente me dice que te divierte eso de que los pipones-bullangueros eran invencibles. Sí, volvían a la carga con su bomba sónica, y el enemigo era una suerte de metástasis interior. Al enemigo lo teníamos adentro, era un virus incurable carcomiendo desde las profundidades del ser.

Hablo en plural de la guerra aunque fui un francotirador combatiendo en radical soledad, General Trotamundos, y para efectos de la realidad cotidiana en Valle Chulla Vida, me llamo así por derecho adquirido. Soy el vencedor de la bulla externa que pasó a ser indolora a los sentidos del contemplativo General Trotamundos. Entiendo que esta suerte de paz exterior es recíproca con los pipones-bullangueros, si no la cosa fallaría por inercia. Cómo explico esto... digamos que en este preciso instante los pipones-bullangueros únicamente se perciben a sí mismos y estarán contentos de no ser interrumpidos en sus fanfarronadas por más que este servidor las tilde de estériles.

Es fascinante, Timoleón, que en vez de propender o intentar olvidar lo acaecido en los campos de batallas unilaterales, asépticos y sin huella ambiental alguna gracias a la desintegración molecular del enemigo, resulta conmovedor el recuerdo involuntario esporádico que me visita. Recalco, si recobro cualquier escenario de combate, es nítido como la claridad de rayos pálidos, vestidos de un blanco mortecino, irrumpiendo con figuras nervudas en una noche azabache, es la estridencia y el furor del ser encadenado que se desencadena convertido en obra de arte eléctrica.

Mente de las Américas, el conjunto de los urbanícolas, resolvió el conflicto a su manera, en un santiamén, mira tú que llegamos a una paz ejemplar siendo los nuestros una minoría tan exclusiva como minúsculo es el número de contemplativos viviendo en espacios y tiempos subtropicales como Valle Chulla Vida. La paz derivó en Trueque (con mayúsculas), y nos consideramos beneficiados, por inercia, al completar la otra cara del urbanícola, la cara *Homo sapiens terrenus*.

¿Te hartaste de mi elucubración espiral?... Timoleón comete un salto felino alto prodigioso como atrapando con sus garras afiladas una presa succulenta en el aire. Ha percibido el silencioso e invisible arribo de objetos voladores identificados con su sentido de ubicación y rastreo a distancia. Ruge largo y profundo, sin remilgos se hace presente en la recepción de los urbanícolas. General Trotamundos recibe el mensaje felino del inminente aterrizaje de los escarabajos saltarines de Ciudad-domo, está atento al surgir de sus formas en la modalidad visual.

Las naves unipersonales aterrizaron insonoras, en uniforme verticalidad ralentizada. “Todo un espectáculo de impoluta sincronización”, musitó General Trotamundos, admirando la cortesía de los visitantes. Los aparatos voladores provenientes de distintos puntos de Las Américas, de Alaska a Tierra del Fuego, aterrizaron como si se tratase de un escuadrón variopinto de escarabajos saltarines que partieron del mismo lugar y momento con destino unitario a Valle Chulla Vida.

Favor, están en libertad de escucharme mientras dan vuelta a la plataforma acústica y sus aromáticos contornos floridos; yo comunicaré lo justo y necesario haciendo la aproximación obligada a sus soberbios escarabajos voladores, mis palabras llegarán a cada uno de ustedes a manera de peripatética memoria reflexión a viva voz.

Almas provenientes de la unicidad de Ciudad-domo de Las Américas, ciudadanos diseñados para la existencia plena en soledad acompañados de miles de sus congéneres contemporáneos, como decimos acá: bienvenidos y adiós. Los recibo en mi calidad de

implementador, administrador y usufructuario de este proyecto existencial irrepetible, donde cunde el entendimiento y rituales del ex-combatiente y ex-exterminador del género pipones-bullangueros. Soy su anfitrión, General Trotamundos, el único *Homo sapiens terrenus* residente en Valle Chulla Vida. La plataforma de aterrizaje viene festonada con la floración de los distintos especímenes vegetales que la circundan formando un conjunto tricolor, a saber: arrayanes de fanerógamas amarillos vienen escoltados, en el flanco izquierdo y derecho, por arupos de estambres rosa intercalando con arupos de estambres azucenas. Digamos que esta es la bandera tricolor de Valle Chulla Vida, que es el dador de las pequeñas felicidades que brotan espontáneas como los ojos de agua dulce de Cordillera Cálida. El lomerío color mostaza que nos envuelve emula al dragón que guarda sus perlas bajo el vientre. Cordillera Cálida, esconde en el laberinto de anillos montañosos su tesoro: vallecitos de sempiterna primavera a semejanza del espacio-tiempo de Valle Chulla Vida.

Nadie de ustedes diría que acá amaneció con niebla baja e intermitente garúa. Luego, la mañana despejada y de azules intensos, contribuyó a que sus naves personalizadas modelo actualizado “escarabajo saltarín”, resplandezcan en algarabía policromática diseminándose en la explanada color miel. La plataforma aeroespacial devino en el fondo base de un lienzo tomado por naves espaciales de fábula. De hecho, en la cotidianidad de Valle Chulla Vida, la plataforma de aterrizaje es una mancha de aglomerado de piedra volcánica que cuatro jornadas solares al año es utilizado para recibir y despedir visitas a razón de una por trimestre. Ustedes, los urbanícolas provenientes de Ciudad-domo, son los únicos usuarios de la

plataforma aeroespacial con sus magníficos escarabajos saltarines en acción, pues, el resto del tiempo funge de teatro acústico intuitivo mío y de Timoleón, quien ya les dio la bienvenida y adiós exponiendo su garbo, fuerza y agilidad felina con sendos zarpazos al aire y rugidos a panza batiente.

Fue una grata sorpresa que surja el teatro acústico a la par de la pista aeroespacial, con la salvedad que lo primero fue levantado en secreto por el ejército versátil nano-obrero, gracias a un deseo consciente nuestro de escuchar intempestivamente música cósmica, o sea que la función acústica de esta plataforma sea una sorpresa repentina en nuestros oídos. Tanto mi persona como Timoleón, acudimos por separado a este escenario sensual y, por privilegio inalienable, somos los receptores de los opus de cuerdas del universo.

Concluida la plataforma de aterrizaje con suficiente antelación antes del arribo del primer grupo de visitantes, me fui de paseo a los atajitos de cannabis en flor a lomo de una tardecita fragante, transparente y tibia. Me dije que la mancha miel debería servir para algo más que permanecer inmutable y en silencio solo a la espera del aterrizaje trimestral de escarabajos saltarines. Concluí que era un desperdicio si no había otra motivación para que surja un tiempo-espacio apetitoso que nos haga volver voluntariamente aquí, y relacioné que el aprovechamiento continuo de la cosa, o lo que es lo mismo venir acá cuando a uno le venga en gana porque vale la pena hacerlo, era factible si este deseo consciente y en alta voz de crear un teatro acústico en la intemperie mientras la plataforma aeroespacial se dibujaba en mis ojos, era recogido por el conjunto nano-obrero y de repente, ¡albricias!, eres sorprendido por el deseo consumado. Y en eso de convertir la mancha miel de aglomerado volcánico en algo útil

para la dicha acústica, había estado especulando en simultáneo Timoleón.

Lunas después, divagando en la noche estrellada de medianoche, parecía que caminaba sin rumbo fijo, pero mi brújula interior había puesto la mira en la plataforma, y hacía allá me condujo sin remedio. Cuando me hallé en medio de la desangelada tristeza de la pista donde no se me perdió nada, ya dando la media vuelta con la intención de abandonar el vacío lúgubre y dirigirme a los atajitos aromáticos de Chulla Vida, se dio el portento de la manifestación sinfónica, se disparó cierto fragmento delicioso de la ópera bufa // *barbiere di Siviglia*, se encendieron intermitentes y danzantes luciérnagas de las profundidades de la memoria atávica. Creía que mi lucha contra los pipones-bullangueros, había atrofiado el gusto de los oídos del iniciado. Desde entonces supe que la plataforma de objetos voladores identificados podía transformarse en una suerte valiosa para el alma viajera privilegiando los oídos, había inaugurado el teatro acústico de Valle Chulla Vida. Sí Timoleón, para ti fue hacerse cargo de un derecho adquirido.

Coexisto encantado con la paradoja de no ser más un exterminador trotamundos para conocer mi vecindario de valles anillados sin haber puesto pies en ellos, valiéndome de Red Fungi que une a los tesoros de Cordillera Cálida. El anillo más cercano a Valle Chulla Vida es Valle Fuente Tesalia, donde medra doña Flor de Papango, persona que se precia de obtener el mango succulento, delicado y sabroso de Las Américas. Y vaya que el beneficio de una nutritiva amistad, en mente y materia, une a la distancia a doña Flor de Papango y por ende a Valle Fuente Tesalia con General Trotamundos y valle Chulla Vida. Y así se da correspondida amistad que une en

cuerpo y alma a las personas y valles recónditos de Cordillera Cálida, estamos conectados por la entrega/recepción de Red Fungi, la que hace posible el trueque de productos extraordinarios entre la vecindad.

Timoleón, circulando entre ustedes, no es el seguidor a sol y sombra del *Homo sapiens terrenus*. Lo considero el dueño temporal de la parcela de tierra que habita en calidad de *Felino sapiens*, es a cabalidad un residente esencial de Valle Chulla Vida, siendo parte efectiva del proceso de siembra, cosecha y destilación de Cannabis Elixir, y esto porque su sentido refinado del olfato está al servicio de la producción de la perla psicotrópica que tiene un grado sumo de aprecio en el mundo urbanícola. Timoleón se acopló, apenas abrió los sentidos en Valle Chulla Vida, al fundamento del trueque con Ciudad-domo. Así como el cultivo de Cannabis Elixir es irrepetible lo es lo que cultiva por separado cada uno de los *Homo sapiens terrenus*, en los distintos valles subtropicales interandinos. A Timoleón le basta y sobra conocer a sus colegas campesinos a través de las delicias frutales que crean con carácter exclusivo y que son marca de origen personal intransferible.

Se ha dicho que Valle Chulla Vida como espacio-tiempo que gira en torno a la realidad de Cannabis Elixir, vino después de estabilizar la población *Homo sapiens* en Las Américas. La Ciudad-domo como mente individual es una derivación de Mente de Las Américas y a ella se remite compartiendo su experiencia de burgomaestre. A su vez Mente de Las Américas deriva y comparte su experiencia continental con Mente Tierra. Mente de Las Américas actualiza a sus servidores en el perfeccionamiento epicúreo de las urbes creadas para el hedonista en radical soledad actualizada. “Ni uno más, ni uno menos”,

reza el lema de Ciudad-domo y, por inercia, es el fundamento del usuario del bienestar que provee Madre Nutricia.

La ínfima población de seres contemplativos que proviene de los excombatientes se negó a re-incorporarse al mundo urbanícola, evitando así ser cautivos voluntarios de las actualizaciones de Ciudad-domo. Adquirí un nombre (apelativo, apodo, o como ustedes quieran percibirlo) antes de hacer honor al mismo en batalla formal al enemigo que me propuse eliminar de cuajo. En todo caso, dicha autodenominación personal, hace honor al ser errante que fui desde la adolescencia, primero de pensamiento y luego de obra. A la hora de buscar un nombre que esté libre para fijarlo como dominio de vida, y a la par escoger un sitio del amplio catálogo de Mundo Único Urbanícola al cual pertenecer y habitarlo y que a su vez me habite, fue impenable tomar la decisión por la vía de la Vida Contemplativa. Con la victoria del yo y del yo mismo que resultó la desaparición de los pipones bullangueros y no debido a que los hayamos exterminado de raíz sino a que se esfumaron en un pestañeo. Decimos que regresaron a su dimensión por inercia cuando el túnel que se abrió para torturarnos con su bulla volvió a cerrarse y el cuento de ir a por ellos se acabó tan de súbito como empezó.

Esta mañana vine con sobrada antelación a la plataforma de aterrizaje, Timoleón se había adelantado más aún al encuentro y tuve un oyente de lujo, pues, tomé por los cuernos un conflicto que iba más allá de la gloria de neutralizar pipones-bullangueros, me refiero a mi propia guerra contra la bulla interior que carcomía mi alma. Me explico: la lucha en el campo de batalla espacial era con el enemigo externo, a quien había que neutralizar sin sentimentalismos ridículos de por medio; no obstante, una vez digerida la adrenalina que viene a

ser un instante en el nirvana de los exterminadores con causa, un instante en el silencio cósmico, el ruido propio volvía a manifestarse de a poco en goteo incesante y angustioso. De ahí la adicción a la cacería de la estridencia ajena. Concluido el ciclo de exterminio y éxtasis, me remitió al ciclo ruido propio y sed por la cacería espacial, así devino la rueda de molino que me proyectaba del ruido propio a la estridencia ajena.

Lo que aconteció con el enemigo exterior fue una maravilla impensada, no había que ganar por fuerza una guerra si no desaparecerla, y cada quien a lo suyo... sí, también podríamos hablar de un glorioso empate entre seres antagónicos, pero eso es una historia que me es imposible sentirla desde el lado de los individuos de la especie contraria, solo sé que por vez primera agradecí desde el fondo de mi conciencia la asociación con ustedes, los urbanícolas. Soy una consecuencia de Ciudad-domo y Mente de Las Américas. No es para menos mi gratitud con la coyuntura que me permitió huir de Ciudad-domo y sus instalaciones para el hedonismo urbanícola, y hacer un viaje de ida y vuelta a por mis demonios íntimos y a por los demonios extraños, eso fue recorrer el espacio aéreo de Las Américas enrolándome como silenciador de células de pipones-bullangueros. No sé qué clase de demonios interiores carguen ustedes como individuos temporales felices, pero sí tengo la certeza de que no tienen idea de los pipones- bullangueros porque dichas criaturas jamás perforaron las defensas acústicas de Ciudad-domo y por ende sus mercedes no están en capacidad de entender a cabalidad mi lucha si no es como la fábula diletante que ha llegado a sus oídos.

Ustedes apenas imaginan, o hablando con propiedad no se han enterado de lo que fue luchar afuera contra el ruido de los pipones-bullangueros y adentro contra el murmullo existencial de uno mismo que fue crear una necesidad: una guerra integral inaplazable para huir del programado bienestar y dicha urbanícola... y hete aquí ciudadanos siendo ejecutores del trueque entre Ciudad-domo y Valle Chulla Vida. Viene a ser una paradoja este trueque porque la paz que no hice con el enemigo esfumado la hice conmigo mismo, con ustedes y Ciudad-domo. Sin duda me considero el beneficiario de su presencia. También sé que están en su razón de proclamarse felices por hacer este viaje de ida y vuelta y ser portadores del obsequio lúdico-espiritual a cada uno de los diez mil habitantes de sus respectivas urbes natales.

Son libres de deambular por los senderos auto-guiados de Valle Chulla Vida, al cabo de su experiencia disipadora cualquiera atajito los conducirá al banquete de aromas, sabores y texturas de las exquisiteces enviadas vía fungi, gentileza de los *Homo sapiens terrenus* de Cordillera Cálida. Una vez que recojan su valiosa carga está en ustedes partir a sus lugares de origen cuando a bien tengan. Bienvenidos y adiós.

Mezcalito

Estoy de visitante en Quauhnáhuac, respirando a tope Ínsula Cónsul Firmin, alias Mezcalito. Un paso más e inicio la vuelta en busca del aire claroscuro, luminosa tiniebla, de Mezcalito. La visita de rigor, esa que me prometí no sé cuántas veces sin echarla al trastero del olvido, la voy a cumplir apenas ingresé a media mañana a Ínsula Cónsul Firmin. La vida en borrador a plenitud es estar aquí alerta y con los sentidos afilados, de súbito he entrado en indómito bosque, me dejo llevar inmerso en selvita tropical de sabana, voy a gusto avanzando en sendero elevado de pasamanos rústicos de caña guadua y piso de latillas marrones similares a las latillas de chonta de la palmera amazónica. Me acojo al único sendero decidido a seguirlo hasta el final, no hay desvíos ni letreros ni señalización alguna, salvo el aviso en madera blanca de la mano negra apuntando a nítidas letras rojas que dicen, A PARIAN.

Evoco la pubescencia de Tichya y echó en falta las golosinas que cargaba en los bolsillos para darles a las personas disfrazadas de monstruos clásicos para que repriman su obligación rabiosa de asustar, me refiero a Casita del Terror que arribaba con la pequeña maquinaria de distracciones ambulantes y que se asentaba promediando septiembre en el pueblo natal de valle subtropical andino, entonces era todo un reto íntimo meterse en el miedo histórico que me provocaba Casita del Terror, era acto catártico sin tener conciencia de ello y que al cabo pasó a ser lo que hoy puede hacer Tichya a conciencia: sacar de paseo a sus propios engendros mentales es terapia imprescindible. Sacar de paseo a los demonios

interiores es tan esencial como el cuidado personal de Tichya, podría añadir como leyenda al letrero: A PARIAN. El recuerdo feliz de Casita del Terror es un destello anunciando lluvia que hará florecer a las ceibas gordas del bosque seco de la pubescencia androide.

Ando con la máscara de Tichya que la creación me proveyó de eclosión, voy envuelto en la piel que habito y me habita hasta la desintegración de la unidad existencial andrógina. Tengo derecho al olvido para evitar ser simple archivo del paso del tiempo e ir en pos de continuidad en los acontecimientos que alimentan la bipedación terrenal de Mente-Tichya. Este básico detalle de moverse a rostro descubierto es un detalle inmenso que me viste de exclusividad, a voluntad me excluyo del homenaje tradicional a los muertos en su día y que ya reventó por fuera de la ínsula.

Tichya a la vista de quien quiera verla en su monólogo androide. A la verdad echa de menos a los monstruitos que de uno en uno enfrentó en la pubescencia, aquí nadie la asusta ni Tichya asusta a nadie. A PARIAN, señaló la mano negra del letrero de madera blanca. Sin chistar me hundí en el magnífico silencio vegetal que impera en el sendero elevado plano y a ratos serpenteante que mandó a sudar una ínsula húmeda de sabana tropical. No percibo que voy A PARIAN porque es cuesta arriba llegar a su atracción principal al filo del barranco, El Farolito. Oh, Faro... Farolito, fuiste el antro de la perdición de Mezcalito.

He cogido ritmo de marcha y a gusto me adentro en la selvita de jilgueros generosos en su trinar y de ralos ramilletes de orquídeas rojas que han florecido al pie del sendero elevado para hacer vívido

contraste con el verdor dominante. Todo es hermoso y seguro por acá. Entiendo que este obsequio salvaje es a cambio de nunca llegar A PARIAN, pero tampoco es que llegue a algún lado, a lo mejor adentrarse en la ínsula consiste en dar la vuelta en ninguna parte... Dicho esto y la sudorosa frondosidad y exuberancia tropical abre un portal al bosque seco, el sendero elevado de pasamanos de guadua y piso de latillas de madera gris desembocó en un claro festoneado por espaciados y vistosos árboles bajos de grandes vainas verdes brotando de tierra arcillosa rojiza. De pronto el sendero elevado de latillas de madera gris cesó, diría que Tichya aterrizó en bosque de acacias de vainas verdes y de hojas secas crujientes en tierra rojiza, bastó un escalón para descender a piso biológico distinto. El sendero elevado desapareció dando lugar al sendero en tierra seca arcillosa y color ladrillo que se hace visible gracias a que lo acotan pesadas rocas azules tantito separadas entre sí. Estas piedras de variada forma y tamaño levantándose del suelo lo necesario para en conjunto crear un sendero, dirigen al monolito que refleja e irradia colores a la distancia y que acerca al primer hito de la ínsula que Tichya anhela alcanzar.

Tichya entra al monolito perpendicular de dos caras. Entré por el lado que en principio sedujo por el atractivo de una banca sombreada y aromatizada, cortesía del árbol de mandarina en flor. Es el lado de Plaza “El Borrachón”, tal como titula con depurada letra manuscrita de azul eléctrico en fondo blanco hueso, en la cara del monolito donde a la sombra del mandarina en flor yace la banca oblonga hecha del tronco pulido de vetas rojas y negras. Belleza de tronco para hacer la siesta sin tener a la vista lo que será la razón de ser de Plaza “El Borrachón”, la pintura del otro lado. Tichya evita la tentación de parar a destiempo así sea por una pausa idílica, y da la vuelta al monolito.

Tichya piensa que el mural El Borrachón es una extensión de la personalidad de Mezcalito. El Borrachón está cayendo de cabeza a luminoso infierno. Tichya alucina con el mural que calcula tendrá cinco metros de alto por tres de ancho. Viene peripatética ante El Borrachón descendiendo a deslumbrante tiniebla con las alas plegadas como piquero de patas azules en modo pescador, siente que esta escena fundamental ha disparado sus expectativas en Ínsula Cónsul Firmin. El Borrachón, se despide de la normalidad con una mueca chisposa de allá voy porque la sobriedad es una tumba.

Fue un espaldarazo lo del mural vertical del angelote borrachón, y habrá otros acontecimientos que no serán pasto del olvido androide. Tichya enfoca a personas, seis por costado, que brotan fuera del sendero, vienen en fila india en silencio y separados dos metros entre sí, disfrazados de esqueletos andantes. Noto fulgores de cortesía y calidez en sus miradas, me despierta ser una rareza en medio de otro nivel de rarezas. La nula concurrencia de visitantes me agrada aunque sorprende, he cruzado con esas almas encarnadas sin soltar palabra pero trémula de emoción por estar respirando aires consulares firminianos. Tichya es la única visitante en regla, y siento que he entrado en confianza con la ínsula luego de que El Borrachón me dio la señal de que el condumio del tiempo está servido para el goce mío en exclusividad. Antes de hacer realidad este presente consular firminiano me había convencido que esta ínsula debía ser una simulación del Día de Muertos imperecedero protagonizado por el Cónsul Firmin, esperaba un teatro al aire libre de hologramas actuando en función de la historia de amor acaecida bajo el volcán o mejor bajo los volcanes, a ritmo de Mezcalito. Esperaba hologramas metidos en monumental celebración del Día de Difuntos, ha sido que

esta ínsula pasa de activar la secuencia, acto por acto, de principio a fin de los hechos de la condición humana sublimes y miserables acaecidos entre las cumbres Popocatépetl (guerrero mítico) y el Iztaccíhuatl (princesa dormida), dado que bajo esos dos volcanes enamorados y trágicos ocurrió el fenómeno que evoca al Cónsul Firmin. Cuánto celebro que la magia consular firminiana no se haya convertido en teatro estéril de secuencias ridículas inventadas por la administración de la ínsula para matar la imaginación del visitante Tichya.

¿Qué veo y oigo?, es el angelote borrachón de la mueca inolvidable que, subido en rústica tarima de orador por libre, luce gigantesco, *rara avis*, debe ser el efecto sutil de sus alas tricolor que se pliegan y despliegan como un acordeón al son de las emociones del músico anunciando la recitación del poema intitulado Mezcalito. Ahí va, Mezcalito, dice aclarando su voz grave. Y un eco me susurra al oído, ahí va para Tichya, Mezcalito.

¡Perfectamente borracho!,
enhiesto en mitad de la algarabía;
su porte regio resalta como Athena
escrutando el mar de la Antigüedad.

Charros zapatean con el mariachi,
en la plaza mayor es tiempo de muertos.
El Cónsul acaricia la iluminación,
tan cerca de su par Dionisio,
tan lejos de la sobriedad de una lápida.

Con el crepúsculo, calaveras sonrientes,
se retuercen en el festín de los ávidos;
¡salud, Mezcalito!, aúllan en su rededor
admirando esa figura de héroe epónimo,
que, a su vez, desde su atalaya, admira
al nevado volcán a escalar perpetuamente.

Es su propia celebración de difuntos,
la herida de mujer cicatrizó en el pecho;
su corazón es ahora un vasallo de Eros,
ama por amar a la vida entera bullendo
en las pequeñas felicidades de su día,
ya interminable, a partir de los balazos
que le infirieron en el portal del Farolito.

¡Perfectamente borracho!,
bajo el volcán.

Acabando su homenaje a Mezcalito, el angelote borrachón,
desplegando al máximo sus alas tricolores como si fuese un abrazo en
levitación se despidió de Tichya, la espectadora. Pasé de fijarme cómo
desaparecía o si se quedaba congelado en el tronco de orador; acá, la
tentación de mirar atrás está de vacaciones, dejo para impensado
futuro el rumiar lo que voy superando. Sigo deambulando a gusto
porque he capturado imágenes del acontecimiento antes de que sea
pasto del olvido. Comprendo que el angelote borrachón es un
protagonista de la ínsula y Tichya se limita a ser testigo de privilegio, y
la comparsa la encarnaron esos impávidos y a la vez empáticos
transeúntes disfrazados de calaveras vivientes. Pongo la mente en
asimilar y dejar fluir el instante sin resetear el monólogo androide de
Tichya, resetear es el olvido total del instante mientras que asimilar es

superar el acontecimiento que se aleja en corriente arroyo freático, es como refrescar el gusto echando al gonzate largos e intermitentes tragos de sorbete de apio de frío moderado, una exquisitez en la sequedad ambiental a la intemperie. Surte efecto, he limpiado los sentidos preparando a Tichya para el clímax del portento que intuyo inminente.

Abro los ojos y la figura impecable del Cónsul Firmin surge al mediodía deslumbrante del portal en tiniebla de Bodeguita Doña Gregorio. Hasta pronto, Doña Gregorio, dice Mezcalito con leve inclinación de cabeza y tocándose la punta del sombrero de Jipijapa. Encarando la canícula posmeridiano se detiene como contemplando el infinito y más allá aún, viene tal cual es en la mente de Tichya: fornido, estirado, elegante. ¿Estará perfectamente borracho?, conforme a la poesía que recitó el angelote borrachón, así radiante e inmóvil, inmune a cualquier ataque artero. En todo caso, he aquí Mezcalito en apogeo a la vista.

La imagen estática de la perfección alcoholizada del Cónsul Firmin se diluye apenas se echa a andar para enfrentar singular y desigual batalla. De traje blanco de seda y sombrero kaki de paja toquilla de ala ancha, camisa celeste cuello chino. Qué veo, o más bien de repente veo que el Cónsul Firmin viene escoltado por el angelote borrachón del mural y por su ser desdoblado en el poeta recitador, no lo empujan ni siquiera lo tocan pero es como si lo hicieran, siento que lo aprietan como si lo condujeran al cadalso, y Mezcalito se deja guiar a un objetivo predeterminado que no se refleja en los ojos de Tichya todavía.

Mezcalito reacciona, camina desgarbado entre carcajadas nerviosas que le provoca la energía picante de los dos angelotes borrachones que lo escoltan. Les doy calderilla pero dejen de hacerme cosquillas, dice Mezcalito y en efecto repartió la calderilla que brotó del bolsillo interno inferior de su chaqueta. Ya sé reflejó en los ojos de Tichya la Máquina Infernal que aguarda a su víctima. El Cónsul Firmin solito, pudiendo mandar a pastar chivos a sus escoltas y zafarse del asedio, se mete de lleno en la Máquina Infernal y se encierra y se amarra a ella en una acción irremediable. Maldita sea, la Máquina Infernal, llena los ojos de Tichya con su nitidez y la petrifica de espanto, es una tortura que Tichya ni sobria ni fumada abordaría a voluntad. Oye Tichya, tal engendro mecánico está bien para el entrenamiento de astronautas. Sí, no es ninguna diversión sufrir a la Máquina Infernal, pero la arremetida psíquica de los angelotes borrachones fue preponderante. Y la risa que la sacude es inevitable porque la escena es cómica a tope y más allá de la desgracia posterior de Mezcalito la carcajada loca de Tichya redundante y se desparrama a trochemoche.

Solo sé que paré de reír cuando la Máquina Infernal empezó a funcionar y escuché los pedidos de auxilio del Cónsul Firmin, ¿cuántas veces bajó de cabeza desafiando la gravedad?, no sé pero fue una eternidad. La Máquina Infernal, ¿cómo describirla si es una imagen imborrable con los alaridos de Mezcalito adentro, sufriendo?

Por fin, el acontecimiento de Mezcalito atropellado por la Máquina Infernal, cesó. Lo veo sacudirse como un gato que quiere deshacerse de las caricias que no solicitó, lo veo alejarse aturdido con rumbo fijo a la desgracia que vendrá al anochecer en El Farolito, lo veo yendo al encuentro de la estúpida manera de morir baleado en

Parian. Qué estúpida manera de morir, fueron sus últimas palabras en el barranco al que fue arrojado por no tener a mano el pasaporte que perdió sin saberlo en la Máquina Infernal. Tichya, ya puedes retirarte con tu monólogo androide a vivir el Día de Muertos en Quauhnáhuac, acabas de ser espectadora del hecho que propició el crimen de El Farolito, presenciaste el punto de inflexión de Mezcalito. Y Tichya va de salida de la ínsula siguiendo el perifoneo de afuera anunciando el combate de boxeo estelar: El Redondillo versus El Cuadrado, en Arena Tomalín.

Muerte Pungo

Rocinante se quedó estacionado a 3.900 msnm., en el claro al costado del portón de hierro de control que estaba cerrado al igual que la caseta de información de Laguna Muertepungo. En todo caso, lo esencial no estaba negado al bípedo senderista y, al cabo, devino en beneficio el no haber previsto que alguien tenía que subir para abrir el ingreso motorizado a la básica carretera de montaña que administran los dueños de la Asociación Muertepungueros, que son las personas que tienen en propiedad fincas que llegan hasta Laguna Muertepungo. Esta asociación se formó con el loable propósito de que crear el espacio silvestre de amortiguamiento biológico previo a la Reserva Antisana, y su fin es recuperar y preservar la flora y fauna del páramo de Muertepungo, manejando así el acceso carrozable a la zona que cuidan de la depredación humana. La vía rústica de montaña vino seca y con oleadas de fino polvo arcilloso por los embates del viento, de haber transitado en lomos de Rocinante hubiese levantado desagradable nube polvorienta tras de sí y de haber habido caminantes o ciclistas habrían maldecido su paso, al igual que yo hubiese renegado de tener que lidiar con el polvo de autos que vayan por delante del mío. A la verdad no hubo otro carro subiendo a la laguna en todo el recorrido motorizado desde la iglesia de Santa Rosa. Fue cosa de agradecer la ausencia de tránsito vehicular e imaginé cómo sería el camino muertepunguero en trance lluvioso, con tiempo frío y mojado habría sido barrizal envuelto en la nada mimética en que se transforma el páramo, y se podría decir que encapotarse es su estado natural, la fortuna me acompañó al acertar en el pronóstico meteorológico de que iba a tener un día luminoso y generoso en reflejos que fabrican colores para solaz del viajero. Es de provecho

moverse al amparo de cielos despejados que juegan con nubes volanderas que matizan haciendo figuras, así se aprecia más los distintos azules y celestes que vienen como el fondo y la luz mudable de cuadros de montaña estáticos.

Son memorables las experiencias de campamento en la niebla y cellisca de la media montaña y tres-cuartos de montaña (y más arriba aún), aquellas jornadas duras de roer ancladas en las cimas del gran sufrimiento se vuelven preciosas gracias al contraste con salidas efímeras de equipaje ligero y que apenas exigen traje rompe-vientos y que, de repente, se resuelven como maná del bípedo senderista sin pretensiones de coleccionista de testas de picos andinos. Cuando la intemperie del páramo ha sido brutal contra el intrépido expedicionario este vislumbra la promesa de soñar tendido en mullido y tibio lecho herboso con vista a parajes divinos de arriba hacia abajo en las altitudes de mediodía primaveral. Las altitudes desconocidas por su carácter afable son redentoras cuando dan a conocer el lado íntimo de salvaje calidez que poseen, cuando se transforman en pinturitas con música de los instrumentos propios de la montaña que se reinventa en el tiempo inexorable.

Seguí a pie la senda carrozable de la Asociación Muertepungueros que se encontraba en mejores condiciones que la carretera polifacética principal hacia el páramo de Muertepungo (ya de piedra, ya de arena y tierra arcillosa que con lluvia forman barrizales a discreción fundidos con zanjas que serían como para quedarse varado o perder los frenos, sea a la ida o a la vuelta). A partir de la iglesia de Santa Rosa, se abandona el asfalto subiendo veinte y pico de kilómetros, ascendiendo más de mil metros en altitud sobre el nivel

del mar, por la tortuosa y rústica vía general que confluye con las entradas particulares de las fincas, esto hasta dar con el control de ingreso muertepunguero cubriendo los pisos ecológicos y microclimas que separan a los acogedores valles interandinos de la cruda intemperie del páramo andino oriental. Era previsible que el tramo de acceso privado a las fincas de Asociación Muertepungueros fuese mejor que la cuarteada carretera pública principal, pues, desde el control de ingreso solo había una distancia de aproximadamente siete kilómetros a Laguna Muertepungo, y sobre un terreno mucho más nivelado que la vía general. Al cabo se asciende cien metros en vertical a la cocha y doscientos metros en vertical a la máxima altura de la vía muertepunguera, a saber, el mirador del flujo lávico Antisanilla. Merced a la mañana y tarde bonancibles –excepcionales, a todas luces, para el cometido del bípedo senderista– la caminata se dio en parte por la altiplanicie, en parte bordeando lomas traviesas y cerros adustos. El accidente geográfico medular de la zona es el flujo lávico Antisanilla, pues, este acontecimiento geológico hizo que surja Laguna Muertepungo y desaparezca la quebrada serpenteante acarreando agua dulce del superpáramo al pre-páramo, dando lugar al paisaje pétreo que irrumpe entre los verdes de la gradiente andina con un brochazo gris que impresiona.

Qué privilegio es caminar en radical soledad (estado que anima a la república de células del ser reflexivo), fueron nutritivos kilómetros recorridos hasta el pie de la laguna y de regreso al portal de control muertepunguero donde aguardaba Rocinante; así reivindicué para el bípedo senderista las dos caras distintas de una misma travesía. Por arte del lapso temporal del páramo muertepunguero que me adoptó, libre del ruido de la maquinaria positivista Homo sapiens, anduve con

los instintos contemplativos en modo de cosecha de instantes para que sean develados en distinto mediodía. ¡Qué rotundo diálogo con los instintos primordiales, con el mito y la magia muertepunguera!

La primera sorpresa de ida a la meta fija de Laguna Muertepungo, fue conocer que la Asociación Muertepungueros estaba reforestando la zona con flora endémica como el polylepis y otras especies vegetales de páramo, no hice fotografías de la flora a la ida a pesar de lo tentador de congelar imágenes de diminutos jardines laterales de gencianas exhibiéndose, ¡cuán graciosas son apretujadas en lechos de jugosas almohadillas de páramo! Estas ondulantes formaciones verdes además de ofrecer nutrientes a las flores violáceas de genciana, las protegen contra el deshidratante viento gélido y de los potentes rayos solares de la altitud ecuatorial. De hecho pensaba más en recibir la dosis de adrenalina extra que me daría la visión de la laguna deseada, así imaginaba que después de tal recodo obtendría el acicate mental para continuar airoso la caminata. Antes de obtener la certeza de que el descenso a la cocha era irreversible, tuve que superar la única cuesta empinada del recorrido de ida que se presentó en perspectiva como si fuese la cicatriz de un corte quirúrgico perpendicular en la frente del herboso cerro. A cierta distancia creí que hubiese sido el único tramo de la ruta entera, desde la iglesia de Santa Rosa, en el que Rocinante habría utilizado su tracción 4x4. Ya subiendo la cuesta supe que no habría estricta necesidad de poner en modo tractorcito a Rocinante y que si lo haría es porque en sí constituye una muletilla psicológica para el conductor, más que por exigencia de la vía que venía expuesta al barranco pero era sólida y sin obstáculos o zanjas peligrosas. Intuí que al cabo de la cuesta obtendría la respuesta de cuán cerca o lejos

estaba Laguna Muertepungo, y por fin pude tener cierto reflejo de la cocha aún lejana, aproximadamente a un kilómetro abajo del mirador del flujo lávico Antisanilla, era apenas visible porque se hallaba escondida tras la fantasmagórica barrera pétreo que la tapona y represa sus aguas. El parapeto lávico, conforme se acercaba al bípedo senderista, aparecía cual soberbio castillo medieval de Transilvania, allende el Paso del Borgo, es decir era como un sucedáneo andino de la morada del Voivode de Drácula, y él dispuesto a repeler con fiereza inquebrantable al invasor turco y así defender el tesoro acuático luminoso que resguarda entre lúgubres farallones.

Encaramado a cuatro mil ciento y pico de metros sobre el nivel del mar, desde lo alto del cerro ventoso y punto de inflexión rumbo a Laguna Muertepungo, ya elegí cual “pungo” o puerta montañosa que encierra a la cocha iba a ser el Predicador de silencios. Como es de esperar del contacto con los balcones andinos naturales, recibí atento la lección de geografía vivencial inolvidable hecha para la modalidad de lo visual que se apoya en la modalidad auditiva dominada por el rugido de Eolo y la modalidad olfativa envuelta por los aromas de la flora de páramo que perdura, con su perfume salvaje, en los trapos del transeúnte. Trepado en terraza verde cubierta de almohadillas de páramo asociadas con gencianas violetas y celestes, el protagonista del paisaje panorámico era el flujo lávico Antisanilla. En reciente pasado había gozado de horas primaverales bajo el influjo de cadenciosa melodía de las ondinas de Laguna Secas y Laguna Tipopugro, acá estaba pisando el otro extremo del fenómeno volcánico escupidor de rocas, a más de mil metros de altitud y once kilómetros distante de la quebrada del Isco, completando la visión del flujo lávico

de arriba hacia abajo, magnífico panorama que no había imaginado iba a contemplar días antes. Si fuese cosa de bajar a las cantarinas lagunas del Isco por una lengua compacta de magma que se enfrió cual parejo engrudo borboteante, sería maravilloso descender erguido y silbando hasta toparse con ellas, pero la cruda realidad es un poderoso detente para regocijarse de lejos en lo de franquear los once kilómetros de campos de molones sueltos, superpuestos y yuxtapuestos. Semejante trabajito vendría a hacer del cuerpo-mente una piedra a cargar –no la del mentado Sísifo, sino la que uno es en sí en semejantes circunstancias–, o sea la propia unidad de carbono puesta a rodar cuesta abajo por inefable zahúrda de los sueños infernales de Francisco de Quevedo.

Entrar a Laguna Muertepungo pegado a la ciclópea pared nororiental fue una suerte de contemplación eónica del mundo. Cuán grato vino el encuentro con la puerta (pungo) del comedido Predicador de silencios y el resto de puertas (pungos) de sus pares, formando en conjunto imponente herradura montañosa. Los pungos (puertas) no dieron lata insufrible al transeúnte, al contrario, lo honraron con su pose hierática resplandeciente aún resistiendo el embate de los siglos. Fue inevitable que uno que otro plástico o restos de vidrios de botellas estampados contra el suelo asomen en nombre del Antropoceno, la huella de neumáticos de automóvil, motos y bicicletas avisaban de visitas recientes, en todo caso de jornadas pasadas inexistentes en el espacio-tiempo en el que anduve. Al desembocar en la laguna, cuando se dejó ver entera, la primera impresión fue la catedral de silencio que los farallones erigían, y no fue a cuenta de la forma acuática que venía coloreada desde el gris plomizo al ocre rojo o rojo siena, dependiendo de la luz reflejando en algas ferruginosas.

Después vino la impresión de aguas que al son del viento en popa eran como un caldo espeso meciéndose sobre el flujo lávico que reposa en el fondo. A falta de la visión del oso andino de anteojos, la vista de los patos de páramo alimentándose de bichitos que medran en la película de agua algosa, la vista de hermosos caballos pastando en los espacios verdes nivelados, fueron complementos agradables de la inmensidad de las viejas murallas herbosas y boscosas en las que dominaba el Predicador de silencios. Era el receptor humano de los encantos individuales y en conjunto del anfiteatro volcánico, no hubo más visitantes transeúntes en el lugar; la casa-refugio color ladrillo de Asociación Muertepungueros daba cuenta de que tenía gente adentro por la ropa tendida que azotaba el viento como si fuesen las banderas rojas y blancas del Predicador de silencios, agitándose airosas. La gente muertepunguera no se dejó ver y correspondiendo a su buen talante no hice mención de acercarme siquiera a su morada. Esta ausencia de visitantes me permitió moverme a ritmo de perezoso de bosque tropical, el lente de la cámara viajera capturaba con el mínimo esfuerzo imágenes profundas y vistosas de Laguna Muertepungo.

Si se hubiese dado el hecho de que la Asociación Muertepungueros abría el portón de control de la carretera para recaudar fondos que ayuden a sostener su propuesta ecológica -ya alertados con antelación de la presencia de grupos de turistas-, las extremidades doble tracción de Rocinante habrían galopado y cubierto la distancia a la regia cocha como si no existiese la aclimatación a lo desconocido muertepunguero, ese salto habría dado origen a otra aventura senderista que hubiera empezado en la laguna y concluido en ella. No habría sido el recolector de silencios que fui, la vista y murmullos de la humanidad motorizada hubiesen achicado el

espacio-tiempo y difuminado la impresión de lo eónico de los pungos (puertas de la percepción), el ruido de la civilización siglo XXI habría cundido en las murallas y hubiese pasado desapercibido el Predicador de silencios. Habría ganado otra aventura si llegaba al pie de Laguna Muertepungo con mi propia bulla y nube de polvo al mando de Rocinante, ¿qué sé yo?, de pronto hubiese optado por perderme en la flora de los riscos o mejor extraviarme en los campos pétreos del flujo lávico. Pero no fue así, me quedé con la oportunidad única de dilatar la mañana y tarde primaveral pisando los distintos suelos biológicos del páramo muertepunguero.

Sí, ayudó que escogí a propósito un martes de una semana regular, con esa precaución a cuestas la posibilidad de que haga paso a paso la caminata no prevista –tal vez soñada– aconteció como si hubiese sido planificada de ese modo con antelación. Y así se plasmó, fue por añadidura el vuelo inmedible de ojos atléticos a horizontes volcánicos que no volverán sino es en el tiempo recobrado de las alturas del páramo muertepunguero nunca antes visitado por este mortal. De hecho, subir más de mil metros desde la iglesia de Santa Rosa, retrepado en la butaca de mando de Rocinante a una velocidad de crucero de diez a quince kilómetros por hora que es la velocidad natural del azaroso camino de campo que supera la zona agrícola ganadera y que da lugar a sendos miradores de lo exquisito volcánico que es una vitrina a los volcanes del círculo mágico de Lovochancho, los cuales se exhibieron como sobrias deidades apolíneas y a la vez siendo sátiros ebrios de soledad musical en lontananza de un martes raro por su generosidad ambiental .

Imaginé que la mayoría de las fotos de flora de páramo las iba a conseguir al pie de Laguna Muertepungo, dada la exuberancia

selvática montañosa que la rodea, no sucedió así porque fui poseído por la deliciosa pachorra de un perezoso de pluviselva, aunque sí me salió una chuquiragua, un botón de senecio que no había conocido antes, un par de margaritas y un escuálido dedo rojizo. La mayoría de instantáneas de la flora de páramo muertepunguero vinieron en la caminata de regreso, y tuve primero que sacudirme del perezoso de la pluviselva encantado por el Predicador de silencios y sus secuaces. Hice la cuesta de regreso a la pequeña plataforma verde del mirador del flujo lávico Antisanilla, en el trayecto me obligué a retratar a la flor de *Calcitium reflexion*, a flores de racimo de *Monticalia andicola* y, lo mejor, a las alucinantes hojas lanceoladas, felpudas y nervudas pertenecientes a la planta *Gynoxys hallii*, no me llaman la atención sus flores amarillas sino las hojas que se acoplan milimétricamente por su lado verde dando la impresión de ser una sola hoja de color pizarra y sedosa preparada para capear los rigores de la altitud andina. Acabando la extensa cuesta que hizo que lo demás sea papaya dulce, volví al campo de almohadillas de páramo de cara al flujo lávico que desciende a la quebrada del Isco, esta vez para aprovechar el tiempo de fotografía retratando a las especies de gencianas que se agrupaban aquí y allá matizando el piso verde con los colores celestes y violáceos de diminutos jardines de *Gentiana sedifolia* y *Gentianella cerastioides*.

Minotauro del Remanso Escondido

Avanzaba trepando por la sombra emergente de la huecada entre dos colinas de rocas superpuestas y sostenidas desde la cima a la base por su peso y gravedad, debajo de las formas ciclópeas no había suelo vegetal uniforme sino mantos finos de tierra que eran suficientes para que se apañen plantas de páramo y se den modos para crecer en tan inhóspito hábitat donde a simple vista solo medraba el legado del flujo lávico: campos de molones sueltos descendiendo del páramo de Muertepungo cual ríos grises petrificados que recorren doce kilómetros antes de desembocar chorreantes en la quebrada de pre-páramo del Isco. Este serpenteante fenómeno volcánico creó valles verdes amurallados para el jolgorio del danzante Dionisio, y nació gracias a las fisuras escupidoras de escoria volcánica del Antisanilla, como se ha dicho promediando el siglo XVIII.

La cosa empezó con un auto-engaño, me topé con estrecho senderito de montaña que trajo la ilusión de que continuaría hasta la cima de la colina que a su vez me obsequió el paisaje de Laguna Secas por todo lo alto, cual banquete visual de mantel largo y por ende magistral degustación de cuadros silvestres de otra época o al menos paisajes semisalvajes con pinceladas artificiales de actualidad humana. Aspiraba que se suscite distendida travesía desde Laguna Tipopugro hasta dar con el mirador natural que cubra cualquier forma de Laguna Secas, me decía que estaría contento si viese una de sus extremidades inferiores de náyade andina o si se quiere uno de sus cuernos de caracol creado por el fuego volcánico. No fue así de alegre la travesía, el senderito concluía en un remanente de bosque primario, la pintoresca arbolada se aferraba a piso abrupto, era una colorida

excepción rodeada de estratos de escoria volcánica sujetos precariamente entre sí y que se levantaban empinándose a oriente, en perspectiva a la altura de los farallones del Isco. El bosquecillo atrapado entre grises cúmulos de piedra, caía al remanso escondido que en la hondonada contenía un charco divino a la vista desde arriba y, según la luz y la posición del espectador, el reflejo era ya azul marino, ya verde, ya turquesa o plomizo. Colegí que este cantarino pozo escondido, se alimentaba de agua lluvia y del líquido que se filtra de las corrientes subterráneas del superpáramo del volcán Antisana. Fue un hallazgo por que no tenía idea de que existía semejante oasis, pues en sí es el abrevadero de agua dulce de montaña para las ralas reses que deambulan en la arboleda como si su misión fuese destrozarla con sus pezuñas fuertes y excavadoras que abren surcos a discreción dentro de ella.

Da gusto fabular que si hoy día nuestra república tuviese la manejable y soportable población humana que tenía en la época colonial del flujo lávico Antisanilla, sería inmensa en territorio y moderadamente feliz en la práctica del acontecer cotidiano; sería el país de los ociosos emprendedores; sería el país de la campiña domesticada y la naturaleza salvaje abierta a las necesidades vitales de los bípedos senderistas; sería el país hogar de saludables filósofos de cualquier instante. Esto último acorde a la leyendas colgadas en el portal cósmico denominado Antiguos residentes del Reino de Quito, de hecho una leyenda que se me vino a la mente en cierta parada que hice para fotografiar especímenes de los jardines liliputienses entre cúmulos de materia inerte previos a la huecada que me puso a ascender por aquel ambiente lovecraftiano numinoso. De la leyenda en cuestión capté lo medular, aquellos jóvenes de toda edad de los

Antiguos residentes del Reino de Quito, los quitensis, si estuviesen condenados a existir en el siglo XXI no se habrían deslumbrado con la magia del ciberespacio urbanícola que nos salva y entretiene a la vez en nuestros lugares de resistencia a la alienación de masas –incluida la tecnolatría–; aquellos se beneficiaban de la red de infinitas conexiones del universo micelio que es la vida oculta, bajo tierra, de los hongos visibles, y solo en pesadillas de excepción percibían formas protoplásmicas de terror precámbrico que sin saberlo correspondían a la cleptocracia rampante del corriente presente, o sea la realidad más visible en los cubiles del Proyecto Patria Soberana, residiendo en este superpoblado y obscuro siglo XXI ecuatorial. Concebí que de vez en cuando –como una suerte de catarsis cíclica– los quitensis visitaban el purgatorio en sí de una realidad que les era ajena, y por consiguiente sufrían el estado de conciencia alterada que los protegía –cual vacuna para evitar la decadencia Antropoceno–, tenían esas horripilantes pesadillas visionando el mundo de los honorables muertos de hambre siglo XXI, esos Homo sapiens enmascarados que aúllan inconsolables su paradoja atroz: ¡tenemos hambre!, pero que nada sea para nosotros y que todo sea para la patria soberana.

Por azar no tomé el sendero propio que tras la tranca reforzada descendía al charco, creí que me iría mejor salvando otra tranca menos expuesta y complicada que la principal, esto debido a que me dejé llevar por la aparente trocha sesgada que se internaba bosque arriba, pero resultó que no había tal vía fácil sino que se confundía con surcos varios que en ciertos espacios daban la falsa impresión de tierra arada y sembrada. Potentes mugidos territoriales de un toro invisible y la vista cierta de tres o cuatro terneros con cintas

identificadorias en las orejas, me confirmaron que se trataba de ganado vacuno que fue arreado acá en fila india por el único sendero existente y repasado. A pesar de ser pocos especímenes deambulando en la arbolada, las huellas eran ostensibles por doquier en la tierra arcillosa.

Al cabo del fresco bosquecillo habitado por reses que al momento fueron indiferentes al bípedo senderista, desemboqué en la cruda realidad del desnivel gris y que había que ascender sin vestigio alguno del zigzagueante senderito de película animada que anhelaba, la única opción de continuar era abriéndose paso por suplicio de molones tostándose al sol. Tan corto era el trayecto en sí a la meta del balcón lacustre y tan largo el hacerlo por carecer de las cuatro patas hábiles de un chivo montaraz. No se trataba de libre escalada ni tampoco del reto de una pendiente que exija técnica aplicada al mundo vertical, aquí no había cabida para el arrojo de aquellos montañeros solitarios adictos a enfrentar desniveles de locura. Sí había que hacer acopio de paciencia para subir por la huecada a pies y manos apoyados en rocas que dejaban entre sí agujeros suficientes para desbaratarse al cubo.

Arribé al mirador natural de radiante mañana rumbo al mediodía, con moderado viento andino en popa, era tiempo para la calidez sin prisas porque en lontananza no había cabida a la cerrazón gélida de páramo. Cursaba una semana de jovial primavera que de un día para otro podría entregar la posta al encapotado otoño, que es la otra y única alternativa de una climatología carente de rigor invernal, los mansos valles ecuatoriales interandinos desconocen el frío polar nórdico. En todo caso, primavera y otoño se interponen entre sí, no

importa si es julio o agosto que en teoría son meses en que deben anidar el sol ecuatorial, los cielos despejados y vientos propicios para las cometas. Una travesía a tientas por el flujo lávico hubiese sido desechada del todo si la meteorología seca y cálida le hubiese cedido el turno a la niebla, a la lluvia y el granizo, pues, no pasaría por la mente del bípedo senderista lidiar con piedras resbaladizas plagadas de hongos microscópicos, musgos y líquenes que revelan su naturaleza saponácea tan pronto se humedecen.

Eso de imaginar lo espantoso que sería moverse en campos rocosos azotados por el viento, el agua y el hielo de un pésimo día a la intemperie volcánica, hacía intenso el aprecio por la compañía de achupallas de raíces excavadoras que, cual anacondas, reptaban por los ínfimos corredores terrosos de las rocas yuxtapuestas al tope de la colina. La planta *Puya aequatorialis* se asemejaba a un animal de fábula cósmica que emerge de las entrañas planetarias, y junto a otras bromeliáceas se asociaban a espacios provenientes del mundo subterráneo fungi –reino de la red terrenal de los hongos–, eran islas vegetales en la vastedad mineral del flujo lávico. Así surgió el mullido lecho que recibió al espectador de Laguna Secas y sus ninfas espumosas contoneándose en las orillas. Cómo no saludar al Peñón del Isco acogiendo nidos de cóndores camuflados entre plantas epífitas colgando del barranco. Saludé al bosque primario tupido, saludé a los humedales verdes con reses pastando al filo de Laguna Tipopugro, saludé al páramo del Antisanilla y a las lomas presidiendo el altiplano del volcán sumido en sueños magmáticos.

Bajarse del mirador de Laguna Secas fue un doble trabajo que hizo del ascenso una maravilla a echar de menos. Resalta el hecho de

que estuve a un tris de ser atropellado por el residente jefe del remanso escondido, saqué de quicio al toro padre que a la subida solo escuché su reclamo existencial. Fue una inesperada dosis extra de adrenalina que al cabo de los días se transformó en sofisticado ingrediente del condumio del tiempo, que es eso delicioso que se extrae de la conquista de lo inútil, o sea de las expansiones del espíritu en parajes volcánicos a la mano; sí, salidas regulares a la montaña pueden devenir en acontecimientos invaluableles. No es raro que involuntariamente, cualquier rato, sean memorables este tipo de salidas sencillas, sin pretensiones más que de penetrar en lo asequible de la naturaleza salvaje que está al alcance del bípedo contemplativo, evitando complicarse con retos al límite de lo imposible, y así sea posible apearme de Rocinante y echarse a andar sin más trámites. El bípedo senderista no aspira a lo extremo que acarrea montañas de tiempo-fuerza, expediciones tortuosas y flujo de dólares constante. De hecho se dan parajes aristocráticos intempestivos, que acogen al cuerpo-mente a la vuelta de la esquina de la costumbre y el lugar común. Que confluyan los dos únicos instintos del arte de vivir, es decir lo apolíneo y lo dionisíaco dado de una vez, es tan raro y precioso como espontáneo y sobre la marcha, y no es más que la resolución del ser de florecer en lo posible.

El filósofo de la altitud R. Navarrete —andinista, alpinista e himalayista—, desapareció bajando de la cumbre máxima del Annapurna, cuando no había peligro inminente de precipitarse en los abismos, ya prescindiendo de las seguridades de rigor pertinentes a su oficio extremo. Bastó un instante de dispersión del himalayista para que se perennice en los anales legendarios del montañismo ecuatoriano, partió al más allá níveo antes de ingresar a la

cuarentena. La despedida del mundo vertical de Navarrete se consumó en la misma montaña en la que desapareció el legendario Kantoborgy. La leyenda reza que hubo de por medio la metempsicosis (palabrota que quitaba el sueño a doña Molly Bloom, personaje sensual del Ulises joyceano) de Kantoborgy, renació en leopardo de la nieves y deambula a la fecha por los riscos de La Diosa Madre de la Abundancia, haciendo lo suyo como noctívago cazador y filósofo de cimas y simas. La circunstancia que me movió a recordar a estos dos insignes montañeros esfumados en el Annapurna, fue mi encuentro repentino y sorprendente con el furioso toro padre de la mancha de bosque primario, ya de regreso de la colina de Secas. Sucedió que hallándome nivelado con la cocha escondida me relajé pronto, devoré chocolates y aún dormité no sé cuánto tiempo, parecía que la tarde temprana favorecería al bípedo senderista al abrigo de lo delicioso, pero se desvaneció el escenario romántico con el toro padre que asomó infranqueable, haciendo caso omiso a la paz que portaba el sujeto que había superado inmedible sufrimiento que padeció en el descenso lateral a ritmo de gasterópodo, aferrado a cuatro extremidades al flujo lávico.

Decía que reposaba junto a la regia cocha sin un rasguño ni haber sufrido resbalón alguno, era para celebrar estar libre de caídas lamentables. La tarde temprana sonreía y estaba bien acomodado frente a las aguas meciéndose al son de suave viento y criando algas sustanciosas, eran aguas dulces y ricas en minerales para el ganado que por las huellas de pezuñas repisando la otra orilla arcillosa hacían sentir que era un intruso en su oasis. No tenía intención alguna de disputar con el ganado vacuno por su abrevadero y ni siquiera pensé en que podría toparme con los terneros de la mañana en el pedazo de

bosque primario. Lo cierto es que acaparó mi atención vislumbrar el sendero camuflado que se abría paso cuesta arriba por la arbolada, es decir había dado con el atajo que conducía a la tranca reforzada que no rebasé a la ida porque escogí cruzar el bosque en vez de descender al remanso. Este descubrimiento era una golosina extra a degustar, era el paso directo al sendero de regreso evitando rodear la cocha y luego subir por el campo rocoso hasta dar con él, siendo el único caminito que permitía avanzar erguido, en modo continuo y seguro. Al cabo seguí el atajo del bosque pero fui interrumpido antes de alcanzar la tranca; sí, eran de nuevo los terneros de la mañana pero cerrando el paso recostados a lo largo del sendero. No parecía difícil desalojarlos valiéndome de una rama y emitiendo el famoso “chu, chu...” sacado del archivo de películas de aventuras visionadas, aunque morosos se incorporaron y creí que podía arrearlos sin inconvenientes hasta que tomen el surco que los desviaría al costado. En ese trajín medio jodido y chistoso estaba cuando de repente saltó a escena el toro padre, formidable unglado barroso con una gruesa argolla de metal en la nariz que le daba un aspecto de indomable corsario, y se puso al frente de los terneros que no se desviaron sino que por el contrario cerraron más la tranca. Y el ingenuo bípedo senderista insistió en el error del “chu, chu...” empujado por la pereza de volver a los rigores del flujo lávico. El toro padre mugió cual poseso, pateó el suelo con sus cascos de las patas anteriores levantando una nube de polvo, bufó, babeó, orinó y defecó de pura ira. Tal vez lo que evitó que embista de una al impávido bípedo senderista es que no contaba con sus cuernos que habían sido cortados casi al ras de su enorme cabeza o mejor, que influyó en su ánimo las palabras sinceras y respetuosas que le dirigí: “ya, ya, cálmate... perdona el atrevimiento, me retiro vencido por la vagancia de no haber

dado la vuelta a tiempo a la charca». No retrocedí ofendido, al contrario, agradezco la lección de dignidad recibida. Qué difícil es ser todopoderoso si eres carne y hueso temporal, adiós magnánimo toro padre. De regreso a la cocha tuve que hacer callado el trabajito que la ilusión del atajo me hizo creer que había salvado. El toro padre de sacrificio se habrá olvidado al rato del sujeto de la rama seca y el chu, chu... al que puso en retirada; a cambio, el bípedo senderista creó al ente mitológico, a saber, Minotauro del Remanso Escondido.

Vibraciones Conolophus

Baltra, la isla de los adioses. Aquí, el mote, ha desplazado al nombre oficial de Isla Seymour Sur. No se sabe a ciencia cierta de dónde proviene la palabra Baltra, no aparece en el diccionario actualizado de la RAE, y poco o nada aporta el significado acorde con el Diccionario histórico de la lengua española 1933 – 1936, a saber: [BALTRA, f. Sal. Vientre, panza. «Algo les hace escupir \ un bejuquillo de la ampa. \ pero aún les queda repleto \ el estómago y la **baltra**,» Villarroel, Obr., ed. 1794, t. 11, p. 97].

En todo caso, Baltra, tiene mucho más que enseñar que el pintoresco aeropuerto de ingreso al archipiélago encantado. El condumio acá son las vibraciones de los especímenes de *Conolophus subcristatus* (Iguana Terrestre de Las Galápagos). Cuando el turista arriba no se entretiene en las instalaciones del aeropuerto ni en los alrededores que asoman desérticos, sino que va apurado pensando en su destino final. La isla de los adioses, de suelo de arcilla rojiza que alberga rala vegetación leñosa, palos verdes espinosos, cactus candelabro y opuntias, tiene lo justo para dar sombra y alimento a los lagartos que también se benefician de las madrigueras que han dejado las ruinas a la vista de la base aérea estadounidense abandonada hace décadas.

Yo, el ser mutable, tomo el primer contacto fugaz con la isla de los adioses como una bocanada de aire fresco y de beneplácito y de alivio, pues, es el preámbulo necesario para montar el itinerario propio de los días que vendrán para andar y ver en Galápagos. De entrada,

considero mero trámite el trayecto de cinco kilómetros que el bus “Panza” recorre a razón de un dólar por kilómetro/pasajero hasta Canal Itabaca que, por sus dotes paisajísticas, es el aperitivo del tiempo espacio futuro. Cruzando la cordillera de Santa Cruz quedará atrás el aeropuerto que volveré a pisar de otra forma y con distinto fondo, no únicamente para servirme del vuelo de regreso al continente.

Puerto Ayora, ubicado a cuarenta y dos kilómetros de Canal Itabaca, materializa la pequeña urbe que es la base de operaciones para los circuitos del ser que muda de piel con la aventura de reinventarse sobre la marcha. Una suerte ineludible es volver a Isla Baltra a caminar en su cálido seno, a diestra o siniestra de la vía asfaltada al aeropuerto. Es de rigor ir a por las vibraciones que he percibido de los especímenes de *Conolophus subcristatus*, desde la primera vez que nos conectamos ¿hace cuántos días, meses y años?, no hay calendario que lo registre. Vibraciones que súbitamente crecieron conforme me ha sido dado transitar en radical soledad entre las ruinas de la base aérea USA que operó entre 1942 y 1947. Vibraciones que se extinguieron en 1954 y que hoy están en su apogeo por el capitán G. Allan Hancock que tuvo a bien, a principios de los años treinta del siglo XX, compadecerse de la situación de exterminio total a la que se enfrentaba la iguana terrestre en Baltra, y trasladó a un grupo indeterminado de individuos a la isla contigua deshabitada Seymour Norte, allá la población prosperó hasta que en los años noventa nuevas generaciones fueron reinsertadas acá donde se pisa la paradoja: las instalaciones bélicas desalojadas se transformaron en acogedoras madrigueras. Entendí que en Baltra medra con provecho el *Conolophus subcristatus* de mis vibraciones,

sin duda un privilegio que ha sido dado a los sentidos y que es parte de la realidad continua a secas, realidad que no es pasto del tiempo fracturado por la prisa y por ende alimenta la memoria que deriva en ficciones que no es otra cosa que la prolongación del instante vívido.

Estoy peinando con la vista y atento con los oídos al estrépito de iguanas fugando de la abundante sombra de matorrales o de la sombra mezquina de los cactus que proveen, en las hojas verdes espinosas que caen, no solo nutrientes y fibra sino que contienen el jugo de la vida: agua, agüita de opuntias y candelabros salvadores. El suceso del momento es que acabo de ver al hilo y por separado a escurridizos lagartos cachorros, entre machos y hembras, supongo que serán de ambos géneros, su color principal es el gris verdoso en un campo de grandes rocas volcánicas que combinan tonalidades ladrillo con manchas carbón que generan la fantasía de ser piedras calcinantes listas para el asado de un cíclope de fábula. No hubo acercamiento puesto que el contacto visual fue fugaz, una a una se escondieron en los tantos agujeros frescos que proporcionan las rocas merced a las corrientes de aire de agosto que minimizan la canícula de media mañana.

Bebo de la versatilidad de los microclimas, mientras acá reina el cielo azul entre juegos de nubes estriadas azucenas y resplandece el turquesa de las aguas mansas que cruzan Canal Itabaca, el horizonte de la cordillera de Isla Santa Cruz que tiene su cota de altitud máxima en 860 msnm, en la cúspide de cerro Crocket, luce plumizo y preparando el aguacero que caerá en el bosque húmedo y espeso de Miconia donde, al abrigo de las raíces de la frondosidad tropical, residen en silencio e invisibles en su camuflaje los nidos del ave marina Petrel pata-pegada. El bosque de Miconia que se extiende

como un óleo de vegetación suculenta, exuberante e impenetrable desde cerro Media Luna a cerro El Puntudo pasando por las estribaciones mayores del Crocket, es el hogar terreno de las estaciones de apareamiento y anidación de pescadores noctívagos que en una suerte de aquelarre alado, apenas feneciendo el incendio crepuscular en cenizo occidente, se elevan en oleadas de estridente algarabía en pos de las profundidades de la noche del piélagos.

Aspiro hondo en el desierto viviente de Baltra. “Vaya lidia con los microclimas”, dice el ser mudable y ríe aliviado respirando la expectativa de avistamientos cercanos de iguanas terrestres. Se acuerda del caminante ascendiendo la trocha vía al cerro El Puntudo, sabe lo que es avanzar bajo lluvia torrencial de una mañana de febrero, pateando charcos de suelo irregular de conglomerado volcánico. Se acuerda también lo que es descender a la calidez de la orilla marina de Bahía Academia, y se muta en un lapso de risa y alegría eso de estar mojado en la montaña del Petrel pata-pegada a estar seco al nivel del Piquero de patas azules.

Levanto la vista al gavián, Ratonero de Las Galápagos, que vuela bajo proyectando su sombra en los despojos de cemento, hormigón armado y asfalto en descomposición de décadas aproximándose a cumplir un siglo. La belleza salvaje cunde desde que la pista aérea abandonó su función militar y pasó a convertirse en el parque lineal *Conolophus subcristatus*, por fuerza de la naturaleza de la erosión y sin que promedie inauguración alguna por parte de las autoridades del Parque Nacional Galápagos. El sol implacable, el viento barrendero y esporádicas precipitaciones fueron minando el pavimento, surgiendo fisuras y resquebrajamientos que conectan con

la tierra rojiza arcillosa permitiendo el acceso a la superficie gris de mechones de yerbas pajizas y vegetación leñosa que de estar exangües resucitan al verdor y a las flores menudas a golpes repentinos de agua lluvia. Pierdo de vista al gavián ratonero que aterrizó cerca de los matorrales de lo que reconocí como el inicio de la pista aérea cedida a la vida salvaje, aproximándome al punto clave a por un retrato en primer plano del ave de rapiña, no valió el sigilo porque no supe distinguir su adusta presencia mimetizada en una plancha de metal oxidado, tuve que contentarme con el raudo vuelo que emprendió a contraluz e imaginar que en sus garras portaba la presa que le da nombre a la especie.

Coincide el inicio de la pista con el inicio del tendido de la red eléctrica que va al Aeropuerto, al muelle de pasajeros de embarcaciones turísticas, a los tanques reservorios de combustible, a la básica presencia e instalaciones de la Armada y de la Fuerza Aérea del Ecuador. Los postes de la red eléctrica proyectan su sombra, conforme giran como relojes solares, en los plintos de cemento que sirven de camas de relax a los lagartos. Los cables aéreos al sonido del viento producen una suerte de música compatible con sinfónico metal, esto a mis oídos predispuestos a incorporar lo feo artificial del tendido eléctrico a la melodía ancestral de la isla.

Suponiendo que los restos de estas instalaciones pretéritas de los comandantes y custodios de la humanidad occidental, en conflicto planetario, fuesen el meollo de un parque temático alumbrado en las noches por el tendido de postes eléctricos vigentes, no estaría aquí respirando a cuerpo/mente en expansión a la isla y sus reales encantos, no se me ocurriría ni siquiera dar la vuelta a la pista por

deporte. Alguna vez hice, para literalmente matar el tiempo y paradójicamente enterrarlo en un nicho inolvidable, lo de pasear por la antigua pista del ex aeropuerto capitalino. Sé que gracias a la exigencia del ciudadano sufriente del impacto ambiental desarrollista al pie de Los Pichinchas, el ex aeropuerto se convirtió en pulmón de una ciudad ahumada y estridente que, cumpliendo la norma nacional, castiga con saña al peatón.

Si no fuese por las iguanas terrestres en el sitio sería un andar y ver triste y cansino, no recomendable para mudarse de piel. Y es así que donde las losas se han resquebrajado, levantándose la gruesa capa de pavimento como si hubiesen sido presa de un corrimiento de tierra, ha dejado guaridas reptilianas que figuro como nichos de soledad y paz o mejor aún son vasijas de barro acompasadas por la brisa que corre en Canal Itabaca. La sombra perfumada y protectora de arbustos verdes, la insoslayable realidad de lagartos estáticos o en movimiento furtivo, es el corazón del paisaje de lo que otrora era la pista del ruido bélico de aviones, era la pista de la especie en perenne estado de guerra consigo misma.

Camino a propósito por el filo musical del tendido eléctrico levantado en el filo oeste de la pista aérea extinta, cada plinto viene cerrado por palos verdes y vegetación leñosa de cara a la bahía del muelle de pasajeros de cruceros y la capitanía de la Armada, y su belleza radica en albergar lagartos en su derredor o en la misma cama inclinada de cemento. Tengo la suerte de pillar a un regio ejemplar mudando de piel como árbol de papel fuego, estirándose a placer en la sombra que proyecta el poste de marras, me prometo que al regreso de la vuelta de rigor por la pista voy a ceder a la tentación, por su atractivo entorno vegetal y paisajístico, de hacer una mini-siesta en

el poste de más abajo que hace meses le eché el ojo, eso si la sombra del mediodía me es propicia y sigue libre para su breve ocupación humana. Me quedo lo justo y suficiente con el reptil beneficiándose de la sombra-poste, a tiempo lo detecté para ponerme en la suerte de aproximación silenciosa y no perturbarlo evitando que fugue en estampida. Hice el retrato instantáneo, disparé ráfagas de la máquina de congelar imágenes dragoniles en la canícula.

Los objetos que décadas atrás fueron útiles propios para la comodidad y distracciones de la tropa y oficiales de la base militar que contaba con teatro y cine, quedaron plantados en la isla como instalación involuntaria de chatarra en el parque temático *Conolophus subcristatus*. Y aquí y allá tienes sendos tanques de calentar agua de los años cuarenta del siglo pasado. Mira tú cómo asoma el artefacto oxidado y renegrado al sol y lo que encanta es que su sombra ampara una iguana terrestre, he ahí un espécimen en peligro de extinción sirviéndose de la desolación tecnolátrica. En el horizonte azul se filtra la roca desnuda de Daphne Menor, me quedo con la figura potente de Daphne Mayor que surge del lecho oceánico cual boca informe de volcán submarino despidiendo aromas de árboles de incienso. El perfil de Isla Santiago se dibuja a lo lejos en brumoso contraste con la vista panorámica del otro lado, la cordillera de Isla Santa Cruz, que se ha cerrado en los murmullos de lluvias tropicales nutriendo las flores de pálido violeta de los bosques de *Miconia robinsoniana*.

Acá me detengo en la pareja de tórtolas galapagueñas, las de anillo celeste resaltando en los párpados (presumo de conocer la diferencia con las tórtolas que pululan en los jardines de Los Pichinchas, que tienen asaz atenuado el color celeste de los anillos de

los párpados) picotean en el bagazo y fibra ámbar, que se asemeja a una esponja de cubiles romboides, de una rama caída del cactus cargando tunas de flores amarillas y de tronco de láminas fuego y grises similares al tortuoso espécimen de superpáramo andino, *Polylepis incana*.

Observo divertido a la inmóvil lagartija de lava, llega irreconocible por haber tomado un baño de tierra arcillosa ladrillo; parecía que el cuadro se iba a quedar así de chistoso e impasible hasta que en un movimiento felino-reptiliano el lagartijo caza a la Langosta grande pintada (*Schistocerca melanocera*) que marcó calavera en su salto compulsivo evasivo, cayó en el punto y momento equivocado. De repente me convertí en testigo y sujeto de dar testimonio del banquete de la lagartija de lava con el grillo, en la piedra tostada y saliente como si fuese un segmento del espinazo de un lagarto terrible semienterrado. No tenía en mente entretenerme con las escasas lagartijas de lava que han cruzado raudas por la pista, ayer nomás me harté de observarlas en el senderito fresco de muros bajos de piedra, en el caminito asombrado y arbolado de Callejón Linares y Lagartijo (¡vaya nombre indeleble!, lo de Linares supongo que es en honor a un desconocido artista Linares y lo de Lagartijo..., ahí sí que no hay dónde perderse, la realidad es contundente), esto en Punta Estrada.

Acá, el plato fuerte psicobiológico de la jornada, es la iguana terrestre, y persisto en ello dando la vuelta para iniciar el retorno al puerto de mi residencia terrena atemporal. No obstante, vengo rumiando –tan pronto– el acontecimiento intempestivo en la piedra al pie del árbol de Bursera, sucedió lo espontáneo sorprendente que en suma es lo que sacude al ser transeúnte, le da alma y vida a su búsqueda de sí mismo en la intemperie isleña. El suceso tomó forma y

cuerpo por mudarme hacia el árbol que llamó mi atención al borde de la pista, era un individuo de bosque seco que con su ramaje lechoso deshojado haciendo en conjunto el esbozo de la cabeza gigante de una medusa, tendía sus tentáculos en el espacio-tiempo mítico, presocrático. Esta distracción arbórea trajo consigo al reptil de buche rojo intenso y de cuerpo color ladrillo por el tinte que tomó emergiendo de tierra movediza, y suscitó el instante de vida y muerte que se zanjó en un pestañeo: grillo aterrizando, lagartija devorando.

Sin esperar que la mañana entrando al bochorno ecuatorial del mediodía cree de la nada otra sorpresa salvaje fuera de lote, cedí de lleno a la tentación de echarme en el desocupado plinto del poste de tendido eléctrico prometido. Había que zambullirse en la circunstancia de placer inmediato. Ningún aristócrata lagarto emerge del silencio para interponerse en la mini-siesta añorada, así que procedo a discreción a servirme de la sombra gentil que se ofrecía cual regio vino espumoso seco, tropical, afrutado y en su punto frío ideal para pasar por gazzate agradecido. El resto es tender la cama de cemento con la toalla playera roja adornada de manchas multiformes negras, verdes y cremas (a la moda de las iguanas marinas *Venustissimus*); coloco la pequeña y acolchada mochila del cazador de instantáneas, es la almohada precisa para apoyar cuello y cabeza en el poste de luz. Me recuesto y acomodo el cuerpo de cara a la Bahía de Los Marineros, vienen alucinantes cuadros filtrándose por los resquicios del palo verde que tengo a la mano, este se estira a los costados con la sombra de sus ramas afiladas y lánguidas que se comban sobre el piso de pavimento trizado y semi-cubierto por hojarasca espinada ocre.

Cierro los ojos sabiendo que no habrá sueños pesados ni precipitaciones en los abismos del absurdo onírico, sino delicioso estado de vigilia. Abro los ojos, o mejor dicho los oídos me abren los ojos ante el canto cercano de un jilguero, podría ser el recital del cucuve galapagueño que saltando de rama en rama se para a observar insistente al extraño bípedo implume tendido por excepción en plinto ajeno, plinto que de corrido ha visto ocupado por familiar lagarto. Podría ser el lamento de un grupo de inquietos pinzones de Darwin que ya volaron del sitio rumbo a su hogar original en el islote Daphne Mayor, podría ser la melodía sentida con la que el canario Aureola llama a su pareja María. Podría ser el papamoscas de Galápagos... y sí, a metro y medio de distancia de mis narices, vuelve a trinar acordes celestiales, de frente y mirándome a los ojos desde una rama baja verde y espinada, el pajarito del copete subversivo. Cuando se mandó a mudar el heraldo del buen reposo, cierro los ojos y suena desde adentro la melodía alada que arraigó en el palo verde.

Esto no viene del mundanal ruido, es el prelude del metal sinfónico que vendrá a los oídos. Se disparan los violines de los cables del tendido eléctrico, los mueve el arco de la brisa isleña. Se unen al evento sinfónico otros instrumentos de viento, cuerdas y percusión. ¿Quién inventó este opus elemental y noble como la vegetación leñosa y los animales endémicos y emblemáticos del archipiélago viviendo a muerte su minimalismo? De las profundidades del sujeto de la experiencia nacen y salen a la superficie los arpeggios de esta pieza automática, surrealista, que se prolonga con los ojos cerrados.

“He reposado siglos, es tiempo de abrir los ojos y el cuerpo a lo que venga...”, dice el ser mutable saliendo del instante metálico (con Beethoven y Paganini de precursores), devolviéndose al silencio y quietud del paraje anfitrión, o sea a la realidad inmediata del ramaje y hojarasca del palo verde, teniendo de horizonte paradisiaco al mar sereno y azul metiéndose por la persiana afilada de la isla. De repente (no es dado que los acontecimientos preciosos vengan como si nada envueltos en papel corriente), los ojos claros y la gran cabeza cornuda del reptil se reflejaron entre ramas cruzadas, tenía su mirada melancólica clavada en el ser mutable. Vibraciones van y vienen, en la modalidad visual, sin aspavientos o movimientos bruscos que propicien la retirada del salvaje espécimen.

No es impertinente tu presencia, al contrario, es un verdadero halago que tus ojos claros, limpios, serenos y curtidos de demonio ancestral se posen en este pasajero del pedacito de planeta que habitas. ¡Aja!, viniste a reclamar el puesto usurpado al pie del poste de luz, ¿no es eso?, por supuesto que no. Lo de fondo es que nunca antes una iguana terrestre se ha acercado a propósito a observar, vigilar, curiosear, contemplar, ¿qué sé yo?, a este bípedo implume y a menos de tres metros de distancia. De corrido ha sido al revés, he sido yo el que va a por las vibraciones *Conolophus*, hasta estos segundos que transcurren entre tus vibraciones frente a las mías.

Tiene gracia, tú siendo la especie que cumple con los dos metros mínimos de seguridad que piden al humano visitante del Parque Nacional Galápagos con las especies que toleran su acercamiento. Eso apenas se cumple con especies impasibles como tus primas hermanas, las iguanas marinas, que se han acostumbrado a gentíos, donde los hay, y no le temen a la más temible de las especies

depredadoras. Aunque están protegidas su extinción pende de un hilo: factores climáticos, el aumento de la temperatura y acidificación de los mares y océanos reducen los espacios de la madre nutricia. Si las aguas templadas desaparecen, entonces se extinguen las algas submarinas que prosperan en su seno y constituyen el alimento fundamental de las iguanas marinas.

Tus primas hermanas, en ciertos lugares propios para la reunión de masas, sea por ejemplo la temporada de apareamiento, surgen como manchas de reptiles en ebullición, parecen multitudes que sobran en vez de faltar en este mundo. De ahí que he captado voces de ciertos paseantes desquiciados –tal vez porque el ocio provoca un estado febril al sujeto del rendimiento–, cuestionando la engañosa abundancia de tus primas hermanas marinas, “¿por qué no se las comen?”. Vaya chiste demencial más que macabro, inferido por parte de individuos de la especie de la producción y el crecimiento económico incesante que ya tiene nombre en el tic-tac geológico del planeta Tierra: Antropoceno, mi era geológica, mi era de la entropía máxima. Mira tú, los míos han superado los ocho mil millones de habitantes planetarios, y todavía están pidiendo que regulen la población de especies que suman un puñado de miles en el Archipiélago Encantado.

Y yo, Homo sapiens, que soy el extraño aquí, ¿no te he aburrido con mis vibraciones? Tus vibraciones son el maná de mi alma errante. Cierro los ojos por un minuto, o mejor aún por un tiempo inmedible, esto para ver cuando los abra si sigues ahí en tu postura de espécimen primordial atento al sujeto del reposo posmoderno furtivo. Vendrá a ser una forma de entender si este cuadro interespecies que

hemos pintado involuntariamente es el resultado de una mera casualidad, es decir, tú pasando distraído por aquí a echarte la siesta de mediodía en el plinto de tu predilección y a jugar con la sombra del poste que gira cual reloj solar, estas en eso cuando eres presa de una circunstancia nunca antes acaecida que te paraliza hasta que logras huir por lo sano en un santiamén sonoro e ineludible a mis oídos. No me sorprendería tu partida instintiva, es el inveterado proceder de tu especie ante cualquier extraño impertinente. Imagino que de sopetón te topas con el cuerpo de un sujeto que no has visto templado, sesteando, en este plinto de la isla, todo él sigiloso y callado fuera de los puntos de conexión y encuentro con otros bípedos implumes. Si fuese un técnico de la empresa eléctrica que le tocó hacer algún trabajo en el tendido en compañía de otro operario, habría aportado a la bulla humana en movimiento convencional laboral sin la menor preocupación por tu presencia, hubiese ido con mis ritmos metaleros taponando los oídos y hablando a gritos con el otro también de oídos taponados con su propia música rumbera. Si hubiese traído conmigo el runrún humano, tú estarías camuflado como mínimo en el tupido arbusto de más allá, invisible al intruso.

Repitiendo la mini-siesta remolona y feliz del plinto me moví un tantito con la sombra que proyecta el poste, y me dije que si al abrir los ojos me recibía un paisaje ausente de iguanas terrestres en el rededor, sería lo más natural del mundo corriente. Puesto el piloto automático receptor de sensaciones, disfruto a tope del reposo semiconsciente, sintiéndome más observado que antes, las vibraciones Conolophus arrullan en conjunto con la brisa suave y tibia desplazando al concierto metálico de cuerdas del tendido eléctrico. Me digo, corrección: si al abrir los ojos me encuentro con iguanas terrestres a la vista sería lo más natural de este mundo asombroso.

Y abro los ojos. ¿Qué estoy mirando a poco más de dos metros de distancia? Estoy viendo que no solo que el espécimen a mermado su distancia y continúa en su posición de espectador sino que ha salido del ramaje en el que parcialmente quedaba al descubierto y ahora está sobre el lecho de hojarasca parda mostrándose entero, enhiesto a cuatro patas, la cabeza dragonil de cuernos prominentes levantada: magnífico adulto de papada aristócrata y rostro hierático, combinando los colores naranja y ocre en la piel rugosa. Se me antoja verme en él como un ser antediluviano de espinazo acorazado de púas impotentes y afiladas garras de excavar y galopar en la tierra marciana. Entiendo que en vez de presentir su escape sentí su aproximación vibratoria, que a la sazón viene a ser la prueba irrefutable de que he sido reconocido por el espécimen con el cual ya hemos conectado tiempo ha, meses ha, años ha. El ejemplar muy joven es el adulto que viene a mi encuentro, es el formidable lagarto que se presenta con cadenciosas vibraciones, que se traducen así de fácil.

No busques más al cachorro de dragón que fijaste en tu mente, allá posando en el campo de rocas volcánicas apostadas tras los molinos de viento, aquí estoy tal como soy en mi temprana adultez y la regia hembra que te observa desde donde estuve hace tantito parcialmente visible en el nacimiento del palo verde, es mi pareja iguana: nuestros vástagos están creciendo en salud gracias a los nutrientes del cactus, aprendiendo el arte milenario del camuflaje y de hacerle el quite a lo tóxico en Isla Baltra. Con el paso del tiempo ni tú ni yo volvimos a reconocernos por tercera ocasión en el primer lugar. Era de esperar, me había mimetizado con las formas de mis

congéneres adultos, no podías encontrarme tal cual se te grabó mi imagen en la mente. Mi piel, mi aspecto general, se había mudado del individuo adolescente y juvenil que retrataste, mi nueva forma no iba a responder a la búsqueda visual del futuro caminante. La cosa se resuelve porque no es la primera ocasión en la que te ubico vagando por las calles de las ruinas y te he reconocido como el extraño bípedo que ante la incapacidad de verme tal cual he crecido y madurado, jamás me reconocería por sí mismo sin que los ojos de ayer se sumen al acontecimiento que he forzado esta mañana.

No tengo nombre y apellido que se me ocurra a la manera de las denominaciones de las mascotas y de los seres fantásticos que tú proyectas en base a especímenes concretos. Así como hay millones de especies para satisfacer la reencarnación como karma de una vida/muerte inconclusa, de facto hay especies para todos los gustos que inspiran la galería de engendros extraterrestres del Homo sapiens. Pongamos que lo mío es vivir a lo bestia entrada en reflexiones, de corazón indomable, pasajero de tu época de esclavitud actualizada en el cronómetro del rendimiento.

Sí, fueron dos encuentros cercanos con el joven Conolophus que fui entonces, suscitados por la circunstancia tuya de aprovechar el tiempo –y no de quemar el tiempo– llegando con sobrada antelación a tomar el vuelo respectivo de retorno al continente. Entre el primer contacto y el segundo promediaron seis meses (entrando en la contabilidad de tus horas), hubo dos viajes al archipiélago y la idea de dedicar mañanas completas a visitar Baltra, por fuera de la obligación de asistir al aeropuerto, fue fraguando en tu mente antes de tomar cuerpo a futuro en el sitio, esto porque cargar la mochila de equipaje

de mano en la espalda y la mochila de espectador adelante hace que la marcha no sea lo extensa y ágil que tu aspiras, rebajando el alejamiento deseado por estar con cuerda larga en las cercanías del aeropuerto. ¿Me explico bien? ¿Estamos en modo lenguaje de vibraciones?...

Estamos adentro, sintonizamos en el dial. Sin embargo, los cortos trechos de inmersión en el terreno que hiciste al comienzo, bastaron para que veas que cualquier matorral tupido y con suficiente sombra puede servir de alojamiento y de nido si es del caso. Últimamente, como dato curioso, has avistado especímenes que se han dado modos para ingresar –cual contrabandista superando los filtros de migración– a los jardines del aeropuerto que preceden al cuadrante de desembarco de aeroplanos provenientes del continente. Ha sido grato darte semejante bienvenida reptiliana aunque sea fugaz por la necesidad que tienes de alcanzar cuanto antes mejor la salida del aeropuerto y realizar el viaje a tu hospedaje o guarida circunstancial.

Te vi y me dije lo voy a tener cualquier rato dando la vuelta a la pista antigua por el lado de los plintos, y a lo mejor se suscita el instante propicio para conectarnos a mi manera vibratoria. Tu suerte del avistamiento de los míos cambió drásticamente, dejó de ser una cosa al apuro cargando con el peso del inminente retorno a Los Pichinchas (esas altitudes volcánicas que me son tan ajenas como imaginables por tus vibraciones), y hacerle el quite al tiempo de aeropuerto con imágenes de último momento. Tenías que decir basta, no podías quedarte plantado a cuenta de una imagen inmóvil posando a disposición del viajero en una piedra quemada.

Ahora entiendes que no era posible que permanezcamos impasibles en el sitio en el que tuvimos dos encuentros, el tercero se esfumó porque ambos nos mandamos a mudar. Te fuiste a por otras idas y venidas en la isla de tus ojos de transeúnte, yo me quedé donde nací para fugar y, vaya paradoja, entenderme con un bípedo depredador.

El joven reptil fue a por la isla entera de su residencia planetaria, teniendo el mínimo de jardines de bosque seco y guaridas por doquier para crecer en formas y colores, y hacer la transición de iguana juvenil a espécimen adulto fuera del patio trasero de los molinos de viento. Fue un error creer que se puede tener un punto de encuentro permanente entre seres de mente libre en el amplio espectro de sus propias islas. Mi isla no es la tuya, y al revés, de cualquier manera hemos tendido un puente. Y vos no volviste a caminar en los matorrales y campos de rocas de los alrededores inmediatos de las instalaciones del aeropuerto para buscar al lagarto perdido, te fuiste a husmear en el mapa de las ruinas emancipadoras.

Te echaste a andar por las calles de grava fruto de la erosión del asfalto que son amplios caminos para el "intrépido transeúnte" y mirador de parajes que han resistido el vendaval de la condición humana. Ligero con la pequeña mochila de ataque a cimas y simas de paisajes aromatizados por la vegetación brotando de un desierto, respiras brisa salobre exquisita que sazona de profundidades y misterios oceánicos el ambiente, silenciando el aterrizaje y despegue de aviones transportando ávidos turistas.

En busca del Lobo Fino

Aristocrática iguana del orden jerárquico Venustissimus, de majestuosa cabeza cornuda, ojos claros y dorso espinado realzando verdes, blancos, rojos y negros, de piel áspera y sangre fría en pos de vitaminas solares, hacía guardia en el Portal de Las Botellas. Detuve la marcha a la distancia de rigor y no perturbar su tarea sagrada, y sin más dirigí mis vibraciones matinales al sereno reptil. “Su merced, descendiente directo de las deidades de las estrellas oceánicas del multiverso, criatura endémica de la isla que me acoge en calidad de caminante total, ser de la sonrisa hierática por naturaleza divina, ¿me permite pasar, voy en busca del Lobo Fino?”.

Aquí estoy haciendo la primera parada desde que me eché a caminar al alba y con el buen augurio de la tórtola del anillo azul envolviendo sus párpados, la que señaló el sendero de una jornada de contacto con la isla profunda, salvaje. Aquí estoy estirando mi sombra en la plancha de roca tibia acaramelada, recibiendo a gusto sendos rayos solares de la mañana temprana de piélagos mansos, presagiando una jornada de bajamar indeleble en la orilla rocosa de Isla Floreana. Respiro la brisa suave trayendo aromas del bosque de Palo Santo por atravesar, aspiro a una mañana de calorcito contenido en los barrancos del Lobo Fino, aspiro a un día de oleaje eléctrico y piscinas cristalinas matizando con cielo celeste, nubes volanderas, garúa inocente y brisa traviesa.

El magnífico espécimen de iguana Venustissimus, erguido en sus cuartos delanteros de pectorales festoneados con pinceladas turquesas, vibró y un rotundo “adelante” se tradujo en mi mente. Las

ventanas oculares del guardián apenas eran un trazo gris acuoso, y sin embargo remitían alerta cuando atravesé el portal que se animó al otro lado con la iguana idéntica que abrió sus ojos de esmeralda resplandeciente, ojos grandes y rasgados, era el reflejo intenso del mar de Portal de Las Botellas.

Atravesando el bosque de Palo Santo que brota de las entrañas de lenguas lávicas cobrizas de cuatro millones de antigüedad, me sumergí en baño sauna ancestral del que se emerge exfoliado y aromatizado por dentro y por fuera incluyendo la indumentaria y lo que porta la mochila ligera del transeúnte. Al cabo fui a caer en el campo rocoso de molones grises adosados a la línea de vanguardia de manglares bajos, tupidos, infranqueables para el caminante que avanza pegado a sus raíces evitando el oleaje de los prolegómenos de bajamar, con la pleamar dando postreros coletazos. Aún no podía beneficiarme del apogeo de bajamar, que es cuando se descubren las playitas de caletas recónditas con sus tesoros faunísticos del mediodía. Así es como vislumbro el retorno, en su clímax paisajístico, libre de vadear caletas anegadas e irreconocibles por la arremetida de pleamar.

Dejar atrás segmentos de orilla rocosa es la única manera que conozco y aplico en este ir en pos del Lobo Fino, que en sí es la propuesta de avanzar más allá de Remanso Primordial y Playa Escondida, es decir, romper una barrera física y temporal. Cruzo sin novedad el campo gris de molones del Cíclope, ingreso a las formas rocosas que se asemejan a la miniatura de una metrópoli gótica devastada por una ola de calor calcinante, figuro las ruinas oxidadas de rascacielos que fueron agujas proa al sol y que al cabo devinieron

en escombros y fisuras ocres que benefician a las lagartijas endémicas de la isla, de apellido Grayii. Cuando el azote de pleamar se aleja, el despojo de la otrora febril metrópoli liliputiense, se transforma en zona de veraneo de graciosos y pintorescos lagartijos.

Sí, doy fe del Paso del Ermitaño, aunque vendría irreconocible si no fuese porque en mis progresiones de orilla rocosa lo he superado de ida y de vuelta, en el apogeo de bajamar que es el momento indicado de observar el cuadro completo en la dimensión liliputiense que inspiró su nombre. Ahí figuro una cala de arena blanca que se adentra serpenteando entre dos farallones de granito azabache, y en estrecha playita se avista el menudeo de especímenes que cargan su morada. Es alucinante ver en movimiento al cangrejo ermitaño, con patas y pinzas peludas incorporando a su flácido estómago, y por ende a su andar, a una concha de caracol del molusco que la abandonó. El churo es la casa que lleva a costas el individuo, es como si fuese parte biológica de su ser, por ello es un goce observarlo recreándose a su aire, pues, en estado de reposo es una concha de caracol más tomando baños de sol, solo en movimiento surge la pinturita viviente del ermitaño. Ahora que el paso se encuentra inundado por el oleaje, sigue siendo un hito de los hitos del paisaje del condumio del tiempo, así estén invisibles los pacíficos cangrejos cenobitas de anteayer.

Los pasajes solitarios se suceden y asumo que los clanes de tortuga prieta y tortuga carey se reservan para el mediodía el brotar de su lecho marino a la amplitud de playitas de marea baja en flor, las tortugas marinas son en sí el gran florecimiento de la arena granulosa de calas que cobran vida de repente. Playitas grises que de estar

tomadas por el oleaje se vuelven calas paradisíacas donde reposan bañistas de sensualidad prehistórica. Me reservo el derecho de asombrarme si al retornar a puerto me topo con la versatilidad de sus cuerpos prietos, cuando el buscador del Lobo Fino de media vuelta lo encuentre o no. Este buscar en la magia ancestral continuará vigente más allá de esta jornada propicia para instantes hermanados en la cosecha de absolutos.

Entro de nuevo al bosque seco sorteando muro saliente de orilla formado por conglomerados de rocas saponáceas que obligan a desviarse un tanto por la parte inferior de la colina poblada de árboles de Palo Santo y esporádicos Cactus Candelabro, es una vegetación que literalmente se levanta de raíces aferradas a los resquicios del piso deleznable, no faltan individuos aéreos que desafiando la gravedad cuelgan de los riscos. Salgo del bosque aromático que está reñido con la sombra y regreso a la tibia brisa marina de orilla empinada en la línea de roca desnuda. La tonalidad pajiza de arriba contrasta con los campos de molones azabaches golpeados por el mar espumoso que de repente, intermitente, trae o lleva iguanas Venustissimus; el horizonte inmediato es azul mientras el piélago de fondo metálico no da visos de islas cercanas o distantes del archipiélago.

Llego al mirador que comparto con tres piqueros de patas azules acicalándose, diviso Playa Escondida que a su vez esconde al remanso de pozas salinas que si están vacías dan la impresión de ser letrinas descargadas al océano y no aportan al conjunto de orilla que simula un oasis tras tortugas y leones marinos surfeando olas salvajes. Solo cuando me pare allá sabré si habrá el beneficio de un

paisaje pleno con añadidos faunísticos endémicos o si he de transitar por una suerte degradada de las cochas que guarda Playa Escondida. Entretanto parejas que hacen el cuadro maternal de amamantamiento de leones marinos se descubren en la arena cálida y seca que precede a hierbas rastreras vaporosas y retazos de manglar de avanzada, propiciando espacios horizontales mullidos para refocilarse con el benigno sol de la mañana, púber aún, acariciando cueros recios y de abundante grasa para bregar en el mundo submarino.

La playa inclinada de punta a punta, vino encerrada entre la barrera de rocas terrosas de ralo bosque seco -por la que accedí a su seno- y la barrera gris, mojada, de rocas salientes todavía azotadas por la marea en retirada. Playa Escondida es presa del oleaje que cubre la mansedumbre de la laguna que se forma con la marea baja en su clímax. Evoco el suceso que permite reflotar a planchas volcánicas copadas por succulentos lechuguines, tanto que invitan a devorarlos con los dientes especializados de la iguana *Venustissimus*.

Las camas de arena contienen a los protagonistas del breve contacto visual con la especie de mamífero bípedo implume. Por un lado el espécimen *Homo sapiens* y por el otro los críos maltones de las dos grandes y vigorosas leonas marinas. Ellas consintiendo a su respectivo púber lleno de vida, se nota a la vista que se trata de cachorros bien levantados por las progenitoras que adormiladas cuán largas son apenas se dignaron a ver al intruso de reojo y entre pestañeos. La corpulencia de los críos me sugiere que podrían tener el tamaño del lobo peletero adulto, hasta aquí un neófito podría confundir a los primos marinos endémicos de las islas Galápagos, pero cuán definitorio es el comportamiento social austero de la

especie *Arctophoca galapagoensis* (Lobo Fino) frente a la sociabilidad generosa del León Marino (*Zalophus wollebaeki*). Me enteré que el Lobo Fino, con una población asaz menor que la de sus primos (aunque ambas especies se hallan en peligro de extinción), huye a por lo sano a su cueva, y no soporta la intromisión del *Homo sapiens* en su hábitat preferido de acantilado.

De esto último se desprende que no tiene sentido ir en busca del león marino galapagueño porque lo tengo a la mano en los malecones de los puertos urbanos de las cinco islas con asentamientos humanos permanentes del archipiélago. No obstante, es conmovedor sentirlos a los leones marinos en lugares propios, remotos por originales, como Playa Escondida y como el rumbo fijo a las calas y barrancos desconocidos que al dar la vuelta a esta ensenada descubriré a paso lento, a ritmo sustancioso. Gracias a los críos de león marino en flor, me quedó el gustillo de un aperitivo sabroso de lo que podría ser el banquete de un intempestivo hallazgo del Lobo Fino. Uno de ojazos negros húmedos, grandes y rasgados; un ejemplar de esos que imponga el círculo máximo de seguridad para que el intruso no perturbe su idílico tiempo-espacio en el regazo materno de Gea.

Remanso Primordial arriba con buena salud y se aúna al encantó del momento de transición a porvenires que se crearán sobre la marcha. Comanda a los sentidos la modalidad de lo visual que es la precursora del caminante, dónde pisar y qué pisar para no irte de bruces; lo que los ojos reflejan es el sendero de los demás sentidos complementarios de la totalidad de la aventura de inventar en soledad radical.

Soy el ser primordial medrando en la naturaleza original de la isla adolescente, soy el bípedo depredador milenario abriéndose paso en la aproximación a los cinco millones de años de antigüedad terrena de Isla Floreana. Hasta aquí, lo conocido es un pasado inmediato de hitos que he reconocido, mientras el futuro inmediato es lo flamante en que colgar hitos a recuperar en el regreso a Puerto Velasco Ibarra. El más allá constituye el dar la vuelta a la ensenada cortando por lo que avisto como una lengua lávica de rocas amelcochadas con su porción de grietas laberínticas que salvar.

Las tres cochas salinas son rectángulos que unidos forman una ele, llenos por encima de la media lucen a tope, reflejando su entorno en la película de agua. Cosecho amplia pintura bucólica: pastizal verde y selvitas de vegetación leñosa cubriendo el lecho volcánico. El conjunto se asemeja al oasis que he preservado en la mente, cálido paraje resguardado del viento y el oleaje por murallas de adobe. A primera vista del gran angular humano y no a vuelo de pájaro, las cochas y su contorno vegetal no muestran especímenes de la avifauna que otrora ocupaba el espacio acuático con lamentos existenciales e intensos rosas de flamencos, sumándose al festival emplumado sendos patillos de cola pintada nadando en las turbias aguas cargadas de microorganismos, golosinas gourmet.

Advertido de que es cosa corriente tardar algo el ver a garzas adormiladas entre el pasto y la vegetación leñosa del otro lado, que en su quietud se camuflan con su plumaje pardo y cenizo, peine despacio los fillos de cada uno de los rectángulos acuáticos y cobré recompensa al ubicar a tres insignes especímenes correspondientes a tres especies de aves de orilla solitarias. Cada quien viene reposando por

separado en su parcela herbosa y, por añadidura, reflejándose en recuadros de la película de agua que recoge la danza nupcial de cielo y tierra. A la izquierda, la garza ceniza Cognata, alta y desmelenada, fiera glotona insaciable; al centro, el búho campestre Galapagoensis, taciturno noctívago de aspecto manso; a la derecha, la garza de lava Sundevalli, amodorrada en su camuflaje de piedra plomiza. ¡Vaya lujo imperdible!

Hago el tramo postrero del conglomerado de lava petrificada, sorteando grietas respetables de la cascada melcocha desciendo a la orilla de molones grises lavados por el oleaje. Las olas reventando en la orilla rocosa se convierten en un halago visual, sónico y olfativo con golpes de brisa oceánica, es una suerte para el surfista imaginario que se cuelga en túneles color turquesa. La cascada melcocha vino engalanada por los verdores de los flancos; a diestra, lechuguines suculentos fruto del humedal; a siniestra, el bosque de manglares bajos que brinda el alivio de corto y directo acceso a la orilla de las calas que desvelarán lagunas mansas a la hora del clímax de bajamar, calas que incorporaré a mis recuerdos memorables dependiendo de si las tortugas marinas salen del agua y cual piedras preciosas se exponen en pálida arena al sol. Lo que sí tengo a la vista son leones marinos variopintos que surgen aquí y allá mientras avanzo por ligero campo de piedras que conduce a la base del gran escalón del acantilado. La tarea que tengo por delante es saber si es practicable el escalón cuando ataque a la roca cimera, prominente y gris.

Asciendo por gentil pendiente de lengua lávica de formas caprichosas, mostrándose tal como se enfrió en su retirada al océano. Atravieso borbotones de fuego magmático estático, un pedacito de la

erupción del volcán submarino que creó la isla hace tantito en la edad geológica del planeta Tierra. Más allá, apenas a metros del espacio seguro que da viada y alegría al “intrépido expedicionario” en busca del Lobo Fino, sigue en paralelo el abrupto y tortuoso filo marino, salpicando espuma de las fauces marrones del abismo. Acá, el tiempo-espacio de las iguanas Venustissimus, se adorna con los tallos mostaza y flores de capullo blanco que brotan del suelo pétreo, son mechones o islas de florecimiento encendido que tiene de fondo la cortina metálica del piélago. Dos ambientes en contrapunto se han tomado el escalón que conduce a Barranco Gris, el pequeño mundo colorido de sociedades vegetales naciendo de un piso exangüe y el inconmensurable mundo del océano que se remite a leviatanes primordiales, y combinan bien en expectante transición de microclimas.

La cima de Barranco Gris revienta en ventosa explanada claro oscura, cercada por una muralla a tierra alejándose del acantilado. El suelo viene ondulado en la plataforma aérea que brilla por la multiplicación de los mechones vegetales de tallos mostaza coronados por capullos azucena. La ausencia de iguanas marinas Venustissimus, indica que no son asiduas a la sombra, vientos y corrientes marinas del tope del acantilado y menos aún a su máxima verticalidad, con extraplomos y una exposición aérea de vértigo, incluso para estos insignes des-escaladores en roca húmeda saponácea. El espectáculo feroz de Barranco Gris culmina en un boquete cargado de ecos de sirena y murmullos del piélago, abriendo agujero perpendicular que, cual rodadera de piedra lisa, cae a un arco que se yergue majestuoso con un pie en el agua y el otro que parte del piso inferior del barranco. De esto último doy razón al descender y volver a ascender a lo alto de

la cascada de molones ciclópeos que trajo consigo una meseta de arena, vegetación leñosa, rocas planas y una placa pétrea levantándose inclinada en el vacío, tomada por iguanas *Venustissimus* al sol y en manada sorprendente.

La potente visión de los ambientes de Barranco Gris copa mis sentidos, asumo que el fin de la búsqueda concluirá teniendo como principal ingrediente del plato fuerte del día, (en conjunto el plato fuerte es la aventura de bordear algo o mucho de la costa rocosa del misterio llamado Floreana), a los jardines, paisajes y agujero negro del acantilado. En todo caso, no encontrar al Lobo Fino en vivo, palpitante, posando involuntariamente para el retrato que hará de él un extraño *Homo sapiens*, no deviene en problema existencial para el buscador. Me digo que el ideal de búsqueda permanecerá saludable en el sujeto de la experiencia. Es el impulso de buscar en uno mismo lo que mueve hacia la soledad radical del *Arctophoca galapagoensis*, de no ser así me habría quedado en casa, sumiso al decadente sujeto del rendimiento cronometrado, y esté preguntándose cómo sería el documental, en primera persona, de una aventura de Don Quijote, siglo XXI, en Islas Encantadas.

Dar media vuelta es parte sustancial de este viaje en brisa de bajar y me eximo de metas que se sustenten en el culto al hombre exhausto, el que no deja espacio-tiempo para el asombro al trayecto de regreso. He superado eso de ser pasto de la fatiga del caminante que se raja en el trayecto de ida como si no hubiese un segundo tiempo que atender en la apuesta del día. Sería fantástico que uno se olvide del regreso porque habría a la mano una suerte de teletransportación al punto de partida de esta jornada, es decir, Puerto Velasco Ibarra. Pero no es asunto de negar y denostar al trayecto de

regreso, así sea pesado en comparación con la frescura de la marcha mañanera. Es el contraste entre la ida y la vuelta lo que completará esta jornada en la intemperie salvaje, negar el regreso sería dejar en blanco las calas de bajamar, sus playitas y piscinas libres de agujajes. Lo cierto es que la única alternativa que abre el futuro de orilla rocosa es poner coto al viaje de ida, y esto es aprovechar la ausencia del Lobo Fino, que no está aquí y ahora para satisfacer antojos.

Sí, cuando la retirada había tomado cuerpo, se materializó el hallazgo intempestivo del Lobo Fino, encuentro que alumbra al sujeto de la experiencia sin enceguecer. Allí está su excelencia peletera a la vista, corpulento cazador submarino en reposo, colgando la cabeza de oso de trompa anaranjada-tomate del lecho que provee luz y sombra, calor y frescura terrenal. Mi posición privilegiada permite un cuadro entero inmejorable, de arriba hacia abajo, del espécimen regio; estoy parado en el mirador que iba a ser el de la media vuelta y no el del hallazgo. Asumo que el lobo peletero lleva horas fuera del agua por los colores relucientes pardos, tomates y grises del doble pelaje. El pelo exterior hace que resbale por el cuerpo el agua lluvia y dispersa las vitaminas del sol; el subpelo es el que mantiene el cuerpo seco, caliente y ventilado a la vez. He observado imágenes de ejemplares recién salidos del agua y su aspecto empapado es marrón con notorias estrías, o tirones de pelo, en el pecho y cuello que dan la impresión de haber sido rasgado por garras afiladas.

Apenas olió en el viento a su favor la presencia del buscador, abrió sus lánguidos ojos melancólicos y se incorporó en sus cuartos traseros lanzando un gruñido y abriendo sus fauces de respetables colmillos se desperezó echando la cabeza hacia atrás sin dejar de

vigilar su entorno inmediato, sabiendo que el bípedo implume no iba a ir a por él teniendo que des-escalar un pedazo de pared conformando una medialuna de vértigo. Por supuesto, no se equivocaba, el descenso vertical más que impracticable es una linda barrera; qué suerte tener un abismo como si fuese el dispositivo que mantenga la mínima distancia entre especies mamíferas. Así que no hay manera de malograr mi instante con el Lobo Fino, está descartada una grosera aproximación del buscador. El contacto visual mutuo vino espontáneo y directo, a cuatro a cinco metros de distancia aérea vertical de la repisa donde él descansaba. La fuga a por lo sano del espécimen salvaje hubiera sido inevitable si las circunstancias, los accidentes del terreno, no se alineaban con el caminante.

Lobo Fino ya tuvo suficiente de contacto visual interespecies, se mueve moroso en la plancha que tiene figuras romboides como si se tratara de baldosas de granito café empatadas por la mano invisible de la erosión. De fenotipo compacto, fornido, musculoso y rollizo a la vez, se desliza hacia delante con sus aletas anteriores flexibles y diseñadas por la evolución para adherirse a la roca seca o húmeda haciendo de él un experto en moverse en cascadas de rocas ciclópeas, sobrepasar escalonados riscos saliendo del océano para secarse y descansar con largueza o entrando al océano para pescar. Se para con vista al piélago de fondo claroscuro y tintes metálicos, y da la espalda al otrora Homo sapiens cazador-recolector, infiriendo mirada de adiós oblicua, lánguida y me animo a decir cómplice. Lobo Fino se tendió de panza, cuan largo es, en la cama calentita de mediodía ecuatorial, a recuperar su sueño primordial interrumpido.

¡Adiós Lobo Fino! Hago el camino de regreso ubicando y siguiendo los hitos naturales a la mano en la línea costanera tortuosa. El instante duró lo que tenía que demorarse en un tiempo inmedible, no hay cartabón que mida un tiempo así porque es recobable. Ha sido capturado el instante con el Lobo Fino, vendrá involuntariamente a la mente a manera de ficción y se prolongará a futuro. Estoy cruzando el último accidente rocoso antes de alcanzar la amplia plataforma-jardín de Barranco Gris; cualquier prisa está de vacaciones una vez materializado el hallazgo, cuando me había resignado a que el suceso quede pendiente sin que por ello descompense la aventura que provocó su búsqueda. Las sensaciones y emociones por venir son un tiempo extra, un valor añadido propio al retorno.

¡Bienvenido Lobo Fino, el vigía! Acabo de descubrir a Lobo Fino, el vigía, a la distancia. Considero que está aproximadamente a quince metros en línea directa perpendicular, digamos que un escalón arriba, desde mi lado aéreo de observación. Comparado con Lobo Fino, el joven, que dejé recuperando su sueño primordial en la plancha de las figuras romboides, este espécimen viene a ser un adulto de fenotipo agosto, un súper alfa circunspecto y de aura venerable. Figurando el vértice de por medio entre dos aristas formando una V pétrea, el peletero vigía se halla estacionado arriba, en sí retrepado en soleada repisa bajo el extraplomo que sobresale de Barranco Gris, cual trampolín al vacío. Yo me encuentro erguido en el rellano de arena que preside el ángulo agudo del acantilado, y que es el paso ascendente a la plataforma-jardín de Barranco Gris. Dueño de un círculo de seguridad infranqueable Lobo Fino, el vigía, luce su porte aristocrático escrutando de espaldas al océano. La masa de agua salobre, en el apogeo de bajamar, desvela campos rocosos cubiertos de algas y

líquenes de tintes ferruginosos brillantes y jugosos por la espuma marina retenida.

Medito en que hubiese perdido el momento de hacer contacto visual mutuo con Lobo Fino, el vigía, si pasaba de largo desapercibido de su presencia vigilante desde la repisa que lo acoge, o si él estaba de espaldas a mi transcurrir. De no parar a escrutar en su dirección, habría alcanzado rápido el rellano de Barranco Gris y una vez en su jardín me hubiese alejado instintivamente del vértigo del trampolín que cubre y sobrepasa la repisa a manera de visera. No soy clavadista por deporte y, la visión de semejante invitación a precipitarse en el vacío, es digna de respeto y admiración siempre que esté en posición de provecho contemplativo, alejado del vértigo tal cual me encuentro aquí y ahora. Asumo que Lobo Fino, el vigía, me ubicó con la vista y el olfato, lo cierto es que se disparó un resorte en mi consciencia porque me detuve para alzar a ver hacia el reclamo de sus ojazos anfibios. El contacto visual se concretó sin más preámbulos que el de reflejar su personalidad mayestática en mi mente diciendo sí, es un lobo peletero distinto al joven aún de hace un instante, es otro individuo en otro instante y tiempo-espacio, y pertenece a la rara especie que estás aprendiendo a distinguir sobre la marcha.

Así acontecieron y se sucedieron dos hallazgos intempestivos de dos especímenes diferentes de *Arctophoca galapagoensis*, ambos reinando en sus lugares e invisibles el uno al otro por los accidentes geográficos de la zona. Tan solo mediaba un tramo de terreno mínimo y el tiempo de marcha entre el adiós a Lobo Fino, el joven y la bienvenida a Lobo Fino, el vigía, fue fugaz. Apenas empezaba a digerir el primer hallazgo de alta intensidad vino el segundo hallazgo de moderada intensidad. En todo caso, hay harto para rumiar a futuro

cuando las imágenes de Lobo Fino, el joven y Lobo Fino, el vigía, rueden en lo espontáneo por venir, cada cual en su dimensión adquirida, allá en la mente del sujeto de la experiencia. No quepa duda que el primer encuentro generó el segundo encuentro, y que con Lobo Fino, el joven, hubo singular conexión por la cercanía interespecies sumando a ello la inminente decisión de retornar a puerto con suficientes arrestos para que la vuelta no encarne a la fatiga y el desencanto.

Lobo Fino, el vigía, vino a ser el extra que hizo del inicio del retorno un acontecimiento festivo. El contacto visual fue moderado en su intensidad temporal por los quince metros de distancia de ser a ser y, de facto, por la barrera abrupta que al bípedo transeúnte lo separaba de la repisa aérea que a gusto la tenía por inalcanzable e impracticable para sus básicas habilidades escaladoras a la intemperie. Y a gusto fue también para el consumado escalador natural de paredes escalonadas y húmedas que es Lobo Fino, el vigía, que si no fuese así no se atrevería a sortear de arriba a abajo rocas en cascada de vértigo. Cómo sería de divertido verlo al bípedo implume sumido en su retorno de mediodía, a caballo entre el cuidado instintivo y el ser peripatético. Es decir, sería un goce platónico verme a mí mismo con los ojos del vigía. Verme desde arriba sumido en visiones a la vez que la máquina biológica impele al caminante que porta el mismo corazón del cavernícola para capear lo agreste. Contemplo al mismo tiempo que evito caídas catastróficas, aunque de súbito y en moción lenta puedo ser presa de golpes ridículos que duelen al sujeto de la experiencia y que le provocan ira e indignación por haber sido resbalones eludibles.

La boca del rodadero fruto de caprichos eruptivos, emite ecos de bajamar que auguran calas con playitas y lagunas que estaban escondidas a la venida y que cursando el mediodía serán paisaje inédito allende la plataforma-jardín de Barranco Gris. Hago el descenso a la orilla sinuosa de arena cercada por campos de piedras menudas sueltas, hierbas rastreras rojizas y manchas verdes de manglares de avanzada. En las postrimerías del escalón que combina un filo de vértigo marrón, desniveles de locura, con racimos de flores brotando cual creaciones impresionistas, retrepados en roca acaramelada del parapeto dentado que parece brotar de de las fauces de un leviatán varado, se agrupaban piqueros de patas azules. Tal vez una docena de estas aves pintan de gracia alada la acuarela de la tierra, el mar y el cielo que en un pestañeo fueron tomados por volandera garúa.

Dejo los ambientes pardos y grises del tiempo de acantilado, dejo la garúa volandera para meterme en la caleta de la piscina turquesa. Apenas superando el largo muro rocoso que se difumina en aguas serenas, me sorprende el reflejo de la orilla marina viviente. Qué más vívido que las tortugas marinas de carey compartiendo espacio-tiempo con sus primas hermanas las tortugas prietas. El paisaje de las tortugas marinas entró por los ojos completando la transición del silencio sobrio y a la vez rugiente del Barranco Gris a la fantástica realidad de laguna y playita de arena cremosa granulada. El asombro acudió raudo como si fuese la primera ocasión que tras amigable promontorio de roca lávica reviente un mundo de reposo veraniego para exhaustas tortugas marinas que cruzan océanos por sí mismas, atraviesan distancias inimaginables para cualquier distraído peatón, para desovar en esta isla o de hecho solo para hacerle el quite

a su hado peregrino. Asumo que es una pausa deliciosa tras los peligros salvados ayer para volver a nuevos peligros que salvar mañana mientras sea presa del bípedo implume: el exterminador planetario por la gracia de los apóstoles de la entropía máxima.

Cómo explicar estas obras de arte migratorias, palpitantes, que en sí son las tortugas marinas; seres de alcurnia eónica reptiliana, especímenes que impresionan con sus escamas de figuras geométricas de rabo a pico, pinturitas de aletas inferiores y superiores. Embelesa el caparazón fúlgido matizado por colores monocromáticos, encanta el caparazón que irradia pinceladas abstractas de carey. Las escamas de la cabeza son óleos del cubismo biológico, de líneas blancas dividiendo y dando forma a un mosaico evolutivo en la escala de colores marrones y derivaciones de fuegos encendidos por la luz del mediodía.

De hecho, es valor adquirido lo de asombrarse de repente en los circuitos personalizados que hago en las cinco islas que tengo permitido crear y recrear instantes que se alumbran por sí mismos y se apartan de la caverna globalizada en los móviles. Fue la primera vez que aterricé en estas calas de bajamar, con tortugas marinas de por medio, que serán barridas por el oleaje de la marea alta en su apogeo crepuscular. Me quedo con su mediodía fastuoso y tomo sin regresar a ver el atajo laberíntico de la lengua lávica petrificada por encima del humedal reverberando.

No recojo los pasos del remanso camuflado entre verdes matas, y no echo en falta las aves de orilla de la mañana porque es otro devenir; vuelco mi tiempo-espacio de retorno en re-andar más allá de

Playa Escondida con rumbo fijo al puerto. Estoy en terreno que conforme se aproxime al Portal de Las Botellas, será más reconocible el final del regreso, entretanto quemaré etapas para que de sus cenizas surja la iguana marina Venustissimus.

A ritmo de galápagos

En el planeta de los humanos muchas comparaciones despectivas y que denotan perversidad de los individuos de la especie dominante, se sustentan en el comportamiento y en las imágenes de los animales puros salvajes. De facto el que va a ritmo de galápagos es el galápagos pero ella, Tilda, quiere experimentar, en el sitio preciso para ello, lo que es ir detrás de una tortuga gigante. Desde que pisó Isla Isabela con esa fijación a cuestas, está siendo acusada de pasiva por parte de Inti –ya con huecas palabras, ya con cansino lenguaje corporal–. Inti ha venido a ser para Tilda un índice de velocidad, es el ser que funge de idóneo espécimen posmoderno. Si ella no va a zancadas de manicomio, Inti la culpa de estar perdiendo el tiempo y, lo peor, hace que él gaste su tiempo rápido y fugaz en la vida lenta que ella propone acá, y la sola mención de bajar revoluciones lo pone fúrico.

Inti es como es o sea la esencia de la bestia humana apurada y parlanchina, mantiene su frenética existencia aun estando de paseo en las Islas Encantadas, y es algo incomprensible que a él le digan que vaya a paso de tortuga y aproveche en modo recogimiento su libertad de acción en las islas que vino a peinarlas en ocho días, en realidad vendrían a ser seis días completos quitando las dos jornadas de viaje aéreo del continente a Isla Santa Cruz y viceversa. Cómo es posible que Tildita afirme que no hacer nada es estar más ocupada que nunca, es exasperante que semejante conclusión filosófica del oscurantismo se ponga en práctica en la época de la cotidianidad

automática y venga de alguien que pertenece al mundo del sujeto del rendimiento.

¿Qué me dices, Tilda?, no es chiste, busquemos un senderito primitivo de tortuga y literalmente vamos detrás del galápagos que encontremos avanzando en radical soledad sin perturbarlo, caminando a prudencial distancia a su ritmo... ¿serías capaz de poner real distancia y tiempo con la bestia humana apurada y parlanchina? Vendría a ser un lindo experimento en la época donde la velocidad prima anulando la introspección natural del individuo mental, es corriente que hasta a la calma espiritual se la empuje al precipicio de la prisa histórica de la stupidización callejera. Para él, ir a paso de tortuga es estancarse cualquiera sea la circunstancia en que se halla inmerso como velocista de su tiempo-espacio, no importa si está en las meras Islas Encantadas, donde las tortugas gigantes son saludables paradigmas de larga existencia. La psicoterapeuta va a mandar bien largo al carajo al resto o sea al apuradito de Inti y ser lo que quiero hacer de este instante: una oda a la vida lenta.

–Tildita vámonos, por favor. Estás atrofiada en tus marchas, pareces tortuga a propósito. ¡Crono-apúrate!, tenemos el tour de bahía y observar a los pingüinos tropicales es tan caro como entrar al zoológico de San Diego, pagué por avistar al menos una docena de pingüinos ¿sabes?... Aquí no hay nada que mirar y no hay nadie civilizado a la vista a quien preguntar si ha visto algo imprescindible de ver. Madrugamos para venir a este lugar horrible, lleno de mala vibra, no perdamos más el tiempo en esta soledad de piedras y fantasmas de sufridores cargando para levantar desquiciada pared de catálogo turístico –berrea al viento Inti–.

Inti, apenas llegando al umbral del Muro, se empacó y se desentendió de continuar a pie más allá del parqueadero de bicicletas, se aburría a morir, no subió a Colina Radar para en la cima beneficiarse de aromática y melódica claridad ambiental mañanera que, en estos lares, constituye raro bocado del Olimpo. Hizo ascos a las profundidades eléctricas del océano Pacífico, donde se mostraban las siluetas de Isla Floreana e Isla Santa Cruz. No hubo para él sendas vistas panorámicas a la cercanía de Isla Tortuga y Bahía Puerto Villamil, siguiendo la línea costanera a sureste; no hubo vistas de la zona agrícola y de la cordillera de Sierra Negra, al norte; no hubo vistas del volcán activo Cerro Azul, destacando en nitidez al suroeste tras veinte kilómetros de espeso bosque seco tropical brotando de piso volcánico. Inti pasó de capturar el instante desde un mirador privilegiado. Sí cubrió en bicicleta el trayecto de cinco kilómetros al mentado Muro, a toda máquina y gritando cual poseso por costumbre, simulando que entraba en carreras con Tildita que es tan veloz como él en bicicleta y casi en todo lo demás, pero se mostró reacia a tragarse el Camino de las tortugas a su costado y, cosa de locos, se ha olvidado de los selfies de rigor. Ella no estuvo puntual para los selfies con dos tortugas gigantes que con fastidio y pesadez dejaron de caminar y escondieron la cabeza emitiendo fuerte bufido gutural. A él que se enfaden esos reptiles mansos le vale un rábano, lo que quería es superarlos igual que a los especímenes de los costados que rebasó como a piedras incrustadas en la vegetación leñosa, no los considera animales deslumbrantes como los grandes felinos del zoológico de San Diego. De un plumazo hizo suyo todo lo que había que sentir por acá y su lógica viajera mandaba a mudarse a otra cosa

que acumule selfies que prueben que viene funcionando a tope en las Islas Encantadas.

Tilda, está resuelta a experimentar la fauna y flora del bosque primario por sí misma, no hicieron mella los reclamos de Inti llamándola de vuelta al redil de la bestia humana apurada y parlanchina. Ella va a extraviarse, a sembrar y cosechar en un tiempo valioso por recobable en la memoria del existente vividor, memoria mágica que no es la del otro que tal como es jamás se unirá a ir detrás de un galápagos moviéndose majestuoso en su hábitat.

—Aquí me quedo, vete tú, estoy a gusto con las lagartijas, ¡Inti, qué lindas lagartijas de buche rojo hay por acá! —replicó duro y claro, invisible desde cualquiera de los altillos miradores de Colina Radar que en conjunción con el Muro logran anfiteatro acústico que puede ser templo de silencio recogido en los trinos de cucuves, pinzones, canarios y copetones o una fuente de estridencia estremecedora de humanos en cháchara—.

¿Qué fue esto?, has respondido con inusitado énfasis que despachó de ti a Inti. Silencio, divino silencio en la fresca mañana que conforme viaje al mediodía se volverá un horno seco tropical y para la hora del bochorno ya estarás envuelta en brisa playera. Inti se marchó en fuga, aullando y resoplando por esa picazón alérgica preludio de la angustia que lo ataca cuando percibe que ha perdido el tiempo y el hombre corre desesperado hacia el futuro. Ido el estorbo estás forjando el instante prístino e imbuyéndote del espíritu de lo primordial, más allá de Colina Radar y el Muro. No sabría decir si acabas de ingresar a una suerte de estado de conciencia alterado, lo verídico es

que de repente vas absorta y dichosa por un senderito propio de tortugas gigantes. Se nota, mira la huella irrefutable de la pelotita de bagazo...

Tilda se colgó de un tiempo inmedible tras el recodo que la acopló al paso rítmico del quelonio gigante que había expulsado la pelota ovalada de bagazo, espécimen que copaba el ancho entero de la trocha imperdible, pues, espeso sotobosque y cúmulos grises de aglomeraciones de roca volcánica cerraban el acceso a los costados. Sin duda se había topado con un ejemplar impactante, aunque tiene de él su figura posterior, por el juego de cuernos o cúpulas sobresaliendo de lustroso caparazón tipo galápago, es tan vistoso como el regio individuo que estaba nutriéndose cerca del lado escondido del Muro, con el cual se inició en la abstención de selfies, se abstendrá de usar a especímenes en estado salvaje para salir ñañitos en retratos manidos que pasado el rato ya son obsoletos como trillones de imágenes alrededor del orbe que no son para el mañana sino para la desmemoria instantánea. Los selfies de ayer no fueron remitidos a las redes sociales para que en un santiamén cósmico se redirijan al basurero fotográfico del ciberespacio, ayer mismo le resultaron repulsivas las imágenes de ella y él en los aeropuertos de Quito y Baltra, de ella y él en el avión, de ella y él en Canal Itabaca, de ella y él aguardando en el muelle de pasajeros de Puerto Ayora el traslado horripilante en lancha rápida a Puerto Villamil, Isla Isabela. Fue providencial el hecho de que le provocaron hartazgo los selfies de ayer y como nunca postergó su envío a la nada social, y el resultado es que aquí y ahora borra esas imágenes y va más allá aún: resetea a fondo su dispositivo celular a manera de una depuración mental y limpia del alma impostergable. No desdeña lo que cosechó ayer, fue

un día memorable como preámbulo de lo que resuelve hoy, el impacto de arribar a Galápagos y no desencantarse de entrada sino encantarse de verdad al punto de suscitar terremoto interior que fue auténtico propulsor de su renacimiento. No necesitó para encantarse de la oferta animada e inanimada que se vende en catálogo versátil, a la medida adquisitiva del viajero.

Vendo, vendo, un viaje soñado a Isla Española, sin parangón en el avistamiento de albatros galapagueños... Muy tentadora la oferta, aves majestuosas al filo de la extinción que no verás por ti misma, sin embargo eres afortunada, acabas de adquirir un recurso turístico invaluable porque no existe en mercado alguno, ir por un caminito que se transforma en serendipia. Te apagué móvil de última generación, y ganas tengo de estropearle del todo plaga maldita pero me niego a cargar tu chatarra todavía. Qué ritual iniciático fue resetearte hasta la médula de tus fibras hipnóticas, este bicho va a ser tu esclavo de silicio y no al revés tú la esclava de carbono del bicho. Bravo, fuiste capaz de neutralizar a la cosa como psicoterapia de la sicoterapeuta de prestigio que eres, que no te ubiquen Tilda, en especial el señor que sabemos va a desesperar por tu desaparición y retirada de su gran vuelta a las islas en un abrir y cerrar de ojos. Es elemental, date cuenta animalito bípedo veloz, entérate que Tilda vive en soledad radical y vas a respetar la distancia de seguridad que te ponga así como ella respetó la distancia con la tortuga gigante que distendida devoraba espinada hoja verde de cactus opuntia, o mejor de cactus candelabro porque es fascinante la forma que da su nombre. Aquí con la novedad de que vas caminando a paso de galápago, ¡qué delicia chistosa! Tú la apurada por el apurado, no te sientes lenta por detrás de tu monitor que te ha contagiado de su cadencioso andar con rumbo

fijo. Oye, Tilda, no tuviste que seguir un curso para ralentizar tu tranco de torre citadina, sintonizamos de una con él. He sido feliz sorprendida por la sicoterapeuta que acá no está sujeta a la prisa de las arterias de megalópolis artrítica y ahumada. El camino es largo y estrecho en contraste con el tiempo que se expande a los costados en el bosque leñoso infranqueable y prohibido para vos, no así para las especies que perviven acá donde tú estás de paseo nomás, ida por vuelta en un senderito reconocible por tus huellas marcadas en el suelo arenoso, te topará con ellas cuando retornes al punto de partida en el Muro.

Tres cerdos cimarrones huyen a galope, por un instante la alivio comprobar que acá no existen jabalíes con ansias de embestirla, tampoco eran especímenes endémicos inocuos, aunque se presenten simpáticos y saludables, sino individuos descendientes de la especie invasiva traída por colonos del continente y que al escaparse del corral cambiaron su naturaleza doméstica a un estado salvaje, estos depredadores se han venido prolongando por generaciones y, a pesar de la sacrificada labor de control y exterminio de plagas por parte del personal de Parque Nacional Galápagos, subsisten cerca de los humedales. Tilda figuró a los puercos cimarrones escarbando con sus poderosos hocicos y pezuñas en los nidos de huevos de las tortugas gigantes, e inferir que junto a gatos y ratas son los devoradores de embriones de la especie insignia llamada a poblar estos pagos.

Pronto se distrae con el trajín de los pinzones de Darwin capturando semillas nutritivas del bagazo extendido que han hecho de las pelotas ovaladas, ahora es paja envejecida y tostada en el horno tropical, colige que son detritos de otros quelonios adultos que tomaron su rumbo fijo por la trocha horas antes que el gran espécimen que ella sigue. Se maravilla sobre la marcha de la actividad de los

pinzones, sabía que éstos eran diseminadores de semillas pero no cómo aprovechan la vida que los galápagos esparcen en sus residuos biológicos donde ha podido distinguir, -oh, sorpresa-, frutos enteros digeridos y expulsados de manzanillo, motejado el árbol de la muerte. Las distracciones del sendero ayudaron a conservar la distancia de seguridad con el galápagos que continuaba avanzando a su ritmo, sin detenerse para esconder la cabeza y bufar de enojo por el rebasamiento de cualquier humano transeúnte. Tilda concluyó que la bicicleta estaba bien para dar vueltas en el pueblo y en las vías asfaltadas. Andará más, en lo posible descubriendo trochas de los guardaparques, y será consciente de sus pasos ajenos al relajo de grupo.

Atenta, Tilda, noto cambio de ritmo y disminución de velocidad de nuestro espécimen monitor, presiento que va a girar a la izquierda para internarse en la maleza espinosa y chao... nos manda a frenar del todo, a la vera del senderito se metió en su hueco, agujero, casa o cueva cubierta por ramas leñosas. Pero qué lindo iglú tropical te has montado y de cama mullida de tierra arcillosa hecha a tu semejanza, aquí estás bello durmiente con tu cabeza de anaconda y cerrando los ojos distendido, estirando las extremidades anteriores y posteriores mostrando tus enormes manos y pies, libres y al aire las garras de excavar, poderoso y frágil a la vez. "Oye Tilda, me voy de siesta, ya puedes retirarte en paz". Y es lo que haces para no dañar la captura futura del instante.

De regreso al Muro la recibió un concierto de cucuvas trepados en lo alto de las rocas grises, se recogió en el silencio cantor y tomando una piedra redondeada y porosa, negra azabache, de aproximadamente once libras de peso, la empató en el espacio inferior

de la muralla. La roca milenaria calzó como un acto simbólico de solidaridad con los reos que levantaron la pared que despidió potente y cautivadora energía íntima. De repente se escuchó invocando al Espíritu del Muro, y tuvo horrendas visiones de matanzas de tortugas en el sitio, luego vinieron secuencias redentoras: cazadores y traficantes de especies huyendo aterrorizados por el guardián de las tortugas y los ruiseñores de volcán Cerro Azul.

Rey Iguana

Estás penetrando a una zona peligrosísima, a una abominación no vista hasta ahora en estos pagos de Abraxas inspirado..., bromita nomás era porque vas rumbo al mar y sus murmullos eléctricos y las formas salobres de artríticos mangles, andas en pos de calzarte los ojos oceánicos del vate Neruda y ver más que ayer como decía el artista pintor Mora. Vienes atravesando un segmento del infiernillo paradisiaco que es el bosque seco inédito y los aromas de palo santo como referencia aromática del conjunto vegetal selvático. Amiga Tilda, escapaste por los pelos al senderito de guarda parques que se ofreció a tu sed de silenciosos y encuentros cercanos con los ojos de las tortugas y los trinos de ruiseñores del alma. Los ojos del gran angular de la bípeda erguida se han llenado de gozo con la vista del juvenil galápago, ¿macho o hembra, qué mismo será?, para la ocasión suena bonito describirlo como epiceno de faldita escotada y escamas relucientes; “qué cinturita de la niña prieta”, podría haber dicho Inti si tuviese tiempo-espacio para quitarse la camisa de fuerza de la bestia humana apurada y parlanchina y escurrirse de la ruta de los existentes ávidos de selfies. Vaya que estuvieron cerca de alcanzarte el grupo de azuayos simpáticos a la distancia; oh, distancia, cuán propicia fuiste borrando a Tilda del camino de esos endemoniados pedaleando y a un tris de rebasarte. Se desquicia la gente alegre que en el desayuno fungieron de turistas moderados, será que montan en bicicleta y creen que están sufriendo a la montaña rusa del mundo Disney, o peor aún a la Máquina Infernal, lo verídico es que se transformaron a tus oídos saludables en horda invasiva, auspiciados por el comandante Gritón. Apenas lo escuchaste vociferar “¡longa loma, puerca loma, sucia

loma...! ¿dónde te escondes imberbe que no te veo?”, asociaste por el acento cantarín inconfundible que era el jefe del grupo del desayuno en el hostel Copetón. Rodaban en pos de Colina Radar y el mentado Muro, el comandante Gritón ansiaba finalizar el trayecto y de ahí su reclamo existencial de “longa loma... etcétera”.

Tilda mía, actuaste por reflejo y desapareciste en el senderito providencial que asomó a mano izquierda como ente salvador de psicoterapeutas en apuros. Adiós comandante Gritón, la prisa te carcomía desde que crono-apurabas, al puro estilo Inti, tu mañana en la isla que te habías propuesto peinarla en veinte y cuatro horas, incluida pernoctación de por medio. El grupo tenía que cumplir metas importantísimas como esa de “a la una almorzamos para irnos bien comidos en la puerca lancha”. Salud a estos espíritus australes, son de antología, ¿qué dices?, embarcarse bien comidos en lancha rápida y arrullados por el océano profundo de la tarde, coraje no les falta.

Te encanta husmear en conatos de bifurcaciones de senderitos que al cabo resultan desviaciones a distintos hogares de tortugas gigantes, aquí tienes uno lindo Tilda, ¿lo vas a tomar? Sí, husmea donde te apetezca, eres la tirana de tu tiempo-espacio, dale a ver con qué te encuentras al tope... ¿Viste?, esto es lo que te preparaba el desvío que decidiste experimentar: un galápago de respetables dimensiones está babeando y tosiendo fuerte como queriendo expulsar algo del interior del pico que si no fuese una herramienta para cortar hojas espinosas del cactus daría terror hacer contacto ocular con el espécimen de marras, si te mordiera te volaría un par de dedos fácil, en todo caso la realidad dicta que la especie depredadora por antonomasia es la tuya mi estimada Tildita, y él lo sabe desde que su

especie guardó en su memoria el peligro inminente que significa contactar con la bestia humana. Pocas historias habrán de amistad sincera y perdurable entre galápagos y cristianos, la única que conoces bien y te ha conmovido es la relación del finado Solitario George (el galápago centenario que fue obligado a abandonar su divina soledad en Isla Pinta) con el finado Fausto Llerena (guarda parques que cuidó, en cautiverio, de principio a fin a la última tortuga de Isla Pinta). Mira tú, nuestro espécimen escupió un trozo de madera o algo así, vaya que en la escasez de todo, todo es alimento para estos campeones de la supervivencia, ¿te parece poco aguantar hasta medio año sin comer ni beber? Así cuentan los científicos, y es preferible exagerar a quedarse corto en nuestra admiración por estos adorables gigantes. Y a la verdad la capacidad de la especie de aguantar meses sin agua ni comida ha hecho que esté al filo de la extinción. Imagina, Tilda mía, el chollo para piratas y otras yerbas tóxicas que incluyeron en su dieta a la carne viva de galápagos raptados para ser consumidos en travesías largas alrededor de los siete mares. Recupérate panita campeón de la auténtica resiliencia, nos vemos al regreso del suave descenso a lo desconocido marino, si todavía estás medrando en los alrededores.

Conforme te sumerges en la brisa del piélago que acaricia a la isla, viene un crescendo del compás melódico de olas chocando o lamiendo la orilla rocosa que deja al descubierto caletas de ensueño de arena gruesa pintona que incluye conchas machacadas por la erosión. Soñaste con piscinas de aguas cristalinas teniendo de bañistas tostándose al sol a hieráticas iguanas marinas y a ligeras y huidizas lagartijas endémicas; estás hecha amiga Tilda, vas a pintar ese sueño y exclamar: oh, frondoso y retorcido mangle de avanzada,

en tu regazo voy a tender la cama playera. Tal maravilla es lo que te aguarda al final de la vegetación leñosa y pajiza que cede a tupido verdor de orilla, tuviste un adelanto de bajamar festonada de caletas combinando grises volcánicos con piscinas turquesas cuando tu gran angular capturó pinturitas nítidas desde lo alto de Colina Radar.

Las tortugas gigantes no habitan el piso biológico que forma la barrera vegetal de hiervas rastreras que precede a la orilla rocosa, y para ti sería impenetrable si no existiese el estrecho senderito recién mantenido y desbrozado a los costados por los guarda parques, y que nos place estrenarlo con los pies, ojos, orejas y olfato. De no tenerlo a disposición de la curiosa psicoterapeuta no habría un acceso gentil al pedacito de línea costanera que se viene a ritmo de lagartos marinos. Este laberinto de verdes matas entrelazadas entre sí traen la figura de una red del Reino Fungi en exteriores, y acá es de alivio saber que brillan por su ausencia los monstruos venenosos tipo serpientes o esos terroríficos dragones monitor, de filosa dentadura carnícora, que inyectan de baba infecta de gangrena a su presa para dado el momento tragarse a mordiscos a la víctima muerta o moribunda. Aquí, amiga Tilda, nada de miedos atávicos a tus antiguos depredadores, no eres presa más que de tu intuición galopante, y es difícil andar distraída, di tú en modo paseante de vitrinas de supermercado, donde compras poco o nada pero anhelas todo lo que se ofrece etiquetado a diestra y siniestra. Percibo que no anhelas cosas provenientes de los santuarios de la tecnolatría cuando se activan los cuatro ojos que tienes para ver más que ayer. Diste en el clavo, entraste de lleno en el territorio donde anidan las iguanas marinas; ¡alerta, alerta...!, comienza el movimiento de godzillas en miniatura, van saltando al

senderito colas, partes de cuerpos y cabezas dragoniles que emergen del país del Rey Iguana.

Presientes, Tilda, que algo memorable va a suceder porque surgen espaciadamente pares de iguanas erguidas, ya atravesadas a lo ancho o ya apostadas a lo largo del senderito flanqueado por paredes vegetales. Fíjate que no vienen formando el cuadro relajado de individuos de sangre fría estirando sus miembros anteriores y posteriores al máximo para tomar las vitaminas del sol que elevan su temperatura interior corporal en aras de digerir a plenitud su dieta de algas submarinas, sino más bien están adoptando impasible y solemne pose de guardianes del territorio del Rey Iguana. No es más un presentimiento sino una realidad incontrastable: pisas una plaza sagrada destinada a rituales del mismísimo Rey Iguana. En todo caso no hay marcha atrás, todavía te brindan espacios libres de roce interespecies, y ellos hacen caso omiso al paso sigiloso de la intrusa, que es decir que aupan tu resolución de continuar. ¿Intrusa?, sí, eso eres Tilda, no es que te has incorporado al paisaje natural como si fueses parte de una especie endémica de la isla, y la consciencia de no serlo es lo que hace que te sientas una alienígena de vacaciones en este pedacito impoluto del planeta poluto. Estos soberbios especímenes guardianes auguran algo mayor que se nos aproxima porque, no te engañes, vas directo al encuentro con el ser reptiliano que ya imaginas porque te ha sido anunciado dentro de ti como una fábula, estás sobre la marcha en lo que viniste a buscar fuera de la perenne bulla y gases tóxicos de megalópolis: realizaciones intempestivas.

Se viene, se viene, esto es orgiástico Tilda. Detente y apenas respira,

controla tu impulso de gritar de alegría, relájate como la buena psicoterapeuta que te dicen que eres para otros y solo para ti misma, es el momento de crear involuntariamente imágenes, texturas, olores y sonidos prístinos memorables, sin selfis percibles en lo instantáneo intrascendente, hiciste lo justo al darle su sitio al bicho que te inyecta el metaverso de todos los días, refundirlo entre la ropa sucia hasta que sea rescatado por ¿quién?... En efecto, por Tilda, la amante de la psicoterapia como sucedáneo del paraíso en los pulmones podridos de la posmodernidad. ¡Grosera!, respeta tu profesión para eso aúllas a rabiar en las redes sociales que la profesas siendo ínclita profesional a la manera de los críticos amnésicos del celuloide tipo Boyardo, Bayardo o Boyero. Chica, da lo mismo cualquier nombre si captas la esencia de la idea. Basta de bromear contigo misma, amordaza a tu risa de bruja urbanícola, ¡silencio, Tilda mía!, acaso no sientes lo que tienes a tus pies desde este escalón privilegiado, contempla y asómbrate mucho más que Napoleón ante las pirámides egipcias cuando dijo algo así de solemne a su tropa invasora efervescente: “valientes guerreros tres mil años de civilización los observa”. Acá tenemos a un eón de vigencia de los dragones ancestrales expuesta en una iguana marina fuera de lote. Entérate chiquilla, estás ante el Rey Iguana que es monocromático por derecho adquirido, no viste colores porque no los necesita para ser cautivante, vaya que es tan apolíneo como te lo imaginaste en tus sueños húmedos, dobla el tamaño de las hermosuras reptilianas resguardando su círculo íntimo. Ya te quisieras la estampa de una sola de esas beldades antediluvianas, ¿en modo bípedo humano?, por favor no digas burradas... perdón por el lapsus, hemos resuelto que en este mundo cero alusiones despectivas abusando de la inocencia de los animales puros, corrección: por favor no digas humanadas, ¿oíste bien?

Playa de los cerdos

Tilda, ayer tomaste el lado derecho de lo que ahora sabes es una bifurcación inconfundible de trochas que te han dicho que antaño eran rutas autorizadas para cazadores de especies invasivas. Formas de plásticos de bebidas hidratantes y de gaseosas medio venenosas resaltan en el bosque casi-prístino como mensajes de la globalización de la basura sintética diciéndote: te perseguiré a donde vayas para recordarte el mundo que habitas fungiendo de connotada psicoterapeuta. En todo caso, sugieren que de repente estos senderos son transitados por cazadores que han pasado a ser furtivos puesto que carecen de permiso del Parque Nacional. De hecho creíste escuchar la detonación lejana de vetustas escopetas de perdigones, has tenido la suerte de no cruzarte con ningún cazador furtivo acompañado de jauría hambrienta de canes mestizos, de esos que meten miedo con la sola visión de un encuentro fortuito.

En este punto irrumpe en la memoria el fallido intento de alcanzar las piscinas naturales del criadero de peces Trucha feliz, beneficiándose del río Cabra cuyas aguas templadas, bajando de la altitud del súper-páramo de la cordillera oriental, arriban dadivosas a suelo subtropical andino. Cuán melódico es el dúo que hacen la corriente activa y las piedras pasivas, cuando el líquido freático de la vida terrenal recogido en lagunas de Montañas Azules descienden a bañar de arcoíris el verdor del paseo ribereño que prometía un colofón de dibujos animados en las piscinas del río Cabra. Al cabo te fue esquiva la morada de la trucha arcoíris, ¿talvez te faltó tener la

ambición de pescar y tragar? No hubo tal, cuando parecía que, salvando el portón y el letrero que invitaba al lugar de la trucha dichosa, los astros se alineaban en aras de completar una mañana bucólica. Asomó inesperada jauría de pequeños canes que, en principio, supusiste superables apenas infiriendo una de tus frases hechas preferidas de los juegos de la infancia en Huertos Familiares del Aguacate, “quieto animal feroz que yo nací antes que vos”.

Vana fue tu intención de solventar el momento soltando a pulmón tan alegre frase de la niñez que fue propicia para el juego con tus canes entre árboles de aguacate generosos a la hora de la cosecha. Lo dicho en las orillas de río Cabra, hizo el efecto contrario; ayudó a exacerbarlos el efusivo ademán con movimientos de manos, lo cierto es que se disparó inimaginable instinto de guardia en los pequeños canes que de súbito los agigantó ante tus ojos y por reflejo defensivo retrocediste pasito a pasito sin dar la espalda al peligro hasta que diste de nuevo con el portón y con sigilo dejaste atrás la zona de seguridad de los custodios del hogar de las truchas felices. Los perritos que, en un santiamén, se tornaron en una suerte de demonios de Tasmania, volvieron a ser mascotas de campo y dieron media vuelta hacia el llamado invisible del súper-alfa. Un silbido distante, apenas perceptible a tus oídos, les bastó para que retornen a la mansedumbre de donde brotaron, a galope se esfumaron en el sendero sinuoso que se sumió en el silencio devolviéndote a la hermosura ribereña y al recogimiento de la mancha de bosque primario que te abrazó con sus múltiples extremidades epífitas.

Lo que figuras acá, en el bosque seco de tus despertares, no son podencos de oficio sino parte de la población de animalitos flacos,

descuidados y para desgracia de ellos amarrados cual escoria perruna en un patio sucio, pues, no fueron levantados por sus dueños para ser canes altivos ni guardianes del bosque ni de nada que no sea la piltrafa diaria que reciben por existir en el pozo de las mascotas degradadas. No dudes de que en principio pondrán mucha gana a la cacería y serán aguerridos perros motivados por la circunstancia de escaparse unas horas del estado miserable y de podredumbre que habitan en el lado siniestro del mundo perruno así como otros residen benditos en sus hogares privilegiados dentro del perímetro urbano y rural de Puerto Villamil, haciendo que el contraste de calidad de vida entre perros afortunados y desgraciados sea contundente a simple vista. Pronto se desvanecerá su ilusión de engullir carne palpitante y beber sangre fresca al sufrir la dureza del terreno ardiente sobre la marcha, padecerán las almohadillas de las patas atendiendo el voluntarioso instinto de perseguir a la presa por fuera del senderito, topándose con aglomeraciones de rocas volcánicas que en sí son barreras de respeto por los múltiples filos que genera su constitución porosa y, por añadidura, pincharán los cardos y espinas provenientes de árida vegetación. Los pequeños demonios guardianes insobornables de las piscinas de la trucha dichosa, sí fueron de miedo y respetables en la memoria, estos canes de acá darían lástima si llegases a ser testigo de su retirada, los verías hambrientos, desollados y tristes tras su batalla contra la nada perruna.

Ahora ya no te engañas, y lo tuyo es suscitar retiradas de artista guerrero tipo Don Quijote, y aullar ¡hice heroica retirada de tal o cual lugar! De acuerdo, Tilda mía, no hay parangón a la retirada heroica del Quijote, aquella plasmada en la poesía de León Felipe y elevada por el trovador de los setenta, J.M. Serrat, a música ritual. A ti, que leíste y

sentiste los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, te viene cual relámpago iluminador el contenido del Capítulo que es relevante aunque esté escondido porque es una casi-aventura, es memorable porque en ti es una aventura completa. Sí, el Capítulo XVI, que pone a D. Quijote a lidiar con uno de los ramplones de su tiempo y que, por inercia, devino en un ramplón vigente a tope en esta época de la prisa histórica por tumbar árboles.

En este viaje sintonizas con el Montalvo que no se resignó a que D. Quijote, vencido en su suerte de duelista por arte de vil engaño consumado por el bachiller Carrasco, se viese obligado a volver a la cordura letal de Alonso Quijano, el hombre que en su insana lucidez hizo testamento y murió allá por el siglo XVII. Conforme a Montalvo, y a lo que a ti te incumbe en tu propia experiencia, D. Quijote sigue cabalgando, sigue avanzando incontenible en la vida lenta, es parte de la mente que no prescribe ante el tiempo y las aguas. El Quijote de Montalvo, en su calidad de imitación del inimitable Quijote cervantino, subió a la altitud interandina del pedacito de planeta llamado Ecuador y renació para librar singulares batallas, se batió donde sea que fuese propicio la intervención de su genoma emancipador en la cuarta salida a finales del siglo diecinueve.

Cómo no Tilda mía, te escucho alto y claro, tu propuesta de aventura o casi-aventura que para tu circunstancia viene a ser alternativa encomiable de lo quijotesco, es asenderear a ritmo de galápagos, ¿acaso esto no es un sucedáneo de vida lenta en las Islas Encantadas?, lo es y es pragmatismo puro de tu parte. Y la coincidencia es que el mismo galápagos que te condujo por un sendero regenerador hasta que se guardó a sestear en uno de sus tambos,

está a la sombra de la opuntia que sobresale en la bifurcación, está devorando una hoja grande, verde y succulenta que le ha cedido su proveedora de fibra y agua. Se ha fijado en ti, te reconoce tal cual tú lo haces con él por su tamaño extraordinario y la forma de los prominentes cuernos que dejan a la vista un valle cóncavo de brillantes escamas pardas. No retrotrae su cuello de boa constrictora, por el contrario, enhiesto en sus cuartos delanteros te mira de frente, invoca tu atención estirando hacia arriba el pico pintado de verde y te sugiere continuar por el lado izquierdo de la bifurcación. Tú interpretas la flecha biológica señalando el sendero al mar que amaneciste invocando.

Y desde que tu amigo galápagos avisó que esta nueva senda se sumará al renacimiento isleño de la psicoterapeuta, cogiste el ritmo de la aventurera, no hay vuelta atrás a menos que consumas la mitad del líquido hidratante antes de alcanzar la orilla rocosa. Sobre la marcha los giros a la izquierda se suceden, en un mínimo aunque perceptible declive, y te vas afirmando en tu cometido apenas el rumor oceánico acarició los oídos haciendo pareja con los trinos de los ruiseñores y tú apuestas a pajarear en la brisa de una playa inédita a tu alma recolectora de cuadros de orilla salvaje, y que el cuerpo que la transporta se alivie del bochorno encaminado al mediodía.

¡Vaya bienvenida al túnel de majagual que te conducirá a la playita de los cerdos! Correcto, Tilda, son dos calaveras de la especie que viste el otro día huir de la especie humana o sea de ti. Pertenecen a la misma estirpe depredadora graciosa a la vista y repugnante al alma cuando los proyectas devorando huevos de tortugas terrestres y marinas, aunque ahora impresionan colgando cual fetiches de sendos

árboles de palo-santo. Lucen tétricas y en cierto modo simpáticas como si fuese un detente de caníbales más chistosos que jodidos. Te enteraste hace fu que tus congéneres antropófagos están sentados a diestra y siniestra en la mesa de mantel largo de nuestro señor Don Dinero, dios protector de la gama surtida que va de los corporativistas a los déspotas burocráticos y viceversa y, por reflejo, se incorpora a la antropofagia el etcétera y etcétera al infinito y más allá de masivo agujero negro intergaláctico, las masas que responden al nombre de Pueblo Soberano. Ya sé que te provoca grosera hilaridad lo de Pueblo Soberano, y no es para menos acá donde te sientes soberana de tus resoluciones individuales. Si vas con el automático mental surge la antropófaga de ínclitos antropófagos. Las calaveras afirman con sorna y no exentas de gracejo que también tu envoltura de carbono viene languideciendo ni bien fue arrojada al planeta de los humanos. El osario es una muestra inobjetable de que los canes de los cazadores de especies invasivas, contra pronóstico, fueron felices aquí tragando carne y bebiendo sangre de puerco cimarrón.

Atraviesas agachada el túnel de majagual, inusitado por estrecho y largo, imaginas ser una anaconda mítica reptando en pos de la presa grande y parlanchina que te pondrá a hacer digestión mínimo seis meses, la ubicaste calentita y sabrosa viniendo hacia tus fauces en contravía. Mejor dicho es Inti convertido en cosita fina, en amor tántrico que no tiene desperdicio de pies a cabeza, él choca con tus ojos hipnóticos que lo paralizan de placer, amaré mientras es amado por su amante constrictora, será engullido con calmoso deleite y luego será sujeto de la siesta sensual más dilatada de Tilda, la gourmet del túnel. Fue delicioso fabular con Inti en modo delicadeza gastronómica, así pusiste en fuga al fantasma de abandonar resignando lo de

desembocar en la orilla marina que ruge tan cerca por la ínfima distancia que presientes en línea recta, aunque sigue lejos desde el infranqueable cerco de hierbas rastreras que rodea el final de trayecto.

El túnel de la quimérica Yacu Mama, obra de arte de tupidos y frondosos árboles de majagual, maravilla por sus formas caprichosas pintando el piso con el castaño de hojas yertas matizadas con flores púrpuras y frutos bañados de oro otoñal, fue una gozada gourmet. Sería estupendo hacer la digestión entre iguanas bañistas tostándose desnudas al sol, bandadas de piqueros de patas azules y pelícanos de cuello café clavándose en un regio banco de peces azules, plateados y rojos y, por qué no, para la ocasión pingüinos tropicales de estampa filosófica caminando erectos en la playita de fina arena blanca cercada en los costados por promontorios de rocas azabaches salpicados de coloreada multitud de cangrejos zayapa.

Al cabo, un bosque despejado de fornidos y luminosos troncos de majagual, anuncian inminente arribo a la línea costanera, y surges a una playa inclinada que arribó tan extensa como desangelada, no hay señales de las especies de orilla que te iban a dar calurosa bienvenida, sólo la marea alta en franco apogeo y decidida a borrar tu huella de la arena gruesa, que de hecho acabará forzando a ir a por el filo alto donde medran hierbas rastreras, y detrás se yergue una pared de vegetales: laberínticas e invisibles ciénagas añiles que no pisarás.

Se esfumó el medio día de ensueño nutrido por playita salvaje generosa en fauna endémica de la isla del caballito de mar cósmico, imagen que sí se exhibe en la galería ecuménica del Astronauta Poeta. Te invade la pesadez existencial que ha neutralizado la gana

de ir más lejos, ni siquiera alcanzas el campo rocoso en lontananza para acomodar tu cuerpo a una roca ergonómica, adelantas el tiempo de siesta aprovechando la arena y el respaldo del tronco semienterrado que se asemeja a un ictosaurio que ha devuelto la pleamar. El descanso duró lo justo antes que el oleaje borre tu huella, y fue suficiente para recobrar la gana de hacer un regreso lento y seguro a las bondades eufónicas del bosque seco. Vas en pos del único senderito que puede sacarte de la playa que había que darle el beneficio de la duda, ¿será que en bajamar y visitada por las especies de orilla podría activarse como el espacio donde anida la tortuga marina verde de Galápagos? La prueba irrefutable de que a la fecha la redención del sitio está negada, fue visualizar los nidos profanados por los cerdos dejando agujeros profundos y rastros inconfundibles de la aniquilación reciente de huevos de quelonio, de ahí que este silencio sepulcral se quedó con el nombre de Playa de los cerdos, ¡las calaveras del túnel de majagual no se equivocaban!

Gato Cangrejero

Andar por el filo rocoso te ha venido agradable cuando reina la marea baja y por eso hoy te alejaste del puerto más de lo conveniente, y sucedió proyectado al cubo la situación que Jennifer, la chica local atenta y conversadora del restaurante Los Delfines, te advirtió evites a toda costa: quedar atrapada en una caleta en pleamar. Apenas anteayer, merendando sabroso en Los Delfines, reíste con la manera de cantar la comanda al chef de lo que solicitaste para comer y beber: “la doctora quiere lo de siempre”, aulló Jennifer. De entrada en Los Delfines, cuando intercambiaron nombre, oficio y/o profesión de cada quien, le pediste que te llame Tilda, a secas, y así lo hace en una charla cualquiera contigo, salvo cuando canta la comanda de servicio. Para tu capote decías que preferible que diga a voz en cuello doctora antes que psicoterapeuta, que suena fatal para el caso. Y la hora del postre fue disfrutar de la forma cómo Jennifer relató su aventura en la caleta donde quedó atrapada, parecía haberse divertido mucho en vez de pasar miedo, y tú recalando que hubiese sido terrorífica la aventura si sufrías la mitad de lo que sufrió ella.

De pronto, estás atrapada en una tempestad del padre y señor nuestro, sufriendo los monstruos lovecraftianos que genera tu mente de montañés en el filo marino, ya escuchas los tambores que invocan a Cthulhu, y tú eres el sacrificio ritual que los locales ofrecen a su deidad para que los libre de esta noche aciaga y de posibles tsunamis futuros. Aquí, raptada por oceánica meteorología generadora de terror nocturnal y no por una barrera inocua de pleamar, sí que te viene como un cuento jocosos lo de Jennifer que, después de dos o tres

horas de haber quedado bloqueada entre caletas, escapó acariciada por la luz solar de media tarde y en minutos estuvo de regreso en la deliciosa senda que desemboca en el trajinado -por turístico- Camino de Tortugas Gigantes. Estás avisada de que la noche entera viene por delante, recién empieza y se ha desquiciado la isla pacífica que viniste a peinar por día y medio, junto al precavido Inti, cual jamás se le hubiese ocurrido perderse a propósito en la orilla rocosa. Para el apuradito una aventura de Don Quijote es una quimera abominable. La buena noticia en medio de la tempestad es que no sabes nada más de él desde la feliz y espontánea separación de dos cuerpos y almas que no fueron uno ni lo serán. Asumes que mañana Inti regresará contento, ¿por qué no?, al continente habiendo cumplido su programa cronometrado y milimétrico en las islas. Mientras que tú, Tilda mía, estás sin poder bajar de la cumbre del séptimo día isleño, fuiste a por la aventura cimera en la isla del caballito de mar rampante y aquí estás atrapada en tu deseo.

Hiciste bien en avisar, usando el celular de Jennifer, en escueto y terminante mensaje a tu secretario, Lorenzo, para que se abstenga de meter las narices en tus vacaciones ampliadas porque te dio la reverendísima gana de irte de largo en el archipiélago de tus aventuras. “¡Móvil extraviado! Por favor informa a familiares cercanos y clientes que me quedo acá dos semanas más o hasta agotar mi temporada anual de tiempo libre y soberano”.

Me sigues sorprendiendo, Tilda mía, te has quedado por acá más tiempo astronómico de lo que jamás planeaste y, tomando en cuenta el tiempo mágico que suma este instante tempestuoso, resulta alucinante... ya es inmedible tu experiencia galapagueña. Hecha a

disfrutar de las tormentas eléctricas desde los ventanales de la sólida morada que habitas en tierras altas de valle interandino, morada que por sus características arquitectónicas de armonía con parques y jardines aledaños constituye tu refugio para gozar de las delicias de páramo, tu hogar que mantiene año corrido las vistas de primavera-otoño de la serranía. Sin duda es el agujero para el relajamiento de la psicoterapeuta que tiene que digerir y expeler la angustia ajena, el agujero egoísta que te libra de reventar en la estulticia sin retorno. Tu agujero montañés riñe y se excluye de la realidad de los mundillos hacinados y pestilentes de la ciudad Medusa Multicolor, donde las barriadas tipo termita humana sobreviven con la esperanza de que el metaverso las acoja y redima. A vos te priva ser visitada por el granizo y recibir la pincelada polar en tus ventanas, lo efímero de esos cuadros invernales hacen de ellos una exquisitez rara que desaparece con el poderoso sol de lluvia equinoccial de la mañana posterior, el blanco se licua y filtrándose en la tierra no deja huella como si hubiese sido un encantamiento de manso valle interandino.

El piso irregular y resbaloso de los campos de piedras cada vez más estrechados por el oleaje no era una opción de escape al peligro que se cernía con la tempestad eléctrica a puertas. En lontananza, el horizonte plomizo metálico, dio paso a relámpagos y centellas, a rayos dibujando figuras de nervios artríticos blanquecinos esfumándose enloquecidos en la negritud que no dejaba margen para dispersión en tu mente concentrada en hallar un refugio o lo que se parezca a eso entre los tupidos árboles de Manzanillo, tu única opción ya acorralada por las paredes pétreas inabordables que se constituyeron los flancos de la caleta otrora transitable. Ya no había marea baja que te saque

de apuros en lo que te quedaba de luz solar, perdiste toda referencia de los paisajes de las caletas que superaste para llegar este punto sin salida, pero la fortuna te sonrió con un hallazgo donde podías dar rienda suelta a tus monstruos, y que se aireen a su albedrío en esta suerte de tambo rústico tropical que te deparó el Manzanillo, el mismísimo “árbol de la muerte” que devino en vertiente de vida. Estar en la choza impermeable de un anónimo y magnífico anfitrión, es como ser huésped de un camarote panorámico del submarino Nautilus y aguardando el llamado a cenar con el capitán Nemo.

No obstante, a la hora que el temporal pegó de lleno en la caleta trayendo de alta mar la tormenta eléctrica, los vientos irascibles, el diluvio del cielo y el etcétera de elementos naturales aterradores que auparon la catarsis de la psicoterapeuta, imaginaste que así te sentirías si hubieses hecho un campamento forzado en la repisa providencial de un pico romántico entre los andinistas de fuste, por ejemplo el Ogro Tropical, deseado por su verticalidad retadora, esto en el mundo de la conquista de lo inútil al filo de lo imposible.

Tienes tiempo y ganas para sacar a pasear a tus fenómenos de espanto, es el momento de la psicoterapia íntima o mejor dicho la oportunidad de exorcizar tus miedos atávicos. Así de dispuesta a bucear en tus profundidades escatológicas porque el hado te facilitó un techo y paredes laterales sin filtraciones, que te protege contra el temporal de filo costero aunque no lo hará de un tsunami o algo así de letal insalvable. Se te antoja que este refugio está hecho y mantenido a propósito por algún residente de la isla que es poeta además de regio instalador de magia de orilla rocosa.

Este surtidor de endriagos y vestiglos al cabo no te desveló sino que haciendo el efecto contrario te entregó, entre el mar picado y frondosos humedales que son selvas infranqueables, al territorio onírico de Neptuno en modo sosegado y dador de paz cuando el paroxismo de tus temores abordó el último y definitivo miedo: la desintegración súbita de tu unidad de carbono. Tu mochila de ataque ligero a la cumbre de este día, trajo consigo lo mínimo indispensable para el arte de sestear donde toque hacerlo, colchoneta ultraliviana y toalla extra-larga que sirvió de cobija, repelente de zancudos, bebida hidratante, ración de marcha de frutos secos, protector solar no ya que te embadurnas de ello antes de salir, ¿qué más?... fue todo lo que necesitaste para flotar en tus terrores hasta que en vez de que los tambores del culto a Cthulhu te conduzcan al sacrificio humano lo hicieron al sueño reparador.

Despertaste con los primeros rayos solares de la mañana que en sí fue una aurora tropical, renacistes en la caleta que ayer no se dejó ver, apenas saltar de la choza de Manzanillo fue escuchar, olfatear y respirar el paisaje que ayer se esfumó en la densidad tempestuosa de una noche para enmarcar como un cuadro precioso y destinarlo al museo que exhibirá tesoros de la memoria existencial de la aventurera en que te convertiste acá. La tormenta tropical no hizo más que arrullarte en beatífico sueño mientras tus demonios participaron del aquelarre en honor a Cthulhu, y, cuando abandonaron exhaustos la parranda luciferina al amanecer recogándose en los predios entre gélidos y ardientes que habitan en tu alma, entonces volviste a los aires benignos de la orilla rocosa. Despierta y cargada de energía vital tras impensado descanso descubres la hermosura salvaje de la playita de arena dorada. De todas las caletas que atravesaste ayer, tienes la

certeza de que es la única de playa nivelada y, por añadidura, rítmico oleaje de laguna de aguas cristalinas la mima. El agasajo mañanero vino con el ingrediente principal de tortugas marinas retozando en remanso turquesa, ¿cuántas viste... y cuántas sentiste Tilda Mía?

Despidiéndote del tambo real del poeta anónimo, agradecida por la liberación de ti misma que propició la nocturnal emancipación de tus criaturas nictálopes subterráneas, aprovechando la tibieza temprana de la brisa te dispones a atravesar el esplendor de caletas en apogeo de la marea baja que combina azules y verdes marinos con aéreos celestes y nubes volanderas cruzadas que dibujan y deshacen figuras animalistas terrenales como pulpos o míticas como grifos. Haces el camino seguro de regreso al puerto vía filo costero, reconoces a izquierda la señal rocosa que grabaste en la mente antes de huir a los matorrales en pos de un hueco guarnecedor, es esa suerte de torre medieval que cierra el cerco pétreo de la caleta -hoy divina- dejando a vista el paso que abre la siguiente caleta que dobla en tamaño a la anterior. ¡Mira vos!, carece de playita y lagunas turquesas, es un campo ancho de piedras azabaches tipo molones que solo tiene una salida firme pegándose a la pared de tierra arcillosa que precede al espacio copado por yerbas rastreras que cuelgan raíces voluptuosas en el vacío.

Se sucedieron dos caletas de playa inclinada con dispersas iguanas tomando sol en gris arena gruesa, y llegaste a la caleta de plataformas rocosas continuas que es una delicia caminarlas, ayer te habías prometido cometer aquí una siesta en la cama o perezosa elegida para la ocasión; sin embargo, aduciendo apetito por las cosas de comer calientes hoy quieres arribar a tiempo para disfrutar del

café-buffet en el ya añorado hostel Copetón, y avanzar a la siguiente caleta se tornó perentorio. Cosa que se desvaneció por el árbol que había desbaratado la marejada de anoche, devolviendo a la orilla sus restos formando el arco plantado en la laguna que, de pronto, pintó el cuadro magnético capturando tus sentidos ambulantes. Qué más podías hacer si no tomar asiento para llenarte de sus detalles a discreción.

El palo arqueado contenía en su centro a una princesa iguana bellísima, puedes decir sin ambages que era la versión femenina del Rey Iguana, el súmmum de lo atractivo reptiliano marino, no necesitas ser herpetóloga para capturar en la retina su estilo, porte, garbo y serenidad. Como si frotando los dedos hubieses ordenado al maestro de servicios de la caleta te ponga una perezosa en el sitio de tu contemplación, vino a ti la forma pétreo ergonómica que te permitió acomodarte a tus anchas y devorar postero bocado de frutos secos de la ración de marcha. “Soy yo, Tilda, la Princesa Gris del Arco, estirada en lo alto digiriendo fresco y succulento desayuno de algas submarinas rojas y verdes, me acompañan en este frutivo instante solar un grupo de zayapas adultas en plenitud vital irradiando los pardos del palo saponáceo de colores cálidos, más allá pululan manchas negras de juveniles cangrejos en movimiento buscando larvas del madero muerto en descomposición. Y los pinzones desparasitando mi piel hecha para doblar cardos, buen trato: comida a cambio de higiene personal”.

No sentiste la llegada del gato feral pajizo y desgarrado que por asalto se robó el primer plano del gran angular que proyectaba la Princesa Gris del Arco, no era uno de los lindos gatitos que adoptó la quinta donde rige la psicoterapeuta de encargo sino un espécimen

invasivo que aniquila especies endémicas como el copetón, no dudas que el felino avistó y acecha a la presa con el sigilo característico de los suyos. Y ¡zas!, se elevó de espaldas y en una pirueta dio cara al objetivo dando un manotazo de uñas retráctiles al ataque, pero qué capturó en la piedra cuadrada que sobresalía a la derecha de la plancha porosa, allí no observaste nada que se parezca a un pájaro, y el gato se perdió de vista por unos segundos para ser nuevamente visible y no tenía el bulto de un copetón, canario o algo así en la trompa flanqueada por tiesos bigotes rubios, ¿fue un golpe fallido?... ¡No!, mira bien al gato que hace contacto visual contigo levantando airoso la cabeza, a cazado un cangrejo negro, es un gato cangrejero y la historia que le vas a contar a Jennifer no va a ser la del campamento forzado por la marejada que sirvió para exorcizar diablos de la casa Tilda sino la del gato cangrejero. Será un relato conciso, divertido y creíble al instante.

Pajarero mirador

—Dandy, me voy a pernoctar con las estrellas en las alturas de Pajarero mirador.

—Quiere, su merced Ginebra, que prepare algo apetitoso para desayunar arriba, ¿qué le provoca?

—Ya que lo mentas sí, me encantaría una cosita sabrosa. Arriba amaneceré con la gana de hundirme en los sabores, olores y texturas de una tortilla española que incluya cebolla paiteña, pimientos morrones y guisantes verdes frescos... ¡Por Gea!, tú sí que sabes hacer la tortilla española de pandereta, cosita fina que a una la transporta al huerto en flor de olivos bíblicos de Getsemaní. No hay comparación con la tortilla instantánea, insípida y desangelada que provee en un pestañeo la cocina de integración molecular, lo tuyo es rara delicia que a golpe de fuego lento, en el dispositivo de adobe que es más que un adorno, se hornean los dones de nuestra huerta orgánica.

—Así será su merced Ginebra, de una así será —confirmó Dandy guiñando sus ojos grises, metido en ese tono jocoso y cómplice que fascina a la campesina, pues, él tiene la gracia de la especialidad cibernética Eugenio, Clase A Todoterreno, 7 oficios personalizados, reactualización mental y física automática, energía inagotable, etcétera—.

—Sí, mi estimado, así será porque quiero despertar en Pajarero mirador con sabores, texturas y aromas del Mediterráneo ancestral y no de la cocha asquerosa donde ahora mismo están a gusto los Pipones Bullangueros.

La nitidez atmosférica de los luceros contrastando con la negritud terrenal motivó que sea renovada huésped de Pajarero mirador. Es su voluntad que todo lo que ha dispuesto para desayunar en el mirador de la finca cafetera, de la finca de olivos, de la finca hortícola Ginebra, sea de origen propio, cositas finas cosechadas en Valle Fin de Mundo, el suelo que —por derecho adquirido— la cobija en exclusividad. Saber qué va a desayunar allá arriba es un acicate más para refocilarse en la noche oscura. *¡Oh, oscuridad primordial, libre de contaminación lumínica y acústica; oscuridad arrullada por vertiente de agua exquisita, eufónica!*

Ginebra, fue el nombre que le vino primero a la mente —y así permaneció— para la finca del café de alcurnia, del olivar altivo, y demás frutas y hortalizas del huerto prometido para sembrar y cosechar. Vino con su hogar ambulante empaquetado, no fue una novedad de que la nave espacial de entrada le serviría de casa sino la creatividad que puso en los arreglos que hicieron que la nave pierda radicalmente su forma oval y se transforme en cabaña multimadera que en lo posible se ha mimetizado con el bosque endémico de Valle Fin de Mundo. Y se lo montó de maravilla, trajo consigo la materia prima —semillas de crecimiento meteórico, a la vista, como en el caso de los árboles de olivo y los gemelos Podocarpus, que a la semana ya eran hermosos individuos añejados—, y lo principal vino con Dandy, es él quien maneja los dispositivos del ciclo entero de huerta desde

sembrar a cosechar, él es la versatilidad en persona. Ginebra únicamente se concentra en planificar y exponer a Dandy –con mutua clarividencia– las tareas a ejecutar, el resto es el resultado sincronizado de una mente que tiene sueños de campesina y otra mente que los materializa. Ginebra, en su charla formal inicial con Dandy, entre otras ideas fundamentales manifestó: *Parafraseando al legendario Vincent van Gogh: yo sueño despierta con escenarios agrícolas y tú haces de ese sueño realidades concretas.*

Ginebra soñó, con los ojos abiertos, en este lugar escondido entre el lomerío de la arrugada cordillera Sureña, lo buscó y encontró en el mapeo virtual transcurrida la luciferina guerra contra los Sórdidos. Conflicto feroz en el que combatió victoriosa con el grado de Comandante, no puede ser más que un triunfo para ella y los Contemplativos el que la guerra haya culminado en honroso empate dado la colosal superioridad numérica de los Sórdidos. Comandante Ginebra pertenece de espíritu y corazón a los Contemplativos, sección Metaleras Sinfónicas, y vaya que provocó estragos en la sección enemiga de élite auto denominada Pipones Bullangueros. Se puede afirmar que la verdadera paz entre las masas informes de Sórdidos y la minoría aristocrática de Contemplativos, vino con la implementación del Domo de claustro, tal como se lo conoce entre ambos bandos al escudo sónico y visual, esencial invento que permite a los Contemplativos librarse en soledad del espanto de la contaminación acústica y visual que infieren multitudes de Sórdidos consumistas y alienados bajo el yugo tecnolátrico, multitudes estancadas en estridente fealdad.

Qué estupendo venía tomar el aire tibio de la noche estrellada entonando la melodía del arroyo y las piedras lavadas. Noche oscura inspiradora de fresca mañana que no le quepa duda reventará en sol calcinante a mediodía, aunque ese mismo bochorno sea el factor ideal para gozar del calorcito temprano después del desayuno. Entretanto la tibieza nocturnal la invita a subir por la rampa zigzagueando entre las dos coníferas gemelas de Podocarpus, de 60 metros de estatura. Las coníferas endémicas de la zona montañosa nublada que prendieron a manera de cortesía en dominios del bosque seco, fueron parte de las semillas de crecimiento acelerado que trajo consigo, y que se levantaron como cohetes vegetales por encima de arupos, faiques y arrayanes. Los gemelos Podocarpus son pilares separados lo justo para albergar la estructura colgante de Pajarero mirador. Ginebra concibió desde el tiempo del conflicto con los Pipones Bullangueros, la idea de crear en algún lugar de calorcito seco y constante música de fuente freática, su propia obra de arte aérea inspirada en el Pajarero mirador de ficción que la cautivó de la remota novela señora del escritor Petronio Ojeda: El mundo de los Cachimochos en el país de los Coquiches, publicada bajo el sello editorial Bípedos Depredadores. Una cosa fue imaginar su Pajarero mirador en medio del evento bélico con los Sórdidos, y otra fue concretar en la tierra prometida este monumento a la creatividad equilibrista, joya de la arquitectura flotante arbórea.

Dandy enviará vía ascensor los elementos del buen yantar: recipiente conteniendo el litro del café tesoro de aromas y sensaciones de Finca Ginebra, tortilla española modificada a su gusto, pan crujiente a la gallega, bebidas hidratantes de agua de vertiente. La melodía salvaje la pondrán los trompeteros de la noche y tras

reparador descanso los trinadores del amanecer. Ascendió con buen aire y de un tirón al rellano de Pajarero mirador. Saboreó el viento tibio acariciando ramaje matizado por crujidos de la madera viviente, respiró el conjunto que la hará verse como la comandante del galeón del Renacimiento cursando quieto mar de arupos blancos. Surgió al tiempo de transición o sea el tiempo idóneo para que el nocturno de Finca Ginebra la llene de paz y alegría a través de los oídos, el olfato y el tacto terrenos, mientras la modalidad visual viajará a las estrellas. Toda esta hermosura sin par era posible debido a la barrera sonora y visual que abarca en exclusividad el terreno y espacio aéreo correspondiente al vallecito perdido en el entresijo del lomerío sureño y que vino como hecho a la medida de la campesina que fundó Finca Ginebra. A vuelo de pájaro nocturno, ella misma se transforma en poesía disparadora del apetito por las cosas del espíritu encarnado, que es la certidumbre de tener de sobra lo que requiere para ser moderadamente feliz. Mientras se aclimataba a la torre daba las vueltas de rigor inherentes al ritual de reencuentro con los treinta metros cuadrados libres de estorbos que obstaculicen la circulación. Otro ambiente es cuando requiere de la modalidad sala de higiene, a lo largo y ancho del Pajarero mirador, entonces se dispara el dispositivo que la muda a ser buzo de funciones biológicas y abluciones tonificantes.

Empotrados en el parapeto de los pasamanos descansan tres objetos permanentes, a la mano, a saber: hamaca; gafas de uso diurno y nocturno, es el dispositivo graduable que proyecta en gran angular hasta 360 grados y, por añadidura, facilita enfoque teleobjetivo y macro; disparador múltiple de rayos desintegradores, dispositivo amuleto de Comandante Ginebra, yace flamante en vertical urna

protectora. Las gafas y la hamaca son de uso regular, cada vez que sube se sirve de estos dispositivos. Mientras que el desintegrador molecular de la excombatiente no ha salido de su vitrina, no lo ha tocado siquiera desde que lo guardó en la altura de los gemelos Podocarpus. No niega que le place ver y tener a tiro de las circunstancias impredecibles a la Chola (así llama al desintegrador de Pipones Bullangueros) que se acopló a su mente y brazo formando una trilogía imbatible, y volverían a incorporarse si traban contacto voluntario. *Mi Chola está lista para la acción, por si acaso.* Musitó ahuyentado escenas y escenarios que no empatan con la aclimatación a las delicias de Pajarero mirador.

Duerme. ...*soy yegua fina pastando en los prados del Edén.*

La mañana límpida y el baño y masajes que tomó a placer lento con el cancionero de jilgueros que desconoce sus nombres vulgares o científicos, le basta identificarlos apenas verlos y/o escuchar sus trinos del alma, por lo demás son el verdiamarillo flotador, el negro pico rojo, el atigrado copetón, el rojo enmascarado, el velociraptor fucsia, etcétera. Qué mejor aperitivo para disponerla a desayunar con hambre, sana y voraz en las alturas. *¡Por Gea, cuánta sabrosura en la sencillez!*, exclamó viéndose devorar rebanadas de pan gallego con la tortilla española que viene portando succulentos añadidos a la receta original de los campesinos mediterráneos que hace fu la crearon para hacerle el quite al hambre. Y esa exquisitez subía de quilates gastronómicos con cada sorbo del café campeón de su mundo. Y es la mañana en la que Ginebra está comiendo y cantando fuerte con las chirocas, es Ginebra yendo y viniendo por el Pajarero mirador, desayunando de pie y bromeando para sí se acordó de la frase que nítidamente brotó de su boca ayer, ...*soy yegua fina pastando en los*

prados del Edén. Ya cayendo en las simas oníricas, tuvo visiones celestiales que se distorsionaron al despertar. Y de festejar que las pinturitas oníricas de ayer sean borrosas hoy, para qué las quiere si lo que tiene aquí y ahora, son cuadros terrenales que no se arrugan ante espejos paradisiacos.

La mente y cuerpo de Ginebra ya eran equipo con Pajarero mirador, ella era parte del espíritu de los gemelos Podocarpus y se impregnó del airecillo cósmico que aportó el desayuno aéreo. Pasado el momento de las cosas de comer que marcan el ritmo de una mañana llamada a ser de gloria arbórea, solo tiene que hacer visible y usable la hamaca empotrada en el parapeto transparente del pasamano y activar la modalidad de siesta y ensoñar a plena luz tropical. La siesta instintivamente concluirá antes de que caiga el bochorno ecuatorial, entonces su cuerpo–mente acatará la señal ineludible de abandonar Pajarero mirador, a tiempo. Para la campesina, los espaciados viajes a la cima de los gemelos Podocarpus, tienen condumio, sabores y aromas temporales que en la mente del sujeto de la experiencia se conservan involuntariamente y de igual forma retornan al ser consciente tras variable periodo de añejamiento rumiante en las bodegas del instante. Ella no ha hecho del Pajarero mirador una costumbre rutinaria sino una respuesta efectiva al llamado repentino de volver a subir. Sucede que al minuto mismo de pedirle a Dandy que prepare algo de comer diferente, los aromas del desayuno pasado y del mañana la invaden, pero de su boca no salen las palabras *cocina lo de siempre Dandy, lo de siempre...* y por encanto renueva la solicitud como si fuese un antojo de estreno, y suelta la suerte de la tortilla española.

Se colocó las gafas de ver y reconocer aves aquí, allá y acullá, y saltó al escenario que da nombre al Pajarero mirador. *Hola Harpía Barrabas, ya te enfoqué te guste o no, ¿estamos con progenie? Vaya, enhorabuena Barrabas y señora.* Iba dando la vuelta de rigor a los pájaros que brotaban ante sus ojos selváticos, no faltaron especímenes irreconocibles para su regocijo a la vez que suponía que otros se habrían ido definitivamente. *Adiós a los desaparecidos, el espíritu del Gran Pájaro perdurará por ustedes y por mí. Contemplo en la perfección terrenal que no es inmortal, pues, está floreciendo en terreno abonado por la extinción.*

Para la ocasión el aire de faiques, de arupos, de arrayanes y demás gentileza endémica leñosa y arbórea de bosque seco tropical, se presentó como preámbulo aromático de la siesta. Ginebra despliega la hamaca y fluye en la fiesta emplumada que los dignos descendientes de los dinosaurios le han preparado para destilar ensueños, nada inmediato podría estropear este rato remolón que es finito e irrepetible porque se manda a mudar, es mudable para que cada siesta cometida en Pajarero mirador sea de estreno. *¡Qué rico instante terrenal! Dime Gea, ¿acaso son los cinco centavitos de felicidad que me das para moderar el contraste ineluctable de la infelicidad metafísica de la especie conocida en el multiverso como un error evolutivo? Amigo S. Lem, cuán tragicómico es eso de Bicho monstruo cadaverófilo furioso.*

La siesta no se fue de largo y duró lo que tiene que durar para no descender bruscamente al vacío y convertirse en modorra y arruinar el instante. Por ello con suficiente antelación la siesta cede el espacio a la canícula del mediodía. Intuyó que la siesta si bien fue intensa en

ensoñaciones se quedó algo corta con respecto a otras del pasado. *Probablemente la canícula ecuatorial se va a adelantar un tantito, toca descender a la morada de Finca Ginebra, en todo caso es mejor tener tiempo de sobra antes de que reviente a plenitud el calor infernal de la tierra prometida, seré yo bajando con los sentidos ahítos de percepciones que se pondrán a la sombra para madurar y reverdecer.*

La cosa sobrevino como una bomba sónica aturdiendo los sentidos, y no era una alucinación proveniente de las secuelas oníricas de la pasada guerra con los Sórdidos. Si en un sueño profundo la visitan escenas de combate, eso no hubiese sido una novedad dentro del intento del subconsciente de paralizarla de miedo con recuerdos bélicos, tales pesadillas vienen a ser un estímulo para preservar la memoria guerrera de Comandante Ginebra, una manera de probar su capacidad de respuesta a cualquier contingencia inesperada. En todo caso, ella tiene el antídoto para cortar de raíz las pesadillas de guerra que de vez en cuando la acometen, con la palabra clave: café. Y dijo café no una sino tres veces. Pero acá no había donde perderse, salía de la siesta de Pajarero mirador con sus sentidos alerta en el presente-futuro de Valle Fin de Mundo. Está entrenada hasta la medula para la defensa y contraataque y, por reflejo instantáneo, incorporó a su brazo izquierdo, a su mente-cuerpo, el desintegrador molecular de Sórdidos que en conjunción con las gafas de enfocar ubicaron la burbuja enemiga que, ante inusitada falla del escudo sónico visual, invadió Finca Ginebra con las ondas del ruido siniestro y propio de Pipones Bullangueros, era el pinche Capulina y sus mariachis “emulando” al afamado artista Alejo. Vaya remedo ridículo y estridente de un compositor y cantante que al cabo dio lo suyo otrora, Alejo sí había hecho roncha entre las

masas fatuas que son el antecedente histórico de lo que en esta época suya se materializó en multitudes de Sórdidos.

¡Pinche Capulina!, te escapaste por las mechas la última vez que nos topamos en singular batalla... ¡dale con todo Chola feroz, que no quede huella del condenado Capulina y su banda de bestias Homo sapiens! Acto seguido atacó con el efecto racimo del desintegrador molecular, se esfumó la burbuja y a las cenizas de Capulina y sus mariachis no sabrá distinguirlas de la tierra sureña, imagina que servirán de alimento a los sembrados orgánicos de Finca Ginebra.

¡Por Gea, Dandy!, ¿qué diablos fue eso?... Eufórica y de buen talante, no podía ocultar que el final de su espacio-tiempo en Pajarero mirador había sido una escena digna de un rodaje de ciencia ficción memorable. Es que a su merced se le apareció algún ser luciferino alado. Dandy distendido, no respondió a la cuestión porque no mostraba mayor sorpresa cuando Ginebra y sus circunstancias eran motivo de júbilo privado, propio del ser que lo experimenta, la diferencia más bien venía por la súbita presencia de ella. De hecho en las anteriores visitas al Pajarero mirador había descendido zigzagueando por las rampas y ahora usó el ascensor y en un suspiro estuvo frente a él. Entiendo, tú no te enteraste de nada, fue cosa mía y de... favor comunícame con la jefatura de Metaleras Sinfónicas, mismamente con la Comandante Freya.

La conversación con Freya estuvo cargada de buenos augurios y risas nerviosas que pronto ascendieron a fraternales bromas de excombatientes de la legión Metaleras Sinfónicas. Tal como lo presentía no hubo falló del escudo sónico y visual, el holograma del pinche Capulina y sus mariachis fue parte de un programa

experimental para divertirse con juegos de guerra inocuos y de paso verificar en situ su estado físico mental en transición de campesina en contemplación a combatiente endemoniada.

Soda Bar Andrómeda

Las aguas del río temporal han corrido lo justo para relatar a manera de psicoterapia los hechos acaecidos en Soda-Bar Andrómeda. Empiezo con los acontecimientos previos que desembocaron en el portento dado en Callejón Anticuarios. Sucedió que cumpliendo el mes o teniendo como tope inconsciente pasados cuarenta y cuatro días de la última visita a Callejón Anticuarios, volvía a él en plan contemplativo y de adquisición de piezas de arte tan valiosas como raras. No es que de antaño sea un ávido coleccionista de antigüedades sino que de repente tuve la necesidad estética de que el hogar minimalista que habito tenga un toque de artistas en el anonimato o en todo caso desconocidos para uno, deviniendo en obras que por una fuerza íntima impensada me cautivaron en el establecimiento denominado *Arturo, el anticuario*. Donde Arturo hice adquisiciones intempestivas de arte auténtico. Arturo nunca me mostraba más de una obra cada vez que entraba a su anticuario a ver lo que tenía que ver tras recibir expresa y sucinta invitación: “venga conmigo, caballero, acá tengo una maravilla que usted sabrá apreciar”. Arturo era el único anticuario que tuve la suerte de encontrar entre las tiendas de curiosas baratijas que en realidad eran el resto de establecimientos del famoso callejón que se remontaba a la época colonial, eso sí los dueños se esmeraban en montar una decoración tipo “Arturo”, que sin tapujos ni vergüenza les ha sido útil para chantarse nombres suculentos, por ejemplo, “Anticuario las 3 Manuelas”. Arturo, no les hacía ascos a sus compañeros de cuadra pues, a la sazón, se beneficiaba de ser la estrella luminosa del callejón sin salida que culmina en monumental roca de granito liza, cortada a

pique, como si lo hubiese hecho una enorme máquina de diamantes atómicos, ofreciendo de lejos la figura de un arco del triunfo romano y de cerca la figura de un portal o túnel azabache que motiva a tocarlo para cerciorarse de que no es un agujero negro al infinito, aunque no extrañaría que así sea el rato menos pensado. De hecho, en el imaginario ciudadano, se llama “agujero gusano” a esta peculiar formación rocosa que ya inspiró una novela corta o cuento largo de ciencia ficción filosófica, del escritor macareño Clemente Simancas Castillo, alias Siluro, que titula *Anticuario de las estrellas*, recomendando su lectura, y, si el lector ha tenido la suerte de haber sido transeúnte nocturnal de estos pagos, la obra rendirá a tope.

Supe que Arturo, el anticuario, era una persona de respeto y admiración desde la primera vez que ingresé a su tienda, atraído por el cuero etiquetado “Piel de Chivo Judas”, que se exhibía vertical en la vitrina y no fue porque me entusiasmaba el poder comprar dicho artículo, sino que me vino cual relámpago esclarecedor cuadros yuxtapuestos de la novela de Honoré de Balzac, *La piel de zapa*, y con ello una gana compulsiva de husmear largo y tendido en el establecimiento que se me antojó encantador y de donde, al cabo de los meses, salí con impresionantes mascarones de proa y en especial pinturas al óleo danzantes y de fuertes colores, de brochazos salvajes cual violines tempestuosos, de pinceladas armónicas y ritmos semejantes a las flautas y tambores de las fiestas indígenas del Inti Raymi. Así fue que nunca adquirí la Piel de Chivo Judas y, por añadidura, ni de lejos cosa parecida a cueros curtidos, por más atractivos que sean. No obstante, aquel objeto que en principio disparó en la mente el drama espeluznante de *La piel de zapa*, fue mucho más que evocación literaria, fue el detonador para meterme en

la realidad de un mundo inexplorado hasta entonces, fue el impulso para dar un giro radical a las paredes escogidas en los interiores de mi hogar, que de repente dejaron de estar vacías, en contrapunto con el marcado minimalismo de gustos visuales casa adentro.

Arturo, intuyó apenas arribé al umbral de su tienda que se me había venido a la mente el anticuario donde la intención de un suicidio fulminante, piadoso, se alargó en las tensiones de un suicidio tan lento como insufrible, borrascoso, y cerrando con el último suspiro el deseo ardiente y primordial por antonomasia del suicida: morir mordiendo el rosado, turgente, voluptuoso, pecho de la mujer amada. “Nada que hacer con la piel tenebrosa de Honoré de Balzac, lo que vio es la piel pintona de un chivo Judas de las islas Galápagos, los llamaban así porque fueron obligados a hacer el papel de “Judas”, los chivitos involuntariamente ayudaron al exterminio de la plaga letal que constituyó su especie invasiva, plaga que arribó con los colonos de las islas y con el correr del siglo veinte se volvieron indómitos y se comían el escaso alimento natural de las tortugas gigantes. Una vez que era capturado el chivo que iba a fungir de “Judas”, se le implantaba un chip y luego era liberado para rastrear desde helicópteros su retorno a la manada y proceder con fuego aéreo de cazadores a su exterminio. Ayer nomás hicimos feliz trueque con el hijo del cazador que se llevó algo mío que ya tenía vendido con antelación y yo igual tengo vendida la piel que el futuro dueño la retirará mañana junto al chip identificador pertinente, no dudo de la procedencia de la piel y como usted pudo observar es una pieza fina, bien trabajada, pero usted no está acá para adquirir ninguna piel ni cosa similar a eso... lo digo porque tengo algo que sí le conviene”. Así más o menos me habló Arturo al inicio y luego me infirió la frase que cité textualmente arriba, y que repito cual

mantra cuando me paro frente a una pared de las mías a contemplar la obra de arte que gracias a su anticuario las tengo colgadas a disposición de los ojos y el tacto del alma —“venga conmigo, caballero, acá tengo una maravilla que usted sabrá apreciar”—. No exagero al decir que cuando Arturo me lanzaba la frase clave, era inevitable que yo aprecie tanto la obra de arte que me era presentada que a la mañana siguiente la recibía en casa y con cierta aprensión la colgaba en la pared que había destinado con antelación, ni bien amanecía, para que la acoja en exclusividad. Al cabo, la aprensión era injustificada y eso le otorgaba un extra espiritual a la pieza, no solo que tenía íntegra a la obra de arte que me conmovió en lo de Arturo, sino que el remezón interior del ser era la afirmación cabal de que la pared es el complemento secundario ideal del huésped y el huésped el complemento despertador, regenerador, del anfitrión.

Me siguen agradando las paredes desnudas que no llegaron a alojar una única e irrepetible obra de arte, y en conjunto con las paredes reflectoras de creación artística resaltan, en nítido contraste, los cuadros vegetales, los mándalas vivientes de las ventanas del velero anclado en la altitud de meseta andina y su clima estacionado entre el otoño y la primavera. Antes de la aparición del anticuario de Arturo, para qué quería adornos teniendo el mándala del arupo blanco y su selvita, el mándala del chereco y su selvita, el mándala del arrayán y su selvita, etcétera. Y de súbito, sin cargar con más de una obra arte por pared, evitando el horror que provoca llenarse de cosas que los ojos pasan de contemplar y el tacto rehúye sentir, al cabo tengo la esencia de lo artístico irradiando la modalidad visual, más allá de paredes vacías o llenas. Tenía una biblioteca con incontables libros, no los conté desde que empecé a acumular volúmenes grandes

y vistosos por una suerte de vanidad intelectual de presumir de insaciable lector ante otros «insaciables lectores» que sacaban pecho de sus propias bibliotecas, y al preguntarme cuántos tomos contenía mi librería, haciendo una mueca de no sé con exactitud cuántos pero sí sé que son demasiados, replicaba: “creo que ya van por los cuatro mil y pico, ¿qué sé yo?”. Y ese ¿qué sé yo?, de a poco, vino a ser fastidioso porque ni siquiera hacía cuentas de cuántos libros había sentido cual corrimiento telúrico, de cuántos libros apenas había hojeado, de cuantos había leído y releído como un viajero espacial reconociendo otra Tierra y, por real aproximación a ella, reconociéndose a sí mismo en la profundización del ser oscuro y olvidado del sí mismo.

Un buen día, bueno de verdad, me visitó Franz portando la tarta preferida de él y que en esa ocasión también fue mi golosina predilecta, la tarta de manzana que Franz no disimulaba su orgullo por haberla horneado. Se trataba de la tarta lograda en base a las frutas maduras que con sus manos recogió del adorado árbol dador de succulentas manzanas. «Vamos a hacerle honores en la biblioteca... que sirva para algo mi cementerio de libros», dije ante el asombro risueño de Franz por el jodido chiste mío. Una vez instalados cada quien en su canapé árabe, como mandado a hacer para el momento vino el tema de la biblioteca, esto aprovechando que estábamos relajados por la degustación de la torta de manzanas, convertidos en estómagos diletantes y mentes abiertas al diálogo. De pronto dije lo que él quería escuchar a manera de sincero agradecimiento: “Sabes hermanito, en una biblioteca ahíta de libros virginales, no hay mejor tarta de manzanas que las que uno cosecha con sus propias manos, mejor dicho las que vos trasladaste del árbol a la cesta y de la cesta al

mesón de cocina donde montaste la receta que el horno devolvió en digna torta de Adán”. Y para reafirmarme en lo dicho saboreaba con fruición cada pedazo atrapado en la boca de la mitad de la torta que me tocó; sí, como si fuera un descubrimiento gastronómico mundial. Imagino a Franz y su tarta de manzanas, visitando a Pablo Neruda, allá en lo que es hoy la Casa-museo Nerudiana de Isla Negra y, habiendo el vate paladeado la exquisitez le habría dedicado un homenaje poético tan sabroso como “Oda al caldillo de congrio”.

Franz, a la hora de agasajar el gáznate con vino blanco chileno, un caldo afrutado de fuste, me supo expresar que sintió una cosa parecida a la pena al posar la vista en la ordenada e impoluta biblioteca mía. “Sí, está toda limpia y perfumada con fragancias de eucalipto, pero la percibo desangelada, parece que tu alma no se zambulle en ella, no exagerabas cuando entre chistoso y jodido dijiste que era un campo santo de libros, se nota que tus dedos ya no palpan en su sabiduría”, dijo con voz cavernosa e intencionada mirada acusadora, solo faltaba que me señale con el índice y me arroje del ambiente librero que se sostenía a fuerza de profilaxis. “Sí, de un tiempo acá la tengo de adorno, jamás me agradó leer sentado durante la plenitud de la luz solar y dejé de ser apetito del alma leer de noche recostado en este canapé o bajo sábanas en el dormitorio, me molesta la luz artificial de las bombillas, y siento grima de ver esa cantidad de libros apiñados, inactivos, dormidos, aguardando ser pasto intelectual o espiritual del dueño que los desdeña, al punto que hasta he tejido visiones de que los bomberos del gran Bradbury, los personajes siniestros de ficción de *Fahrenheit 451*, llegan a mi hogar a quemar hasta el último libro de la abigarrada biblioteca del subversivo denunciado por...”. Franz emitió festivas carcajadas y copa en mano

se levantó del canapé, le hizo mucha gracia que haya mentado a los bomberos de las distopía de Bradbury, aquellos que no apagaban incendios sino que los propiciaban, incinerando más que libros quemaban el símbolo del alimento del alma. Tragicómico era verme, en *Fahrenheit 451*, tendiendo una emboscada a mí mismo. “Hermanito, qué oscuro te pusiste en medio de la claridad, mas aquí estoy inspirado para hacerte una oferta mejor que la de los bomberos incendiarios y de facto rescatar tu biblioteca de las visiones dantescas que generas por haberla echado al abandono profiláctico...”.

Si Franz tenía algo fenomenal que ofrecerme además de la torta de Adán, por inercia iba a ser el florecimiento del árbol de manzanas que rumiaba en mí paladar. “Venga tu propuesta, desembucha hermanito”. Franz, preclaro y conciso como es, no se hizo esperar, y la cosa rodó en satinada plancha de mármol de Carrara, hubo trueque. Yo doné mi biblioteca entera, incluido mobiliario, a la Fundación Pompas Paradiso, y Franz a cambio me donó un paquete exequial a mi medida en las instalaciones de Paradiso. Tuve yapa, cuando se concretó la primera parte del trueque porque la segunda parte la pondría yo de cuerpo presente como sujeto de adioses nada fúnebres, recibí obsequio sorpresa que me sacaría de un estado catatónico frente a los libros, el dispositivo electrónico para leer libre de bombillas en la noche cerrada y llena de murmullos de animalitos nocturnos que como yo huyen de la contaminación lumínica. A mano tengo el lector de libros anti-reflejo que apenas pesa como una obra de cien páginas o menos, provisto de luz discreta e interna que no cansa a los ojos. “Aquí el libro que contiene a todos los libros”, fue la nota que vino con el dispositivo irrompible; si estoy leyendo algo que me pone eufórico lo lanzó a chocar con la pared y rebota indemne al piso. He vuelto a leer

a conciencia donde respiran mis ángeles y demonios; viajo en pos del adentro en la noche más oscura, lluviosa, de relámpagos y truenos.

Del trueque salimos ambos beneficiados e incluso, cada quien por su cuenta, presume de haber hecho un gran negocio. De mi lado puedo decir que más pronto que tarde hubiese ido donde Franz a solicitarle me incluya en calidad de cliente intempestivo en el calendario de actividades de Paradiso, lo que sé es que en dicha empresa uno participa a cabalidad como ser vivo y consciente antes de dar el espíritu a quien corresponda en el universo o multiverso; creyente o no propones la forma y fondo de lo que será la despedida de este mundo en los predios sinfónicos de Franz. Lo cierto es que Paradiso te entrega una demostración visual de cuán imaginativo y dichoso será el evento exequial (sí, para los invitados tiene que ser una ocasión feliz para los sentidos y la mente porque no existen pompas fúnebres en Paradiso, no hay lugar ahí a semejante oxímoron). Fue genial que Franz se adelante en el tiempo a mi intención de contratar los servicios de Paradiso, la cosa vino por sí misma gracias a la gentileza de compartir la torta Adán conmigo, y que yo haya escogido la biblioteca para engullir la golosina entera y que de ahí se pasó al meollo del diálogo rociado por el vino blanco del vate de Isla Negra, fue la consumación de la genialidad.

Es curioso que me encuentre a la fecha activo con el libro virtual que contiene a todos los libros que como lector aristocrático escojo para experimentar. El menú principal del trueque, los adioses definitivos, están en lista de espera en Paradiso. La actualidad es releer el Quijote, releer el Ulises joyceano, y por arte sincrónico internarme en la profundidad junguiana del Libro Rojo.

La noche en la que acaeció el portento de Soda Bar Andrómeda es el meollo de este relato que mi amigo el loquero onírico, me recomendó activar en modo terapia del alma, o más bien diría yo que es en modo ficción de una realidad que experimenté a plenitud y que no es posible clonar sino apenas hacer de los hechos concretos una narración extraordinaria o algo así. Voy a ello sin más preámbulos, la noche empezó saludable como en las otras ocasiones que acudí a la Milla Histórica o Ciudad Vieja, cenando delicioso menú vegetariano en Cueva de Godzilla, magnífico establecimiento festoneado con hologramas nítidos de retratos de especímenes de iguanas marinas, qué maravilla de imágenes subacuáticas y de orilla gris rocosa volcánica, qué colores de estos expresivos dragones que evocan a godzilla en miniatura, qué lagartos tan fotogénicos como inofensivos que sin el menor esfuerzo destilan salvaje hermosura. Estos seres luminosos, endémicos de las Islas Encantadas, inspiran el nombre, las texturas y sabores de Cueva de Godzilla, de ahí que era mi abrevadero y punto de degustación gastronómica especializada antes de hacer el recorrido por Ciudad Vieja y su arquitectura barroca y tesoros patrimoniales que datan de los siglos coloniales. Concluida la vuelta de rigor entre soberbias catedrales, me dispuse a tomar el exquisito bajativo que es más que caminar un deslizarse calmoso, sobrado de tiempo, desocupado del mundo de termita Homo sapiens, por Callejón Anticuarios. Esta vía de exclusivo uso peatonal devino en amplia calzada de grandes planchas rectangulares de piedra azulada, simulando al camino del Inca provisto de porosidad para en días de lluvia evitar resbalones molestos y así facilitar el andar distraído entre las vitrinas de la variopinta oferta que en su abrumadora mayoría vende objetos decorativos intrascendentes, como dije antes son tiendas que no son anticuarios en sí sino un remedo de lo de Arturo.

La noche de media luna matizada por sendas nubes estriadas, vino seca y brindando cierto calorcito primaveral que no es raro pero tampoco algo corriente en el clima montañés templado al pie del macizo de Los Pichinchas. Fue bienvenido el usar americana ligera merced a la calma eólica y la claridad atmosférica, caminaba sin el menor asomo de aire avasallante y con el ambiente histórico resplandeciendo como si un chubasco repentino hubiese acontecido hace poco, fungiendo de limpiador ocasional y, por añadidura, perfumando el lugar con efluvios de granos de café recién molido y aromas de menta silvestre de la montaña andina. De entrada, además de la inusual nitidez atmosférica me llamó la atención que no había gente en el callejón que tiene la etiqueta SS (seguro-seguro) para el turista nacional y extranjero, jamás se ha escuchado de conatos de asalto a desprevenidos transeúntes y peor aún de crímenes, es tal cual reza la leyenda municipal, sin ápice de exageración: “Callejón Anticuarios está libre de violencia”. O como dice parte de la letra satírica de *Paseando en el cielo*, del conjunto metalero SOS, “[...] soy una bestia feral pero acá seguro-seguro no he derramado una gota de sangre humana”. En todo caso, me sentía muy a gusto con la calzada vacía, al grado que lucía más original que nunca en vez de una ilusión temporal, y, después de algunas noches de media luna en el río del tiempo, ha prevalecido en la memoria así de atractiva y profunda.

Caminé absorto en el centenario silencio del callejón hasta topar con el granito del Anticuario de las estrellas (hago esta referencia a la noveleta de Siluro porque se me vino patente el momento en que al

personaje principal, Vivanco, se le abre la puerta al espacio sideral... Sí, en una noche tan espectacular y fantasmagórica como la mía).

Las tiendas estaban cerradas al público aunque las vitrinas mostraban los productos de la oferta, parecía que los dueños acababan de cerrar sus puertas para tomarse un recreo nocturno a distancia de Callejón Anticuarios y que cualquier rato retornarán al igual que el vaho humano despedido por multitud de turistas. Sí, algo fundamental echaba en falta en la calzada sin que me percate a conciencia de ello, me había ido de largo a la pared de granito azabache porque titilaba cual cúmulo de estrellas vistas desde el desierto de Atacama, y yo era el escogido para atender su lamento celestial. No paré hasta que palpé y posé segundos las palmas de mis manos en el portal que de cerca perdió su magia estrellada y no se abrió para mí como sí lo hizo con Vivanco, por un momento había creído que se me iba a dar la puerta sideral y que desaparecería sin dejar rastro tal cual sucedió en la ficción de Siluro.

No es chiste, estaba presto a desaparecer a voluntad, quería ser succionado por la pared de granito, no importaba si hubiese sido para que al cabo "los marcianos" hagan ceviche del curioso impertinente que de una quiso ser viajero estelar. Esto de "los marcianos" devoradores de especímenes Homo sapiens, cual si fuesen rara exquisitez de la gastronomía galáctica, sí es un chiste. Ahora más que ayer no me cuadra en la mente que extraterrestres que conocen y practican traslados intergalácticos, que se sirven de la tele-transportación, no tengan para sí la integración molecular de su menú alimenticio y nutritivo, ¿qué sé yo qué comerán?; de pronto, el

aire es su comida y bebida, y en un santiamén degustan lo que les brinda el horno atómico de la buena mesa universal.

Creo que los monstruos lovecraftianos devoradores de hombres pululan dentro de mí, son las criaturas dantescas de un infierno personalizado; después de haber sido cliente VIP de Soda Bar Andrómeda, sé que es una realidad innegable que el ente de sin par belleza integral cósmica que se llevó algo de mí, o quizás lo correcto sea decir que tomó todo de mí, no se nutre en absoluto a semejanza del máximo bípedo depredador y omnívoro cadaverófilo terrenal.

Regresando de la pared sin haber sido premiado con un viaje a las estrellas, fue que tomé conciencia de que la realidad mía en Callejón Anticuarios supera la aventura espacial de ficción de Vivanco. “¿Dónde estás?”, interrogué en voz alta como cuando se pierde una cosa funcional que se tiene a mano y de repente asoma en tus narices porque se movió de su sitio habitual lo suficiente para que uno se desconcierte. Parado bajo el toldo de El Transeúnte, la tienda imperdible frente a lo de Arturo, revisé minuciosamente que los establecimientos vecinos con sus membretes respectivos seguían dentro de la normalidad aparente, y no daba crédito a la novedad que por fin se materializaba ante los ojos como sacada del Teatro Mágico... solo para locos, no para cualquiera, que atrapó a Harry Haller, alias el lobo estepario, con los irresistibles efluvios seductores de Armanda, la joven que en vano intentó amansar al maduro y feroz espécimen, aunque sí le enseñó a bailar el foxtrot... (A propósito, hubo chance para el humor y pensé que hubiese sido divertido practicar el alegre baile de las grandes praderas estadounidenses, “el paso del zorro”, aunque extraño, paradójico, siendo como soy lobo de páramo andino).

En el lugar preciso del que se había esfumado la tienda inconfundible de joyas de arte escondidas de Callejón Anticuarios, se mostraba intermitente un letrero rutilante de neón que avisaba de la presencia de un negocio ajeno, incompatible, en su totalidad no solo a lo de Arturo sino al espíritu de la calle romántica por antonomasia de Ciudad Vieja. Soda Bar Andrómeda, decía el cartel en letras rojas de fuente gótica ubicándose en el centro de una figura hipnótica monocromática, circular, que en primera instancia creí simulaba la boca de un túnel o agujero gusano en perspectiva. ¿Cómo fue que en el lapso de cuarenta días se mandó a mudar el anticuario de Arturo sin que él mismo no me hubiera avisado de su partida del callejón? ¿Cómo fue posible que no me haya enterado de un suceso que debió haber sido noticia en el ciberespacio que navego? Fueron las preguntas de rigor que me hice frente a lo que esa noche no me devolvió la imagen del anticuario que, cual rayo de lucidez, me hacía descubrir preciosidades para que dejen el anonimato de tienda y pasen a ser forma y materia sublime del hogar del montañés.

Estaba despierto y atento, tenía conciencia de que a lo de Arturo me dirigía no con la idea de comprar cosas que no quiero sino de hacerme de otra pinturita que aligera el alma y alegre la cruda realidad interior del existe-vividor. Quería una flamante obra de arte incorporándose a los árboles y las flores que expelen poesía acotada por muros de bambú domesticado, esto a falta de paisajes oceánicos como los que alimentan el espíritu inquieto del capitán del Mar de Sargazos. No era asunto de restregarse los ojos ni pellizcarse el cuerpo, frente al transeúnte se enmarcaba el túnel rutilante de Soda Bar Andrómeda en lugar del anticuario de Arturo, y hacia ese espiral

hipnótico me dirigí con la firme intención de romper su encanto externo y ver de cerca su fealdad de neón. Quise forzar a que se despeje el fenómeno artificial y que tome la forma vulgar del negocio que había expulsado de Callejón Anticuarios al único establecimiento que respondía con creces y mayúsculas a la etiqueta de Anticuario. Me dije cruzando la calzada a paso de lobo vengador, que si había manera de entrar al sitio lo haría sin pestañear para descubrir cuán repelente debía ser por dentro, iba dispuesto a consumir uno o dos tragos de whisky, en lo posible *Wild Turkey 101*, y así pasar de tener pena de no volver a Callejón Anticuarios sabiendo que había rescatado a tiempo un tesoro de lo de Arturo. Pero la obviedad que iba a destapar con los sentidos me fue negada, nada de husmear en un soda bar intrascendente donde pedir whisky serviría para inferir las cuestiones indispensables, ¿qué ocurrió con lo de Arturo, a dónde se fue?

La forma, que más o menos a nueve metros de distancia, reflejaba una suerte de espiral magnética, la que yo creía una puerta falsa gracias a los efectos especiales de las luces de neón, resultó que no era ilusión óptica para devenir en una realidad insoslayable. La boca rutilante y monocromática de agujero de gusano, era la entrada en sí del soda bar, y dejó de ser un letrero alucinante y, de repente, la voz de Andrómeda me invitó a pasar con cadenciosas palabras que fueron directo al caletre. La voz de Andrómeda -¿cómo llamarla de otra manera?-, iba más allá de calificativos de sensual, picante, caliente, etcétera... diría que su llamado mental fue irresistible para el sujeto del pensamiento. La respuesta mía no se hizo esperar, ingresé al túnel sereno como si fuera asiduo cliente de Soda Bar Andrómeda. Fue un instante en mi memoria y sin embargo creí haber hecho un

viaje largo e impensado en la nada, digamos que en cosa de segundos inmedibles en el tiempo astronómico pasé de estar estático en el túnel rutilante a verme inmerso en un ambiente saludable e íntimo que movía al relajamiento en vez de propiciar tensiones corporales. Estaba incorporado a una sala de estar magnífica, el piso venía cubierto de madera de fondo blanco con vetas rojizas que se extendían cual red de micelios del reino fungi, esto bajo el techo visual que consistía en un domo solar y paisajístico tridimensional. La primera acción de voluntad fue cerciorarme del diámetro de la sala: conté sesenta pasos regulares de un extremo a otro y di una vuelta completa por el borde del límite marcado por la circunferencia del domo, fui palpando las paredes del contorno con las manos, eran hechas de la misma madera y colores que la del piso.

Conforme la modalidad de lo visual se fue acoplando a la sala, el diorama decorativo que cubría el techo y buena parte de las paredes, era visto desde cualquier lado, su profundidad en perspectiva se acomodaba a la distancia de enfoque óptico y remitió la pinturita ideal de un pajonal de superpáramo andino que peina el viento y el sol naciente doraba sus hebras hasta toparse con la azulada roca cimera del Ogro Quilindaña. La voz de la anfitriona intervino en mi mente para comunicarme que era la pirámide estrato-volcánica del Ogro Quilindaña y de sus pajonales sublimados desde mi subconsciente. O sea yo mismo era el creador del diorama que ponía serenidad y alegría ambiental al lugar de Andrómeda.

El ser femenino que aguardaba conocer con los sentidos se materializó en el domo, ¿acaso fui yo el que encarnó a esa diosa cazadora? No hubo necesidad de abrir la llave de las palabras

vocales, entablamos una conversación mental sin tapujos y sucedió lo que yo deseaba que se concrete: carnalidad pura y dura. “Muerte cruzada”, dije yo bromeando hasta el final. “No, esto más bien será vida cruzada”, dijo ella divertida. “¿No digas que me has inoculado una especie de virus creador de vida extraterrestre?”, dije sin ápice de aprensión por cualquier intercambio de protoplasma que se haya producido entre nosotros. “¡Qué chistoso eres!, me refiero a que fuiste tele-transportado, es decir el otro está allá y tú te quedaste aquí, ¿entiendes, mi queridísimo representante de la humanidad?...”. Dicho esto esa figura perfecta de lo femenino en el varón domado, se des-materializó pero no se fue de la mente, ella dio explicaciones de todo lo que tuve a bien pedirle esclarezca mientras me hallaba de nuevo afuera del portal rutilante de Soda Bar Andrómeda, ya caminando por la calzada vacía en pos de salir del amable silencio y nítida atmósfera de Callejón Anticuarios.

A la verdad no estaba preocupado por cómo mismo funcionó la tele-transportación, si yo podía retornar a mi hogar seguía aquí y, el sujeto de la experiencia que se fue por el agujero gusano al planeta de Andrómeda, que prosiga allá con su destino manifiesto. De regreso a mi lar, cuando me enteré de la hora que era -antes de bajar miré con atención en el panel electrónico del taxi que me trajo a casa-, y vi que apenas daba diez minutos pasados de las nueve de la noche. Pasé de elucubrar sobre la relatividad del tiempo porque lo que había sucedido en Soda Bar Andrómeda era una realidad indiscutible, así que sin encender luces como es mi sana e inveterada costumbre, y encima acolitado por el claro de luna iluminando los amplios espacios de circulación libres de puertas, fui directo al dormitorio y me metí en el sobre, y ¡buenas noches! Dormí de un tirón, tan a gusto que a la

mañana siguiente disfruté como si fuese un santo saliendo de una temporada de infierno en el desierto de Gobi, los pequeños placeres de la ducha y el café sibarita hicieron el resto para agarrar al flamante día por los cuernos. Me tomó una hora y pico atender el tele-trabajo de ingeniero máster en proveer fórmulas mundiales para dinamitar mamotretos espantosos y espantables fruto del letal desarrollismo humano, esto fue actualizarme con el futuro en lo de ganarse el pan cotidiano, esta vez estuve inspirado y lo hice para los tres meses venideros, un récord; sí, tuve fortuna, la última ocasión tardé lo mismo en lograr las habichuelas de dos meses.

Por lo demás, las acciones posteriores a seguir tras el portento acaecido en Callejón Anticuarios, las dejé como tarea del descanso nocturno. Evité elucubraciones diurnas de lo acontecido bajo el influjo lunar, remití al subconsciente lo pertinente al lado oscuro y tenebroso de mi encuentro con Andrómeda. La respuesta de qué hacer vino diáfana: no hice nada al respecto, solo tenía que aguardar a que la información me llegara por sí misma a través de los medios de comunicación del ciberespacio. Transcurrieron cincuenta días y me había mantenido en mi intención de no volver a Callejón Anticuarios, la fecha coincidió con mi gana de visitar la página literaria *Deambulando*, y recién sacado del horno virtual me encontró la noticia que quería escuchar, servida en bandeja de silicio por *La crónica urbanícola de Mariangula*: “Ha pasado una semana , el martes trece de julio del año corriente caí con la tardecita en Callejón Anticuarios, donde el plato fuerte fue develar, en exclusividad, el reino de Arturo, el anticuario [...]”. Hurra, y mil veces hurra, lo de Arturo no desapareció, el que desapareció de allí fui yo.

Sigo siendo el mismo dinamitero de ayer y el individuo de allá, el espécimen tele-transportado, asumo también lo será porque, de acuerdo a Andrómeda, él iba a hacer su existencia a imagen y semejanza de la mía. En otras palabras hará la cotidianidad que esos seres que habitan una dimensión inmaterial le han implantado, esto sin que sufra traumas emocionales tipo nostalgia patológica. El ser de la experiencia tele-transportado tendrá sus demonios y ángeles interiores, vivirá a tope en el planeta diseñado para ser carne de cañón y a la vez edén de especies incorregibles como la nuestra. Andrómeda, me dijo de yapa, para una mejor comprensión del todo, de qué se trataba el experimento de los suyos: “allá estamos montando continental zoológico de especímenes Homo sapiens”.

La muela del Cotopaxi

El volcán Cotopaxi no se percató o también podría ser que a conciencia pasó de contestar el fraternal saludo de Taita Chimborazo. Nada de aspavientos, fue una ligera venia como viene siendo inveterada costumbre inter volcánica, aunque sí le infirió discreto guiño al compañero de orogenia, esto a manera de cortesía avisando que la medianoche está servida para un banquete de poesía primordial. Taita Chimborazo no se sorprende por su heteróclito vecino, en cierto modo todo volcán que se precie de sí tiene algún grado saludable de anarquista y no diría que son malos modos del joven Cotopaxi, es cosa corriente su adolescente distracción y humor intempestivo a veces eufórico, a veces cascarrabias y no menos veces envuelto en la serenidad de perezoso andino filósofo.

“No se sabe con este muchacho vividor a tope, rayado, díscolo, a lo mejor está lidiando con la muela del juicio... ¿Qué sé yo?”, vibró para sus entrañas Taita Chimborazo, divertido y de buen talante. La noche límpida de luna llena viene a punto de golosina geológica para la modalidad del poeta que es él en noches como esta. Sus ojos privilegiados se han acomodado en el pedestal volcánico de la montaña tropical más prominente de Gaia que es y será hasta que las erupciones acaben por achicarlo y devenir en una loma cualquiera perdida entre el lomerío, mientras tanto es la mole andina dominante, superalfa, es el Taita Chimborazo que se levanta desde las entrañas del cinturón de fuego equinoccial y tiene a su haber tres miradores: dos pre-cumbres y la cúspide que culmina la silueta proa a la cara

pálida de Selene, la deidad monocromática que irradia paz y silencio en el vasto territorio visible merced a la nitidez ambiental. El coloso andino abarca con su mirada kilométrica, caleidoscópica, que cubre trescientos sesenta grados de paisajes de tierras altas en primer plano, incluidos los colosos andinos vecinos, y vistas panorámicas de las gradientes y pisos biológicos que descienden al océano Pacífico, y a la cuenca amazónica.

En la temprana noche primordial contempló a la mega-fauna pululando en los valles desparramados en sus cercanías, manadas de mastodontes y otros grandes herbívoros paciendo y ramoneando mientras sus depredadores naturales acechaban por tierra y aire a los especímenes más jóvenes, débiles, enfermos o mejor aún, que son ya carroña conformando una comida fácil. Es la ciega evolución aferrada al ensayo y error de la lucha de las especies por preservarse en las parcelas de Gaia. Taita Chimborazo fascina con la visión de la megafauna en los valles interandinos que circundan sus estratos inferiores, aunque por su condición de ente geológico está sujeto a la orogenia planetaria y ha sido, es y será atento testigo del proceso evolutivo de las criaturas zoológicas que batallan en la Arena Gaia. Adora el vaivén de ejemplares mamíferos que a sus ojos lucen adorables, desde osos a tigres dientes de sable. No obstante, añora la visión de los tardíos dinosaurios de su infancia, los últimos que avistó antes de la total extinción de los lagartos terribles que pululan en su memoria mágica, asume que es por su forma reptiliana que le remiten un no sé qué de los Dragones de Gaia, más allá de que estos últimos lograron una estética depurada y fractal sin menoscabo de su poder defensivo y de repulsión contra cualquier ente interno o externo que amenace el equilibrio terráqueo. Lo rústico de los lagartos terribles

trajo el recuerdo sofisticado de los Dragones de Gaia, y no es en vano, es una suerte de aviso de que en breve tendrá el honor y placer de que se dé el encuentro milenario de rigor con los mensajeros de Gaia, seres divinos que lo visitan en veladas de atmósfera clara como esta noche de ensueño.

Extasiado en la medianoche se nutre de poesía estrellada; como el potente volcán que es, se atiene al tiempo eónico al que pertenece y que transcurre entre milenios, lo demás es vivir a todo pulmón las circunstancias de la era geológica que lo acoge en el presente y futuro inmediato. Así, Taita Chimborazo, flotaba a discreción en el delicioso manantial de poesía ancestral y lunática brindaba cuando el Cotopaxi prendió la alerta con una desapacible vibración subterránea, «no vaya a querer erupcionar justo en este instante encantado, y eche a perder las siete armonías que lo cobijaban».

– ¡¿Qué te pasa animalito de Gaia?!

– Me tiene podrido la muela del juicio... Estoy tratando de expulsarla de mí sí o sí, ¡¿entiendes?!

Taita Chimborazo tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar las fortísimas vibraciones de una carcajada monumental que hubiese sido receptada a cientos de kilómetros a la redonda, al cabo consiguió trocar en sendas muecas moderadas de conmiseración y solidaridad con su vecino. No le iba a contar que el chiste que se mandó para sí mismo, eso de “no se sabe con este muchacho díscolo, a lo mejor está lidiando con la muela del juicio...”, se hizo realidad y ahora no le

toca hacer de doliente sino ser algo más que eso, fungir de juicioso consejero y así ganarse pizca de aprecio y consideración del otro.

–Si te calmas y dejas de eructar a lo bestia primordial y paras de lanzar maldiciones procaces a los cuatro vientos te podría servir mi experiencia al respecto, ¿qué me dices?

–Dale Taita, dale... por una vez en tu eónica existencia preocúpate por mí.

Taita Chimborazo sonrió evocando la lucha que tuvo para deshacerse de su propia muela del juicio que a la postre se transformó en gigante mineral viviente e insoslayable, una joya de la orogenia. “Oh, memoria mágica ven a mí”, vibró entrando en reorganización retrospectiva a la noche lunática en que él mismo fue protagonista de la expulsión de la mayor muela del juicio que jamás se ha posado en el cinturón de fuego de Gaia y que, por añadidura, tomó vida propia convirtiéndose en volcán independiente. Aquel diente fue bautizado con el nombre epiceno de Carihuairazo, devino en una mole andina que creció a largos tirones sobrepasando los cinco mil metros de altitud sobre el nivel del mar, y que se yergue apenas a diez kilómetros de su progenitor. “Veamos qué gema nos arroja el joven aún”, vibró interesándose por la coyuntura fenomenal del Cotopaxi.

–Vamos de lleno a la cosa mi dilecto vecino. Solo hay un primer paso indispensable, el resto rueda por gravedad. Y es servirse para hacer gárgaras del elixir espirituoso que nos donó Gaia a través de Pangis –Oh, divina reina dragonil de los Guardianes de Gaia–, en la última convocatoria a la asamblea de los volcanes de nuestra zona

ecuatorial, ¿imagino, joven aún, que debes de tener una reserva del líquido del multiverso mágico embodegado, o no?... Que recién te acuerdas del elixir, que lo tienes todo a tu disposición, entonces estás hecho almita de Gaia. ¡Vaya cogorza bendita y sin resaca que vas a agarrar! Yo voy a traer de lo poco que me sobra para acompañarte en el ritual de la expulsión de la muela del juicio, es momento de escanciar mis reservas hasta el concho, presiento que voy a reabastecer el elixir ya mismo, respiro en el aire el advenimiento de la convención milenaria con los Dragones de Gaia, se acerca a aletazos uniformes del comandante Aleph Dark.

—O sea que me vas a acompañar en el dolor hasta que se rompa la noche y los dragones de oriente incendien el pajonal al alba, así se habla Taita Chimborazo... Voy por lo mío y tú vete a por lo tuyo, aquí nos topamos en breve. Me amanezco, Taita... ¡Me amanezco!

Quedó atrás la medianoche y, Taita Chimborazo, se ve metido en las gárgaras que vinieron a ser preámbulo cómico antes de la cosa en sí. El condumio del ritual son las abluciones de mente y materia con el elixir de Gaia. A la verdad, no está metido en esto únicamente de puro comedido y gracioso, es auténtico placer hacer de instructor personal y que por imitación se anime el Cotopaxi “a sancochar de raíz” la muela en cuestión al punto que se ablande lo suficiente para que de repente surja el tremendo estornudo que por inercia eche afuera el objeto del suplicio del doliente. Se guarda de avisar al otro de que le sobrevendrá tan repentino como potentísimo estornudo tectónico, el proceso tiene que fluir natural y que conforme avanza sea ocasión para el encuentro inter volcánico atento con el coloso que presume de

tener la mayor reserva de poder de fuego, acá en las entrañas de la mitad del mundo de occidente continental.

–Oh, dragones divinos, inolvidables Aleph Dark y compañía festiva, cuánto los recuerdo y aprecio ahora que exprimire hasta el concho el elixir de Gaia... Oh Pangis, dragona portadora del sagrado encargo del que me había olvidado, desconociendo sus cualidades por simple negligencia. Oh, elixir de Gaia, que no prescribes en el tiempo y estás a punto de manjar milenario espirituoso en boca. Mira tú por dónde vengo a trabar una cogorza del padre y señor mío a cuenta de la muela que ya va sancochando de raíz como bien anotaste, magnífico Taita Chimborazo, era el paso previo para hallar alivio y solaz en la noche lunática e impoluta que empiezo a gozar tal cual lo hacía en la niñez cuando surgió la gran floración en estos pagos, el portento natural que puso colores y perfumes embriagantes a un paisaje vegetal pálido e imberbe que venía mustio, gris, ¡qué explosión de fanerógamas fue aquella que pintó la infancia! Así, limpiando el gznate y sosegando los nervios de los múltiples conductos de la muelita fastidiosa, ¿quién no se vuelve juicioso? Me amanezco, Taita. ¿Qué me dices, acolitas o no? Si te hace falta más elixir yo poseo de sobra para compartir contigo cuando gustes.

Taita Chimborazo, se contagió del recogimiento aristocrático del joven Cotopaxi, son dos entregados a la psicoprofilaxis que es la poesía lunática rezumando de los pajonales descendiendo a las delicias que proveen los valles interandinos a la mega-fauna rumiante, ya en reposo nocturnal. La libación del elixir provoca melodiosas vibraciones, suscita silencio filosófico y soledad divina, nada más lejos de expansiones estridentes de ebrios alucinados. El Cotopaxi pasó de

las gárgaras explícitas del inicio, que fue una suerte de broma compartida con su tutor, a cometer abluciones rítmicas que dispersa el elixir en los conductos de la pieza rebelde y por añadidura fluye el grueso del valioso líquido en la intrincada red subterránea de canales lávicos, haciendo una limpieza idónea hasta el origen del complejo sistema eruptivo del volcán.

El silencio de la noche estrellada se va apagando junto al efecto monocromático de Selene encendida, la amplia visibilidad ambiental del páramo cede a los incendios de los dragones diurnos de oriente, la alborada entra con el trino de jilgueros de altitud entre vapores y perfumes almibarados, picantes, del rocío bañando verdiamarillo pajonal. De repente, irrumpe en la melodía alada del amanecer el gran estornudo tectónico del volcán Cotopaxi, la muela peleona salió disparada a la estratosfera pero la gravedad detuvo su viaje espacial y la mandó de regreso aterrizando en caída libre con estrépito. Taita Chimborazo, supo de inmediato que se había dado el acontecimiento esperado en medio del delicioso letargo en que lo había sumido el sol naciente.

El volcán Cotopaxi, que se hallaba sumido en sabrosa vigilia, activó la alerta ante el estremecimiento que se produjo desde los cimientos de su ser volcánico; a no dudar fue el salvaje estornudo que le vino de súbito lo que lanzó algo suyo, muy suyo, por los aires. Al escuchar el impacto de una roca hundiéndose en algún lugar del arenal que circunda las estribaciones limítrofes con sus glaciares, constató que había volado la muela del juicio. No cabía de gozo al enterarse que se libró del problema en un suspiro y sin que haya previsto esta situación sublime, vaya que la cosa no se quedaba en

“sancochar la muelita”, como aconsejaba Taita Chimborazo –mostrando su lado humorista–, sino que en realidad lo que proponía era la expulsión aérea del diente rebelde.

Tras el sol naciente no hubo helada mañanera y el joven Cotopaxi vislumbra que disipada la niebla habrá límpido cielo celeste arriba de los valles cálidos y altiplanicies templadas de la serranía. Los picos andinos serán pinturitas indelebles en su memoria mágica, esto después de que en un instante de los incendios del alba estornudó con tal fuerza que se rompió el exquisito arrobamiento que lo arrullaba. Para él no había la expectativa de ver brincar a la muela en el claro de luna nocturnal ni al amanecer, y por ello el sacudón lo conmovió aunque se perdió el espectáculo visual porque la niebla lo impidió, en todo caso fue un suceso sonoro y chispeante el choque de la pieza contra el suelo volcánico, asumiendo que se clavó en algún punto de sus estribaciones menores. Una vez que se disuelva el mar de nubes que se suspende volátil cubriendo su masa estrato-volcánica, tapando la visión de los arenales y páramos que lo rodean, se sabrá cuán grande es el diente y su secuela del impacto y cuán lejos fue arrojado de su cráter escupidor de magma.

Taita Chimborazo agotó sus reservas del elixir porque la ocasión vino propicia para ello, está en paz con la dosis recibida y también contento de no haber requerido de echar boca de las copiosas existencias del Cotopaxi, pues, no va por la vida de ansioso. Además, esto de gastarse lo suyo a tiempo, lo coloca en mejor disposición ante la próxima visita del milenio de los Dragones de Gaia, no lo quepa duda de que la convención de dragones en la mitad del mundo del altiplano andino va a reventar en un encuentro aún más celebrado que

el vivido en el milenio inmediato anterior, cuando tenía un sobrante del elixir que aumentó sus reservas sin que se haya propuesto acumularlas.

– ¡Me amanecí!, Taita Chimborazo, me amanecí en libación celestial. Se ha renovado el tuétano de mis conductos lávicos; he limpiado mi mente y materia pasando por el guargüero, sin desperdicio, hasta la última gota del elixir de Gaia. ¿Dónde estará la muelita? No tengo cabeza para buscarla... Ayuda con tus ojazos de alcance telescópico y de gran angular trescientos sesenta grados, a rastrear la pieza disparada por arte del estornudo salvador que arribó como todo lo memorable, intempestivamente. Imagino que habrá que bautizar, ponerle nombre, tal como es la tradición ancestral de los nuestros cuando un fenómeno orogénico nos despierta el alma y remece la materia de la que estamos compuestos, ¿o no?

Taita Chimborazo hizo cálculos mentales valiéndose de la experiencia de sus oídos receptando ondas sónicas, y clavó sus ojos en las faldas sur-occidentales del joven Cotopaxi, siguió la pista por la cañada humeante, recién abierta, que se dirigía al arenal de los glaciares bajos del volcán y ahí estaba la muelita reluciendo cual joya orogénica color miel parda. “¡Fascinante!”, vibró en sus fibras íntimas. Al pie del joven Cotopaxi, demasiado cercana como para desarrollarse a la manera del gigante en el que se convirtió el Carihuairazo, yacía una muela encantadora, apacible, hecha y derecha. “Y así se va a quedar”, volvió a vibrar para sus adentros.

–Joven aún, mira junto a tus pies sur-occidentales, es toda una figura digna de la hermosura terrenal de Gaia. Resplandece, no hay dónde perderse, ¿la ubicaste?

–Pero qué cosa fenomenal resultó mi muela del juicio, vendrá a ser un relajamiento involuntario de mis ojos. Y has pensado en algún nombre, Taita...

–Es tu opción y privilegio, no el mío. Yo le colgué a mi monstruoso diente el primer nombre que se me vino como un rayo, fue una inspiración del fuego planetario.

– ¡Morurco...! Ya está consumado tu bautizo, diente mío: tú nombre epiceno y orogénico es Morurco.

Charco contemplativo

Entro a la zona de amortiguamiento del Charco contemplativo, ha llovido y la senda barrosa serpentea entre verdes sudando en la maleza y el bosque de árboles lechosos dispersando perfumes salvajes de dríades propiciando mugidos de estación de acoplamiento de tortugas gigantes. Jilgueros trinan y se extraña la larga ausencia del pájaro brujo que, a la sazón, no he avistado ni siquiera de lejos en las tantas inmersiones que he venido haciendo a los fragmentos de isla que son parte del menú de andar y ver, fragmentos que en sí constituyen mundos aparte, son creaciones prehistóricas que han venido incorporándose al comensal ancestral conforme se descubren en tiempos y espacios distintos. Me congratulo por ser un “comensal ancestral”, ¿a quién de mis conocidos reales o de ficción se le ocurrió esta regia auto-denominación? No existe una respuesta exacta, siendo que fueron algunos a la vez -me incluyo en ellos- los que lanzamos al “comensal ancestral” en el ciberespacio conocido... y más allá aún. Lo verídico es que le calza bien al sujeto de la experiencia y del descubrimiento que está descendiendo por amable desnivel hacía el charco contemplativo, eso sí batiendo barro y enjuagando, en menudas concavidades que han recogido agua lluvia, las sandalias de senderismo con suela para doblar espinas y provistas de tracción pantanera.

Penetré al mundo de las tortugas gigantes del oeste embebido en los aromas, flujos y reflujos del próximo encuentro con el charco contemplativo. Qué me deparará la vuelta de rigor al silencio que

durante meses abastece de cantares prístinos a la mente del ciudadano anclado en la desquiciada megalópolis Medusa Multicolor, que en sí es el reino del sujeto sujetado a sus herramientas desarrollistas y los objetos inherentes al diario tránsito por versátil contaminación psicobiológica, psicofisiológica, el pan de cada día para la estupidez de la especie humana, ejemplo rampante, el ente del rendimiento positivista que no pasa de la tercera página de una ficción exigente. Sí, tengo una isla verde dentro del purgatorio terrenal de la rebelión de las masas, es el mínimo espacio arbolado que permite respirar dignidad entre la prisa de los engranajes que mueven la máquina del colapso del planeta de los humanos.

La inmediata anterior visita a este lugar que me llena de la gracia original de lo mudable, se difumina para dar paso al tiempo mágico y al instante de siembra, a la vida suculenta en borrador e incorregible. Los huecos oblongos construidos por las tortugas para ser espacios de higiénico placer, otrora vacíos y cuarteados en la temporada de sequía, están húmedos, semilenos y dispuestos para rebosar de agua lluvia. Vacíos no lucen, y hoy resaltan los ocupantes refocilándose en ellos; son tinas que tienen espíritu porque ha llovido lo justo para ser animadas con gracia tortuguil. Y es el tiempo de piletas ovaes agradecidas por recientes aguaceros que las hagan una tentación ineludible para el hedonismo acuático de regios especímenes de *Chelonoidis porteri*. Cuánta poesía derrama el sotobosque cuando se muestran los quelonios beneficiándose de bañeras hechas a la medida de su soledad aristocrática.

La expectativa mayor era cómo iba a encontrar los parajes selváticos de orilla y cómo se presentaría el charco de mi ambición

contemplativa; al cabo, la senda estaba despejada aunque en ciertos tramos había batido barro con los pies, y no se había perdido bajo el agua que en pasada visita me llegó a las rodillas y con ello me negó la entrada a la fuente inundada. Sí tuve acceso a espacios herbosos húmedos pero fácilmente transitables antes de toparse con lirios vistiéndose de gala para el banquete de mariposas monarca. De repente alzo a mirar al cielo celeste parcialmente adornado por nubes volanderas que se reflejaba en la fuente, y veo la réplica del instante. Con esto quiero decir que tengo ante mí al otro espectador que me observa como yo a él, ambos alzando a ver hacia arriba y en el espejo del agua que de súbito se formó sobre mí y de hecho sobre el charco replicado o desdoblado en el cielo abovedado y que seguramente para el de arriba es al revés... complicado es esto de contarme a mí mismo el fenómeno pero la cosa fluye nítidamente en los sentidos comandados por la modalidad visual. Mi momento es tu momento, dijimos yo y el otro yo al unísono. ¡Qué serendipia!, vine a encontrarme con las tortugas gigantes copando el paisaje de la cocha y me hallo conmigo mismo arriba y abajo, pues, en el reflejo de la película de agua veo igual al trasunto que alzando a verlo al son de tibio viento. Al cabo, el otro yo –de cada cual– se expresa y reflexiona idéntico. El humedal se había expandido y con ello haciendo que desaparezcan las pinturitas veraniegas de playitas copadas aquí, allá y acullá por sendas manadas de quelonios bañistas, y no había tampoco cáfila de patillos brincando al agua desde trampolines rocosos para nadar en hileras cruzadas. No extraño la voluminosa y gentil presencia de las tortugas gigantes porque tuve suerte de que en el sendero retozaban ya en soledad, ya en parejas y tríos beneficiándose de piletas aristocráticas.

A golpe de ojos mansos y adormilados apenas se habría reflejado una charca verdosa vacía de las especies zoológicas endémicas que engalanan el bochorno vegetal, pero no es la charca de aguas fangosas calentándose en la quietud de bosque primario lo que veo porque estoy inmerso en la modalidad visual del bípedo despierto, y es la que se disparó duplicando el paisaje y al espectador donde por obra de caprichosa meteorología se esfumó el balneario, el comedor y el abrevadero de tortugas gigantes, donde batir y untarse de lodo no solo limpia y provee vitaminas a su cuerpo acorazado y piel rugosa, sino que viene a ser idóneo desparasitante externo. Aquí flota la poesía de nenúfares de isla tropical sudando el medio día. Y más allá de cualquier observación naturalista tengo por delante a la fuente de las delicias festoneada por bosques de manzanillos y guayabos que la circundan.

Me veo haciendo la vuelta a la doble charca, ya por dentro pisando entre lirios de flores fucsias y pastizal reverberando cara al sol, ya por fuera tomando el senderito abriéndose paso en la espesura del ramaje artrítico de guayabos barbudos y manzanillos de frutos prohibidos al paladar del bípedo goloso. Aspiro el aire benigno de la fuente de las delicias, es parte del maná del que estoy siendo convidado en este esplendor y hechizo mimético. Evoco a la avifauna del lugar y su reflejo asoma en la película acuática: hileras de coloridos patillos, gavillas de gallinulas de cresta roja; una pareja de garzas de Tero real picoteando larvas en la orilla, las mentadas monjas americanas dan zancadas dejando terrosa estela a su paso; fragatas magníficas provenientes de la línea costanera portan consigo música de cuerdas aerodinámicas al quitarse la sal del cuerpo emplumado con sacudidas fulgurantes, un pestañeo sumergidas y a mandarse a mudar.

La isla de Gandulfo

Gandulfo, esgrimiendo la posición estratégica de combate diseñada por su especie marina cuatro millones de años ha, luce impotente, temible, sobre todo a la distancia; dispersa advertencias feroces con rugidos secos inaudibles por el viento y las olas chocando contra la orilla rocosa del territorio que defiende contra enemigos visibles e inmediatos como Fierabrás y Mambrino y, por añadidura, previniéndose de los invisibles dragones que cualquier rato brotan del piélago para orillarse tras haber consumido la dieta de algas submarinas que prosperan en corrientes templadas y escasean cuando la corriente caliente del Niño se prolonga demasiado, provocando hambruna y muerte por inanición en especial entre los individuos alfa que para mantener sus colores –lunares negros, manchas rojas y tonalidades verdes que resaltan el dorso ahíto de púas blancas y prominentes– azogando intensos y atractivos en temporada de apareamiento, apenas se alimentan.

Al otro lado del charquito de marea baja, pintando las aguas cristalinas con algas rojas y pardas, dominan en sus respectivos territorios Mambrino y Fierabrás. Mambrino emite compulsivos movimientos de cabeza de dragón iracundo y echa relámpagos por los ojos, mientras Fierabrás mantiene el tipo aristocrático sin descuidar sus fronteras. Los tres jóvenes dragones forman un triángulo de fuego Gandulfo en su isla, separado por la quieta cocha que obsequia acuarelas móviles, por ejemplo, la garcita verdosa pescando. Tanto en la Isla de Gandulfo como en la plataforma y rocas lávicas en las que medran el balsámico Fierabrás y el perseguidor Mambrino, no faltan

admiradoras de sus dispares encantos. A su manera, los tres jóvenes dragones, se exhiben cuán magníficos son ya estáticos, ya patrullando la zona de seguridad que han creado para sí en el tiempo estoico de deslumbramiento dragonil, descuidando los ritmos propios de comer mar adentro, sacrificándose en aras de conservar el tipo altivo de machos alfas, pues, es la temporada de tensar los músculos, rugir y poner en fuga a los imberbes transeúntes que osen pisar sus territorios.

Cálmate mi querido Gandulfo, no voy a cruzar el charco hacia tu isla efímera, solo me movió a incorporarme sobre mis cuartos traseros el retratar a la garcita verdosa que tienta con las plumas erizadas de la cabeza al momento de atrapar peces, o si es propicio algún pequeño y cenizo cangrejo brotando de agujeros de la negritud pétrea. Viste, aproveché el ojo artificial que congela instantes, enseguida retorné a la perezosa reclinable de piedra y mirador que me acogió para ser testigo del acontecer salvaje. En este pedazo ínfimo de orilla rocosa se me da el ritual patrullaje de tres dragones marinos distintos entre sí. Y además tengo al filósofo pelícano que ronda tu isla clavándose con estrépito cada vez que pesca, pero aún sin ponerse a tiro para sacar un retrato decente del esplendor que remite a los ojos.

Allá va Mambrino patrullando al púber transeúnte que osó poner sus garras en su territorio, no se salva del afán perseguidor a pesar del sigilo y espacio que puso en hacer su trayecto al mar e ir a por la ración de algas submarinas del mediodía, el imberbe no está a dieta como los dragones estoicos. No creí que Mambrino lo iba a alcanzar al intrépido desconocido, había el obstáculo de grandes y separadas rocas por superar; pero lo hizo sin despeinarse, haciendo caso omiso

a la mala fama que el gran Charles le dio a la especie *Amblyrhynchus cristatus*, eso por el apuro que cargaba el joven naturalista en sus expediciones en las Islas Encantadas, hubiese sido otro cantar si contaba con la perezosa de piedra transferible, pongamos que durante observaciones intermitentes a través de una década, entonces habría exclamado “¡qué frágil y fascinante a la vez, elegante y feroz, veloz y bella especie dragonil halaga los ojos del contemplativo!”. ¿Qué me dices amigo Charles?, ahora que estamos sentados compartiendo la banca y la tardecita rumbo al crepúsculo, acá donde anidan las iguanas marinas. Sí te escucho claro y fuerte, no va más la etiqueta de lagartos torpes y repulsivos.

Decía que Mambrino se movió con sigilo y astucia gatoserpentosa, y, cuando menos lo esperaba, se desplazó cual rayo superando en un santiamén la distancia que le faltaba para hacer presa del enemigo. Sacó un golpe de garra derecha abierta, combazo que no llegó a impactar de lleno en el dorso del adversario ya precipitándose al charquito con maña ancestral, más bien le sirvió de envión para coger la suave ola en resaca que lo alejó a salvo del perseguidor pero no del auténtico depredador de los mares, la entropía máxima global impuesta por el Antropoceno. Mambrino, antes de regresar vencedor a su trono, satisfecho de la demostración de fuerza y ágil movilidad, infirió advertencias a Gandulfo que desde la isla replicó con similar ahínco.

Fierabrás es dragón fino, transmite bien sus atributos individuales de combatiente y los encantos endémicos de la especie; él no sufre la obsesión perseguidora de Mambrino ni la fijación de Gandulfo de reinar a horas en la isla de bajamar, opta por la sugestión

para mantener a raya a sus enemigos inmediatos y por ende a los extraños. En caso que le toque chocar cabezas con otro de su alcurnia para conservar su parcela de independencia no rehuirá combatir, pues, de hecho es un luchador de cuidado. Vaya que la rabieta de Mambrino no lo impresionó tanto como a Gandulfo que se puso rabioso, ahora que por inercia plegó al ciclo de advertencias dragoniles y lo hizo, por si acaso, no solo dirigiéndose a aquellos dos sino que dio la vuelta completa a su lar parándose de vez en cuando para mostrar a quien concierna las cualidades que lo hacen dueño de sí en su pedacito de orilla rocosa.

¡Gandulfo al agua!, de repente la marea creciente comenzó a tragarse a mordidas de Godzilla a la isla y al charquito que pintaba la lejanía desde la plataforma de roca volcánica azabache, borboteante. Allá fue a orillarse el defenestrado rey que, a pesar del cataclismo, no extravió su dignidad. Gandulfo, ignorando a sus enemigos inmediatos que paradójicamente tomaron la misma actitud –o mejor, no lo reconocieron como adversario, el rey de la isla lo era, no así el náufrago–, encontró sobre la marcha un sitio a gusto para tumbarse estirado cuan largo es, qué bien se acomodó a la plancha calentita merced al generoso sol ecuatorial de las tres de la tarde, tosió escupiendo restos de sal y, sin más trámite, de una se entregó a reparador sueño dragonil, merecido luego de las fatigas de la jornada que terminó en heroica retirada. Mañana, o cuando la próxima marea baja diurna sea propicia para el tiempo mágico, él volverá a tomar posesión de la Isla de Gandulfo y hará todo lo que venga necesario para agotarse en defensa de su feudo ante Mambrino y Fierabrás, cuales lo acogerán de nuevo en calidad de adversario eminente, y así

ganarse el reposo del guerrero cuando sea desalojado por otra marea endemoniada.

Papelitos

“Nos olvidamos de que nunca está nadie más activo que cuando no hace nada, nunca está menos solo que cuando está consigo mismo”. (Catón)

La mente no prescribe ante el tiempo y tiene como compañero de viaje, en este punto del planeta azul licuándose, al cuerpo que le tocó despertar para que se entregue a la rutina de ejercicios y abluciones que hacen renegar a mi trasunto, el jovial Chancholovo, cual amaneció con el síndrome de apóstata que ha puesto el olfato en el manjar consagrado de Semana Santa, y sugirió ir a por un baño de pueblo en la Plaza de la Independencia y de paso saborear la Fanesca Vegetal que la hizo famosa el Café Madrilón. “Rica suerte la suya, no tiene otro horario y calendario que el suyo”, me dijo Genaro Bustamante apenas lo puse al tanto de mi intempestiva visita a la plaza donde atiende consulta con voz de tenor. Ahí estaba con el loquero musical, en el centro de Plaza de la Independencia, al pie del héroe epónimo que cohabita con las cuatro grandes joyas arquitectónicas de la patria que persisten a la fecha, que interactúan entre sí con sincronización siglo XXI, a saber: Manicomio Estatal, Manicomio Metropolitano, Manicomio Eclesiástico, Manicomio Positivista Irracional (el más monumental y abarrotado de los cuatro).

Amanecí rumiando la cita de Catón que encontré ayer inspirando el ensayo filosófico *La sociedad del cansancio*, del pensador coreano Byung-Chul Han, que escribe al amparo de la lengua de Nietzsche y

Heidegger. Hice lo de todos los amaneceres, reanimarme. Reanimado el cuerpo la mente lo integró a la pinturita del florido arrayán que a su alrededor ha salpicado farolillos amarillos perlados por el rocío matinal. Todavía puedo renacer tras delicioso preámbulo entre cantores alados que atenúan el espasmo de la materia calentita en su cueva, donde los huesos amanecen dudando si están vivos o muertos. Vine al día de máximo ayuno de esta Semana Santa, ayuno taxativamente simbólico. Los feligreses evitan fagocitar carne de mataderos de animales terrestres, yo muy campante la evito a diario y sin sufrir recaídas, y eso cuando aún tuve a mano los últimos jamones serranos de casa Chancholovo -que fueron permutados por vegetales-, dado su gran valor en mercado saque ventaja del trueque. Ahora menos todavía me provoca atragantarme con un filete sanguinolento en los templos del carnívoro, nada que ver con la dolorosa abstinencia del alcohólico o drogadicto anónimo. En mí no hubo ni hay fuerza de voluntad para huir de lo que fuera mi adicción a devorar tres veces por semana el lomo de falda apenas cocido a la plancha, y al menos una vez al mes el solomillo de res crudo, servido al modo tártaro. Sin contar con la degustación del exquisito jamón serrano del séptimo día con Adelaida. No hubo transición para esta metamorfosis radical, de la noche a la mañana me volví rumiante total (yo que usaba el término rumiante para burlarme de los vegetarianos, y lo de rumiante total para hacer mofa de los veganos), y, de repente, fue como si no hubiese sido otra cosa que rumiante total.

A la fecha proclamo, a mucha honra, mi condición de vegano. Ha pasado el tiempo suficiente para mostrar sin ambages lo que soy en el ámbito gastronómico. Por añadidura, el veganismo, ha venido a ser

una suerte de homologación con el rumiar innato de mi alma raskolnikoviana-kafkiana-sabatiana.

Para racionalizar mi súbita transformación de casi carnívoro total a rumiante total, tengo una explicación que no escatimo a nadie que pregunta por la razón de mi extremismo gastronómico. Sufrí una premonición con imágenes nítidas e indelebles de mí mismo, sucedió en instantes de vigilia clarividente, poco antes de ser presa de las profundidades oníricas. Si tuviese que ponerle título a esa escena en una ficción, relato o novela, sería *El amanecer del antropófago aristócrata*. Era yo con mis modales epicúreos desayunando radiante, disfrutaba a rabiar del solomillo al tártaro, fruto de un anónimo Homo sapiens. Desde entonces tengo la certeza de que la próxima vez que coma carne cruda será de la proveniente de los tantos mataderos humanos que existen en el planeta Tierra, así dejaría de ser inconsciente o pasivo antropófago para pasar a ser activo o concreto antropófago.

La semana de la Fanesca, es un ejemplo flagrante de cómo se hace lo contrario del ayuno que predica la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana. El llamado al recogimiento espiritual de estos días se convierte en pretexto para la voracidad de los feligreses o no, similar al ente glotón que ataca en navidad. He dicho que soy creyente, creo en la indestructibilidad de la mente frente al tiempo, me he cultivado para mudarme con la contemplación de lo divino que hay en el andar y ver del mini-transecto nacional que se proyecta a mega-transecto transnacional. Chancholovo, es la afirmación de la tripa reivindicando las dulzuras del gastrónomo exigente lejos del apetito troglodita.

Estoy consultando, para evitar invenciones ridículas, que atormenten el buen juicio de los gastrónomos nacionales, cómo se lo define técnicamente a este potaje que fue denominado Fanesca Vegetal, y para ello me valgo de su creador, una autoridad en las cosas de comer, consultando su Diccionario de la Alta Cocina Ecuatoriana. Me refiero al cocinero de selva Pompilio Dela Cruz, para los nacionales; Pompilio Delacroix, para los súbditos de la Comunidad Económica Europea y sus aliados de Norte América. En lo que me agrada y concierne, tomo lo siguiente del Diccionario de la Alta Cocina Ecuatoriana: “Fanesca Vegetal: no es émula ni rival del platillo señero de la tradicional cocina ecuatoriana, la Fanesca que nos llega al paladar exuberante, indómita, porque fusiona el bacalao danzarín (encantadoramente seco, del que no sobra en su lugar de origen, las islas Galápagos), con los granos sobrios, dulces, de los valles fértiles apostados en la meseta andina. Gastronómicamente hablando, la Fanesca Vegetal, resulta sabrosa, potable, sin ser delicia desbordante. Este platillo fue creado para ser un antojo vegano de Semana Santa, recalco en que no compite con la Fanesca tradicional sino en lo referente a la cantidad y calidad de sus ingredientes...”. Vaya jerga la de este tragaldabas residente en la hostería de pluviselva Remoto; no obstante que está refundido por la cuenca media del río Napo, allá en la bio-alegría asaz degradable por su fragilidad ante el positivismo irracional, su imaginación comestible está presente en Plaza de la Independencia a través del programa de menús de Café Madrilón.

Desayuné temprano y con frugalidad para no estropear el banquete que me aguardaba a mediodía en el Café Madrilón. Cierta angustia me acompañó en el desayuno frutal, por una cosa que no son los encargos estadísticos que le hacen al matemático

Lovochancho para que se gane el menú de mantel largo que pide Chancholovo a diario, que se ha vuelto minucioso a la hora de escoger en la variedad del mercado de ingredientes vegetales, luego de que de golpe desaparecieron en su despensa los productos cárnicos y lácteos, que sumados eran como tres cuartas partes de su dieta cotidiana. Fuera del hogar arbolado, rodando anónimo por la vía rápida, me sucedió lo que ya no es desagradable para mí cuando dejó pasar ocho, diez, quince días sin salir de casa, sin circular por las arterias ahumadas de la metrópoli ni entrar en sus templos del consumismo, sentí estar de paso en Matrix. Antes –hace un eón- me perturbaba la sensación de estar desconectado con la realidad de la metrópoli bullendo, hoy cumplí quince días sin ver afuera de mi agujero en Guangopolo, y aproveché la ocasión para hundirme en el pulso de la milla histórica como un visitante de otra dimensión.

Han pasado seis días, llegó el séptimo al que se le debería añadir al menú de casa Chancholovo una gracia, el ingrediente afrodisíaco de Adelaida Matute, quien no se había quejado en serio por mi “locura vegana” siempre y cuando no falten buenos postres y buenos vinos, el rumiante total le venía como un capricho cómico o manía inocua. Mi “locura vegana” no fue la causa de nuestro rompimiento, lo otro hizo que hoy esté ausente de mi morada en Guangopolo, todo por los papeles que en sí no vendrían a ser la formalización de nuestra relación amorosa sino meterla en formol.

Ya de pie en el centro histórico, con tiempo de sobra para darle una vuelta de rigor, caminé cual turista en asombro, husmeé relajado por los recursos turísticos de la lista patrimonial, evitando caer antes de hora a Plaza de la Independencia. De paseo por las callejuelas del

casco colonial apenas extrañé la falta de las dulzuras venusinas del séptimo día, me felicité por acolitar el instinto de Chancholovo y no quedarme en casa a sufrir el desaire que le hicieron al macho endemoniado. Con el baño de masas se diluyó el amago de inestabilidad emocional al que pude haber desembocado si me quedaba en casa con la autocompasión de compañera. Perdiéndome en los encantos desempolvados de la milla histórica, haciendo como si el lumpen fuese un atractivo añadido, pude enfrentar con meridiana claridad el hecho de que no habrá más intercambios de fluidos corporales con Adelaida Matute. Sí, ella me hizo el favor de cortar conmigo cansada de amenazar con hacerlo el rato menos pensado. Así fue porque no hice mención de formalizar lo del séptimo día para que sea un día cualquiera, un día muerto, un día obtuso, un día triste, en fin, me negué a que nuestra jornada baquiana se esfume en Matrix. Viéndolo bien tras esta jornada en Plaza de la Independencia, es de agradecer, y mucho, que la última vez nos acoplamos como si no hubiese otra ocasión para la acción de nuestra libido en brasas. Con ello nuestra relación quedó congelada como un rapto feliz e irrepetible. Nuestra historia de amor no podía tener un final más feliz, me libró de la maldición de los eternos jóvenes de Eskorbuto para los que habitan en Matrix. Mientras más días me alejo de Matrix más fuerte escucho en mi cabeza la frase final de una de las piezas musicales potentes y desesperadas de Eskorbuto: “Estáis muertos, estáis muertos... cerebros destruidos”.

Ella me exigió la firma de notario y, por añadidura, la bendición de un curita para ser infelices por el resto de nuestros días, sonaba lindo lo que reivindicaba: “Nuestra relación es demasiado lovochanceana, o chancholoveana –o como tú quieras incorporar

esto al extraño lenguaje que manejas-, pero el asunto es que tenemos, óyeme bien, ¡sí o sí!, que efectivizar lo del compromiso ante las leyes del hombre y sobre todo ante las leyes del Padre Eterno”. Tú propusiste la muerte de Eros y yo escogí el renacimiento de Eros. Que es si no lo del curita haciendo juego de equipo con el notario, ambos siendo necesarios para honrar nuestra devoción semanal a Eros. A tú quimera de vivir acompañada la convertiste en idea fija.

Papelitos, me pedías papelitos. Yo que nací indocumentado, no tengo el menor apego a los trámites que impliquen derivados de celulosa o petróleo de por medio. Para navegar en el ciberespacio no me piden pasaporte ni visados en regla, y nada me impide crear mi propia utopía. Este estado de semisalvaje a semi-platónico, de medio visible a medio invisible y viceversa, con las respectivas gradaciones del caso, es el mío. Mi amigo Genaro Bustamante, loquero burócrata por necesidad de un sueldito a tiempo, psicoanalista de los artistas filósofos de la Plaza de la Independencia y del café Madrilón, por innata vocación de servicio a la comunidad, afirma que lo de semi-tal y lo medio-tal tiene un significado a la luz de su secta: “Cholito..., yo sé que usted no suele alterarse por mis juicios del alma ajena. Que no le quepa duda, haga caso, no necesito ser el Sigmund Freud ecuatoriano para concluir categóricamente que lo suyo es un tránsito incesante, circular, de ida y vuelta, entre sus fluidos protoplásmicos visibles -super consciente diurno- y sus fluidos protoplásmicos invisibles -subconsciente nocturnal-”.

Cuán agradable es charlar con este chamán ad-honoren, de traje y corbata moderados por la honradez, que atiende consultas gratis (Bustamante come de su trabajo de loquero en el Manicomio Estatal,

de lo que comparte de la sabiduría de su secta psicoanalítica no cobra un centavo arguyendo con júbilo, “de eso sí vivo”), a la intemperie en la Plaza de la Independencia, cuando la meteorología lo permite, o sea si no llueve. Acá no hay más que dos estaciones, la primavera y el otoño, que se intercalan sin concierto ni respetando el turno de cada cual en el calendario climatológico. Ocasionalmente atiende consulta bajo techo, tomando la mejor agua municipal del mundo (como califica al líquido precioso que brinda el páramo de la reserva ecológica del volcán Antisana), y beneficiándose del menú largo estrecho del Madrilón. Hoy lo invité a servirnos de la Fanesca Vegetal de temporada, tomando una mesa de mármol con vista al rincón de los artistas filósofos. El principal del café Madrilón, Tomás Van Beveren, implementó para los artistas filósofos un rincón que apenas alimenta la caja registradora con espaciados tintos sobre la marcha de sus regias disquisiciones, a donde llega la mejor agua municipal del mundo en jarras de cristal festoneadas con cubos de hielo. Bustamante dice que el rincón de los artistas filósofos le rinde tanto al dueño de Café Madrilón como las facturas de provecho: “es una estampa que da dignidad a su boyante establecimiento”.

Adelaida Matute no se ha enterado que los enlaces tipo matrimonio no los separa la muerte sino la ¡vida! Estábamos gozando de equilibrio así separados, a la sombra del saludable instinto de la distancia, sí, comprometidos con nuestra libre individualidad reunida en el lecho de los que saben que lo de pasar acompañados es eso, “pasar”. Adelaida, mi amor del séptimo día, pasar acompañado no es vivir acompañado, nadie existe para otro sino es inventando a ese otro. Te había imaginado compartir el séptimo día, que es como festejar cada semana el nacimiento solar de Venus, y tú eras ella sin

que me acostumbre a verte igual a ella: renacías, renacías, libre y silvestre cada seis soles. Maldita sea la hora en que me abandonaste por querer ser tú en una intimidad que no es la tuya.

Mis cofrades alemanes están experimentando cosa parecida a lo que este matemático ecuatorial pregona robando la sentencia del chamán de Plaza de la Independencia, que textualmente dice: “A los matrimonios no los separa la muerte sino la vida, ¡carajo!”. Ellos son astrónomos de campo, prácticos, y tienen una salida para la frase de Bustamante. No sé cómo los matemáticos nórdicos harán para aullar el ¡carajo!, pero lo que hicieron con la pesadilla de los papeles es encomiable, y usando los mismos papeles es lo esperanzador del asunto pues, ahora, con otros documentos pueden anular la enfermedad que contrajeron o seguir enfermos si les da la gana, dejando la posibilidad de rendirse a eso de que la costumbre es más fuerte que el desamor. Así se embarcan en contratos matrimoniales que duran de dos a cuatro años, es decir los cuatro años largos que como máximo perdura, científicamente hablando, el deseo carnal mutuo de los esposos.

Encantado firmaría un contrato matrimonial renovable de seis meses con Adelaida; como es natural, al tenor de las leyes de mi utopía. De hecho, especificando en una cláusula, que las obligaciones conyugales sólo tendrán efecto un día pasando seis días de por medio, y sin que haya consecuencias reproductivas que sumen vástagos a las ingentes masas humanas, nada de formar familia en Matrix. Añadiría otra cláusula que especifique que al octavo día, o sea la jornada que sigue a la conjunción del séptimo día, si uno de los dos implicados en el empate semanal quiere romper con el otro, bajo

cualesquier razón, adelantándose a los seis meses estipulados para la posible renovación del contrato amoroso, lo puede hacer ipso facto, sin consecuencias judiciales o morales. He ahí las enmiendas fundamentales que haría al contrato matrimonial de mis cofrades románticos de la Selva Negra.

Encargué a mis secuaces de Islandia que levanten mi pedigrí rosado. Me llegó anteayer, ya está colgado como el único diploma digno de ser exhibido en las paredes del hogar. Este pedigrí rosado certifica hasta la cuarta generación mi naturaleza de lobo hiperbóreo. La parte chancheana de mi ser no tiene ninguna confirmación en los libros genealógicos del orbe; mejor dicho de ese lado no existen los trámites de registro genético, por ello Chancholovo es mi alterno, está condenado a ser suplente hasta el fin de nuestra sociedad material, puede sugerir o exigir lo que le venga en gana pero el que decide y manda es Lovochancho. Adelaida se burlaba de lo del pedigrí de Lovochancho, según ella era otra ficción mía. La facilitadora en divertimentos digitales, maestra en electro-felicidad, nunca va a ser más noble que Lovochancho así sea el reflejo de Venus. Aquí tienes mi pedigrí, incrédula vendedora de electro-paraísos, mira de una vez si te electrocutas de dicha con el trabajador que te firme los papeles, y a ver si te brinda el dulce cimarrón en su punto mágico. Capturarme es como pretender atrapar el crepúsculo.